

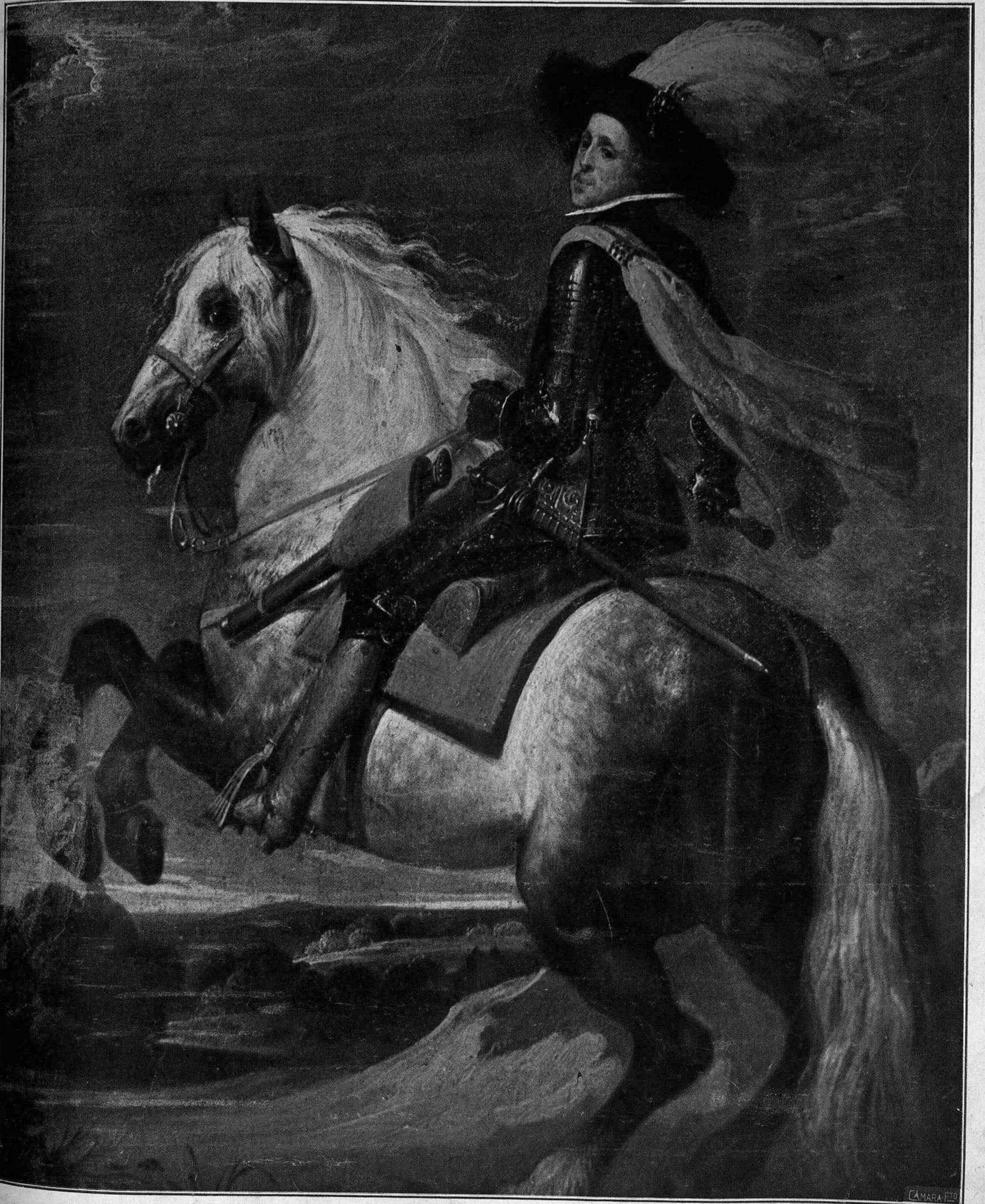
La Esfera

Año VII * Núm. 361

9 DIC 1920



Precio: Una peseta



RETRATO DE FELIPE IV. cuadro de Iwan Van Kessel que se conserva en el Museo del Prado

EL INVIERNO EN SUIZA

Para todos los informes relativos á los ferrocarriles, billetes de viaje, deportes de invierno, fiestas deportivas, estaciones balnearias y climatericas, escuelas oficiales y privadas, curiosidades artisticas, etc.: Dirigirse:

al Office Suisse du Tourisme, Löwenstrasse, 55, Zurich.

á su Sucursal, Place Saint-François, 6, Lausanne.

á su Agencia, Rue de l'Évêché, 115, Marseille.

á la Agence Officielle des Chemins de Fer Fédéraux, 20, rue Lafayette, Paris.

á las Oficinas de la American Express Co, Barcelona.

á las Oficinas de Thos. Cook & Son, Barcelona y Madrid.

LOS GRISONES

Guía ilustrada « El Invierno en los Grisones » enviada gratuitamente por el Bureau Officiel de Renseignements, Coire (Grisons).

AROSA 1.800 m.

Estación de cura y de deportes de primer orden. Clima alpino dulce, no obstante su altitud.

DAVOS

Estación de Alta Montaña. Plaza de deportes de primer orden.

MALOJA (Engadina)

1.811 m. Maximum de insolacion. Todos los deportes de invierno.

EL INVIERNO EN St-MORITZ

El Centro de deportes de invierno del universo. Informes, programas deportivos, lista de los hoteles, enviados por la Kurdirektion, St-Moritz (Engadina).

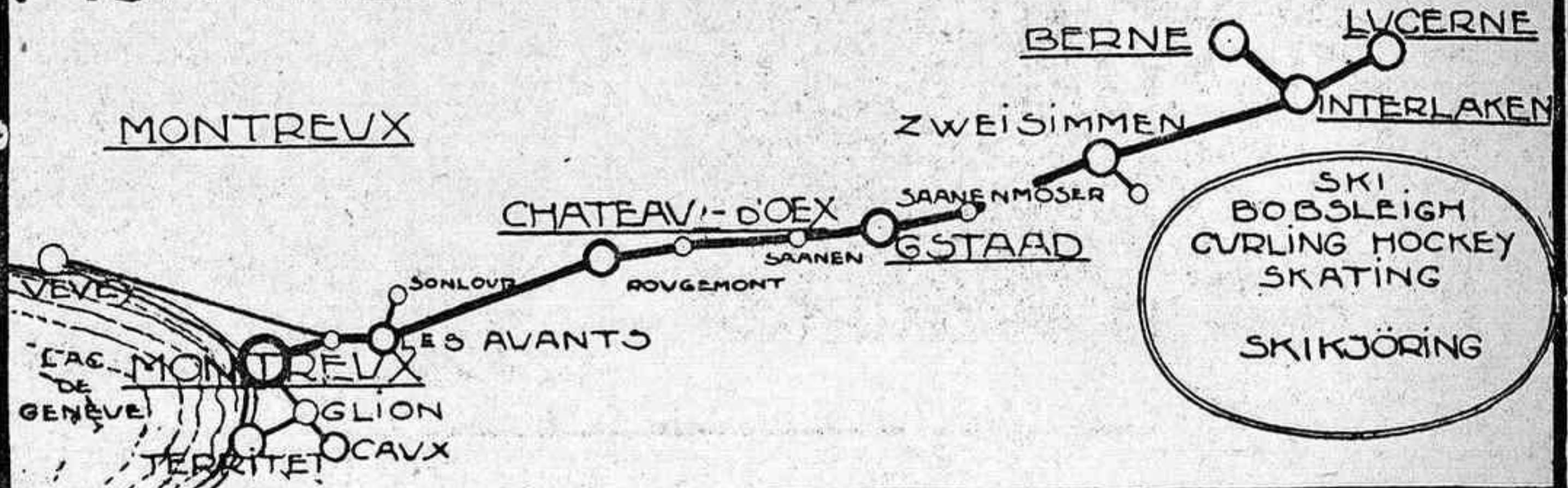
LAUSANNE-OUCHY

Lago Lemán — Línea del Simplón — Centro de numerosas excursiones — Renombrado por sus deportes de todos generos. Informes por el Secretario de la Société des Hóteliers de Lausanne.

ZURICH

Unico para divertimientos y estudios, compras y negocios.

MONTREUX - OBERLAND BERNOIS



Meccano es el mejor juguete del mundo para los niños.

MECCANO

Induzca Vd. á su niño á hacer uso de su inteligencia y de sus manos para construirse él mismo sus juguetes. Cada niño puede construir con Meccano centenares de modelos realmente efectivos de acero brillante. Torres, con verdaderos ascensores, Automóviles, como el automovil ilustrado aqui, que puedan correr, Gruas para alzar pesos reales, Telares para tejer corbatas y cintas verdaderas, Tornos para

tornear tiradores de puertas.

Porque cada pieza Meccano es una verdadera pieza mecánica en miniatura, su hijo de Vd. aprende la ingeniería, mientras que juega. Los modelos construidos por él son de construcción correcta y tienen una apariencia maravillosamente real.

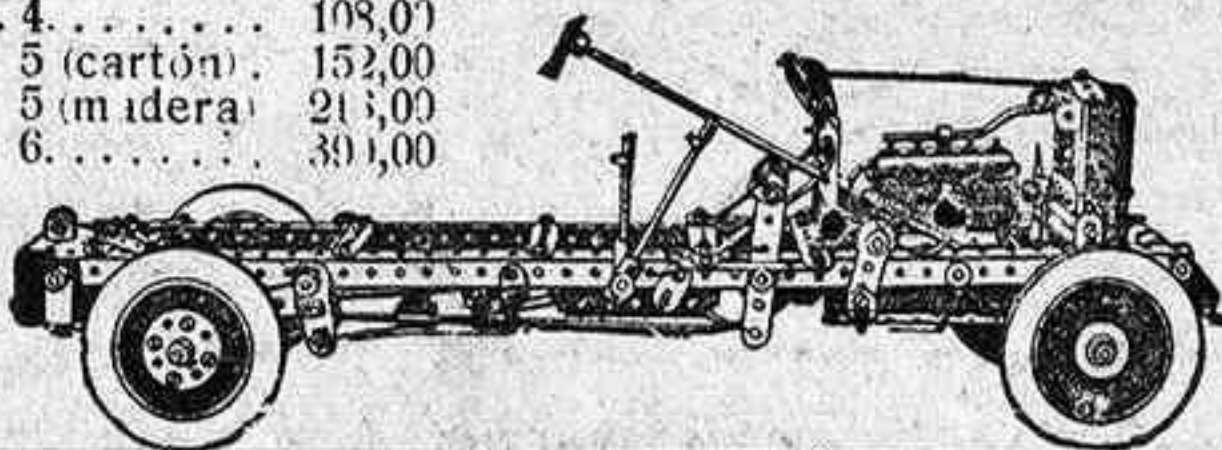
Construir con Meccano es deliciosamente fácil é infinitamente encantador. No se necesita ninguna habilidad ó estudio.

Dé Vd. un Meccano a su niño como aginaldo.

PRECIOS:

Equipo núm.	PESETAS	Equipo núm.	PESETAS
0.	13,00	4.	108,00
1.	21,50	5 (cartón)	152,00
2.	43,00	5 (madera)	213,00
3.	65,00	6.	303,00

Para otras informaciones y literatura descriptiva, dirigirse á nuestro agente:



Sr. JOSÉ PALOUZÉ, Serra Industria, 226, Barcelona, Dept. núm. 3

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cénts. en toda España

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, París.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Tuencarral, 6 Madrid



ENCICLOPEDIA

UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA

ESPASA

Hijos de J. Espasa, editores. **BARCELONA**
Calle de Cortes, 579 y 581

Es la obra mejor ilustrada del mundo.—Ha obtenido el primer premio en todas las Exposiciones á que ha sido presentada.—Se adquiere á precios módicos y con toda clase de facilidades.—Se suscribe en las principales librerías y centros de suscripción de España y América

La crítica, que le prodiga elogios sin tasa, reconoce con rara unanimidad que está muy por encima de todas las publicaciones de su género,
así españolas como extranjeras

Un ligero examen de cualquiera de sus tomos es aconsejable antes de adquirir un diccionario enciclopédico

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

ES INFALIBLE PARA EVITAR LA CAIDA DEL PELO. LO FORTALECE Y VIGORIZA

ALCOHOLATO ABRÓTANO MACHO



ALCOHOLERA, Carmen, 10, Madrid
Esta Casa garantiza sus productos

ENDVAR, el mejor Té inglés



Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**

PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. 27 años de éxito mundial es el mejor reclamo, 6 pesetas frasco.

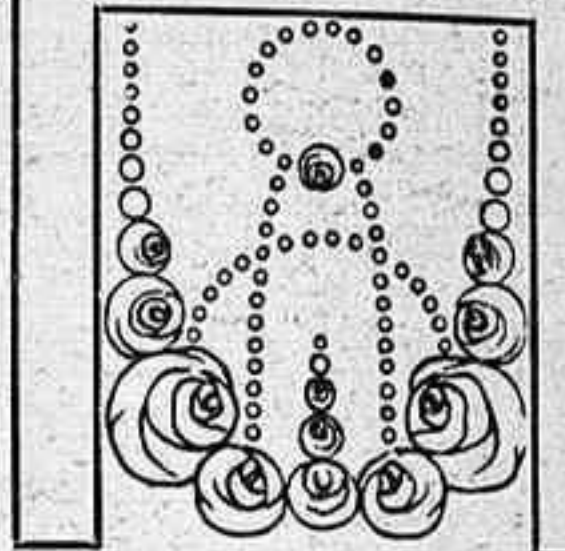
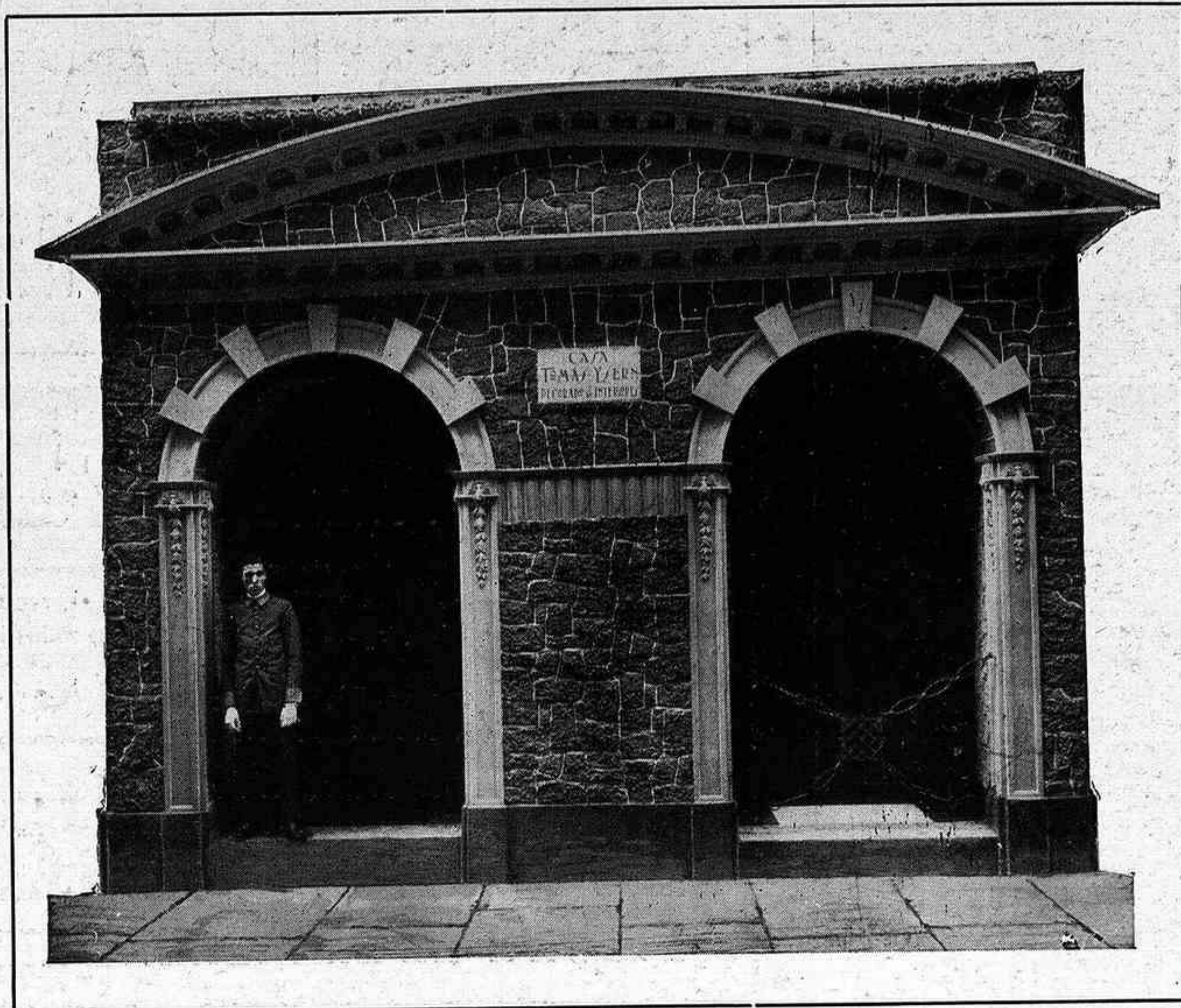
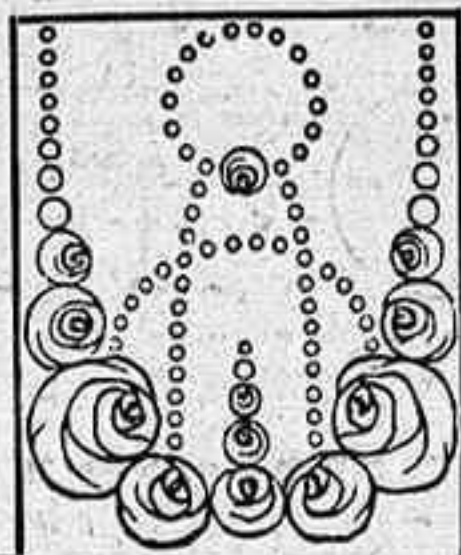
MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandjarán. CORUÑA, Rey. LAS PALMAS, Lleo. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. PUERTO RICO, Combas Peyork. MANILA, Gaspar, 150, Mendoza. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481. BARCELONA, remítense reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

CASA DE ARTE TOMÁS ISERN



COMPRAR un mobiliario para una casa, para el hogar en que vivimos y donde guardamos nuestros más caros afectos; donde descansamos de nuestras luchas y trabajos; donde recogemos nuestro espíritu, es operación que rara, rarísimamente se hace con el acierto y buen sentido que debiéramos poner en ella. O bien vamos a casa del mueblista y nos confiamos a sus gustos, por regla general no muy refinados en razón de que atiende más a la parte puramente comercial que a ninguna otra consideración, o bien elegimos nosotros mismos las piezas del mobiliario, sin más orden ni concierto que el que existe en los bazares.

Y una vez en casa con nuestras adquisiciones, allá las colocamos como buenamente podemos o nos parece, sin que nos paremos a pensar en el aprovechamiento, verdaderamente útil, que las habitaciones, primero, sean amplias o reducidas, claras o sombrías, y los muebles, después, sean ricos o modestos, y unas y otros, en fin, tienen siempre desde el punto de vista artístico.

Y, sin embargo, ¡qué fácilmente puede obtenerse un efecto de gusto en el rincón más odioso, en el ángulo aparentemente más inútil é

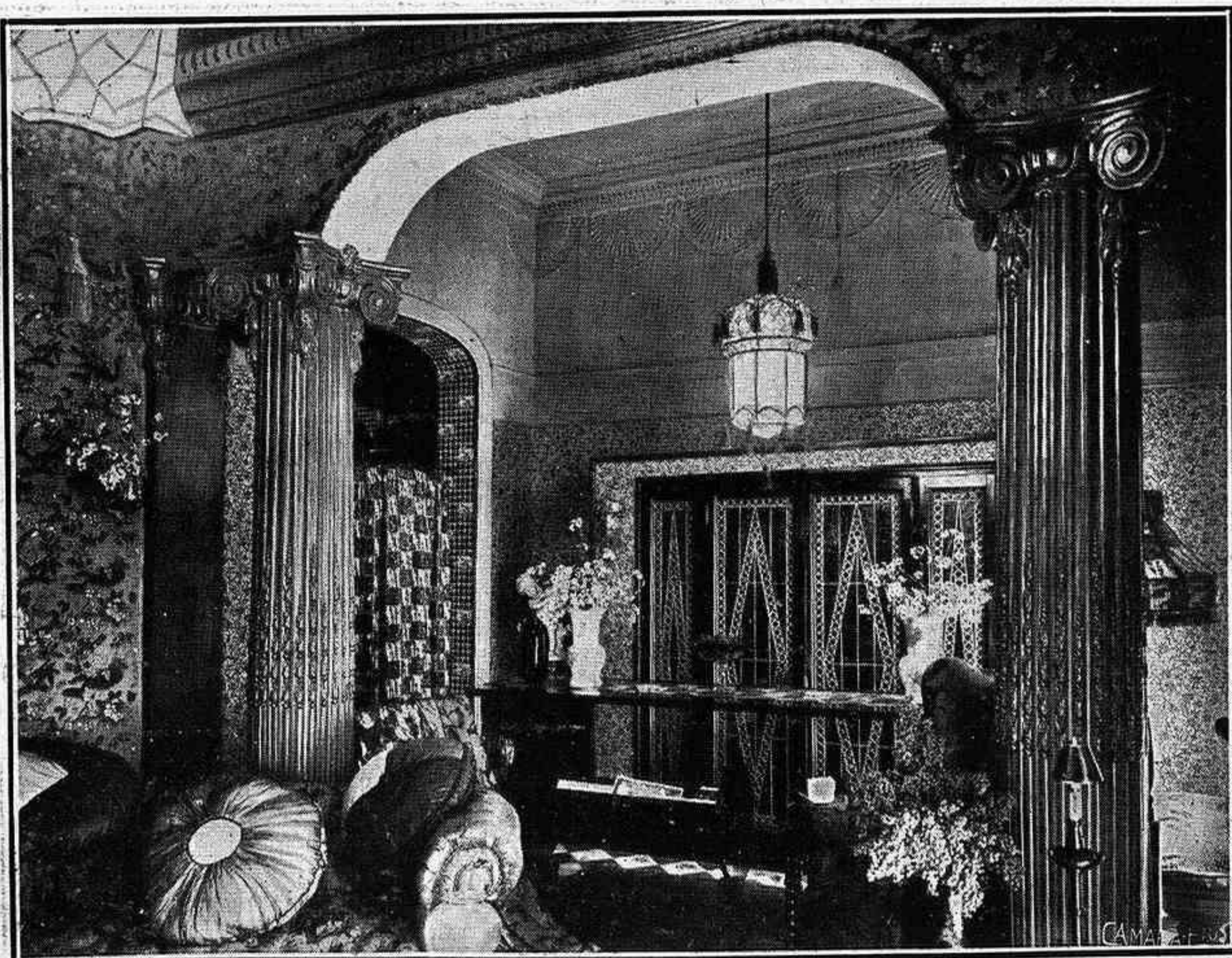
inaprovechable de una habitación! Cualquier casa, las vetustas y amplias, con todos los inconvenientes de que las provee su antigüedad; las modernas, con los no menores que presentan por la sordidez con que se escatiman en ellas el espacio; los muebles más suntuosos, los más modestos, los viejos, los nuevos, todo, en fin, atesora una infinita cantidad de recursos, que, bien aprovechados, son insuficientes para hacer de cada habitación, de cada lugar de la casa, un sitio grato, artístico, cómodo y bello.

todo, en fin. La propia y original portada de su casa de la calle de las Infantas, ya constituye estilo en las instalaciones de otros establecimientos.

Y lo más interesante es que Isern, igualmente a base del presupuesto más amplio y para el hogar más suntuoso, que con el presupuesto más reducido y para el hogar más modesto, obtiene siempre ese resultado artístico que puede apreciarse en la visita que recomendamos hacer a su exposición.

FELICIANO DE CASTRO

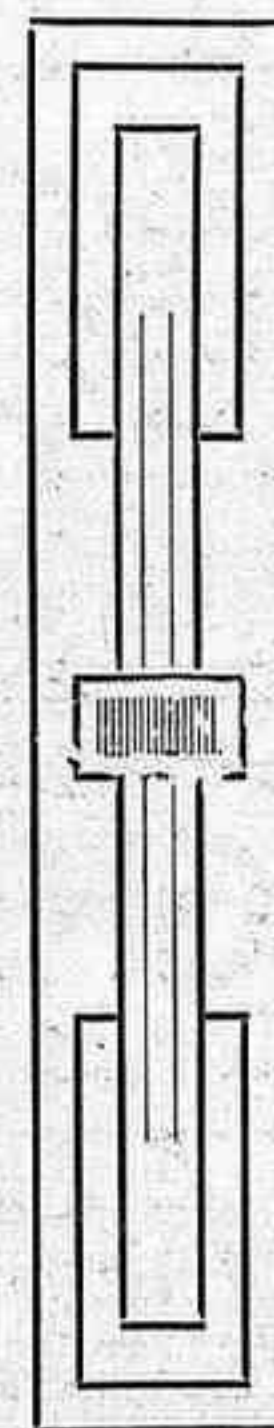
Portada de la casa de Arte Tomás Isern, establecida en la calle de las Infantas, de Madrid



Detalle de uno de los salones de la casa de Arte Tomás Isern



TOMÁS ISERN
FOTS. CORTÉS

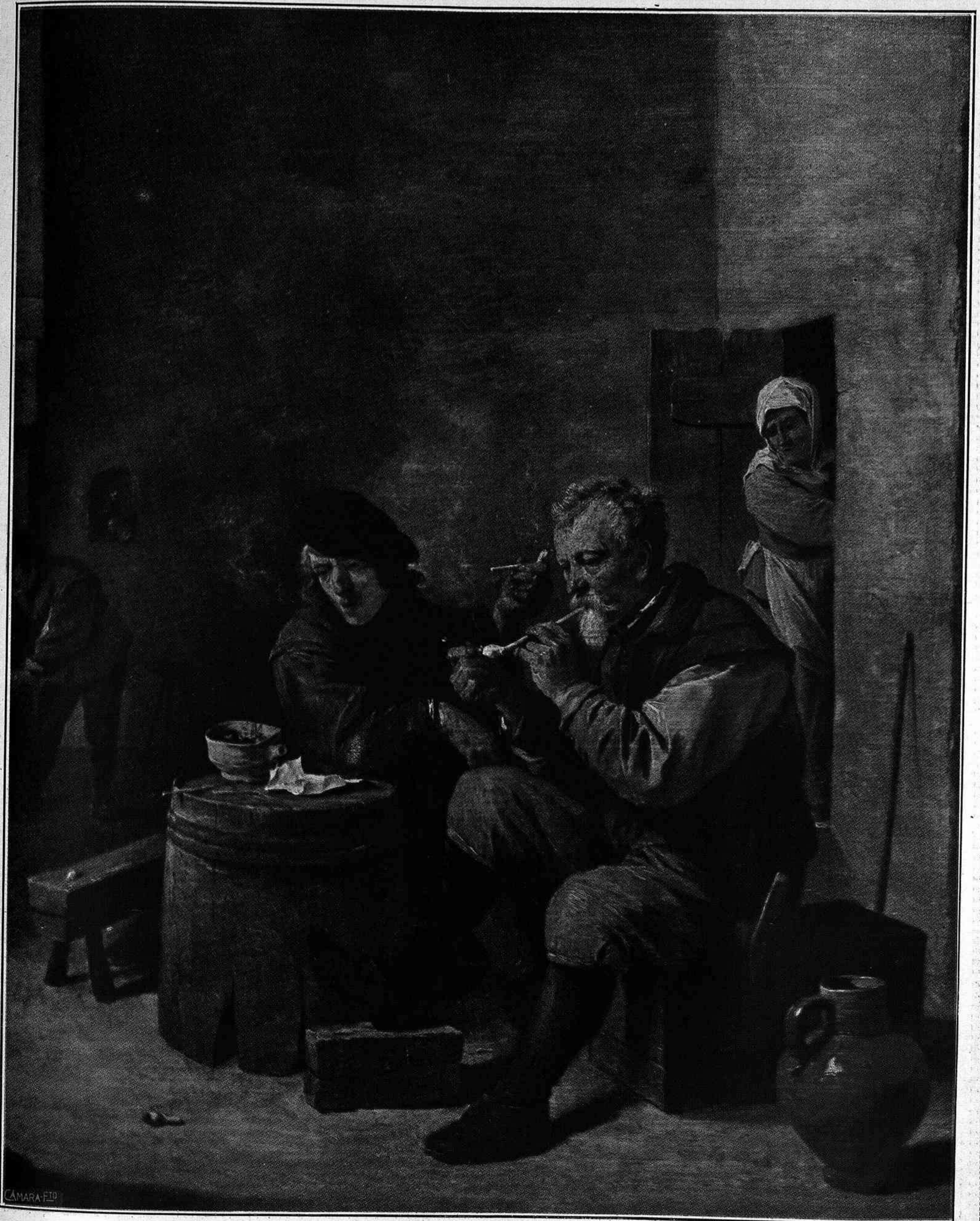


La Esfera

Año VII.—Núm. 361

Madrid, 4 de Diciembre de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LOS FUMADORES

Cuadro original de Teniers, que se conserva en el Museo del Prado



LA DOLIENTE CARAVANA DEL HAMBRE

UNA buena mañana del inflamado mes de Julio tembló en las reconditeces de las callejas perdidas cara al campo, y lejos del corazón de la vieja ciudad sin corazón, el tamboril del pregonero. El rancio tamboril bucólico, huído desde la última romería á la estancia más remota y más oscura del Ayuntamiento. El viejo tamboril caduco, que al perder la juventud perdió el espíritu, como cualquier hombre al que de mozo jaranero trocaron los años en guardia municipal. ¡Pobre tamboril, ronco, sobre cuyo parche rebrincan los palillos desperezando los mudos cascabeles de sus entrañas! ¡Pobre tamboril, destemplado y lleno de fatiga, cuya condenación irredimible es anunciar á las gentes unos mandatos del señor alcalde! ¡El pobre tamboril, ahogado de prosa!...

Después de la opaca sinfonía, el pregonero, un hombre arrugado, cansino y municipal, lanza á los cuatro vientos los redobles de su garganta, en medio de un coro de chiquillos miserables. Uno, corto de calzones y largo de greñas, con las manos roñosas cruzadas á la espalda, sobre un tirante de orillo, escucha, boquiabierto, el pregón y sorbe sus propias nárices. Otro, pasa una mano sobre el vientre del tamboril, mientras el pregonero gira la cabeza solicitando la atención de los vecinos, alta la frente, abiertas las fauces, hinchadas las venas del cuello, pardo y rugoso como la tierra de Castilla. Otros, galopan desde los confines del callejón hacia el pregonero. Y un perro vagabundo, gachas las orejas y sumergido el rabo, les huye, como de un gran peligro inevitable.

Y las mujerucas miserables asoman sus figurillas grotescas á los portallillos, negros y res-

quebrados. Unas, puestas en jarras y desvaídas. Otras, con las manos cruzadas sobre el vientre y bajo el mandilón. Otras, con la diestra entoldando los ojos enrojecidos, para librarlos de las lanzadas del sol. Otras, apoyadas rotundamente en un muro, sin dar á las agujas de su calceta punto de reposo...

De extremo á extremo de la callejuela, y aun de todas las callejuelas del barrio, rueda el pregón, tenazmente repetido. Ya pueden las «espiganderas» salir á los rastrojos. El señor alcalde lo ha hecho saber. Ya no hay miedo de que los guardas les quiten el saquillo, con su medio celemin de espigas perdidas. Ya pueden ir las pobres mujerucas á barrer los campos cada día y á aprovechar en su propio beneficio las migajas de la cosecha. Ya pueden...

ooo

De madrugada, al filo de las tres, cuando aún el padre sol no ha trepado al horizonte, el viejo sereno del barrio viejo golpea implacable, con el regatón del chuzo, las puertas, que, sacudidas de aquel modo, vierten de su seno el polvillo obscuro, amontonado en las llagas por los años y por la carcoma. Una araña corre á esconderse entre la holgura de la puerta y el cerco. Y en las oquedades de todas aquellas casonas, con blasones de alabastro sobre los frontispicios y carcomidas y resquebrajadas y á punto de dar en tierra con su vejez, se agitan los miserables, las sabandijas y las alimañas domésticas, últimos moradores de los que hubieron de ser palacios de hidalgos y de caballeros, de donde han huído ya todos los prestigios:

Entre montones de harapos y bajo la pesa-

dumbre de su propia miseria, irrumpen en la calle, silenciosamente, las mujeres que van «á la espiga». De cada calleja sale el grupo que caerá sobre los rastrojos, deslizándose en silencio y con su saquillo gris al brazo. Es toda la pobreza de la ciudad, que va á sumergirse momentáneamente entre los surcos agresivos. Es el hambre, en lucha con los rayos del sol, que abrasan la piel, y con las aves del cielo, que también quiere Dios que vivan de los granos perdidos, y con los amos de la tierra, que esquilman cuanto pueden los rastrojos.

La caravana sale al camino y comienza el doliente éxodo de cada día. Los campanarios y las espadañas reviven poco á poco su línea oscura y recia sobre el pálido azul del cielo, en el que aún hace guiños á los hombres el lucero solitario de la mañana. Voltea el esquilon de un convento de extramuros. Del seno de la ciudad, un poco campesina, álzase la algarabía loca de los gallos que cantan. Sube á los cielos el humo de alguna chimenea, serenamente, como el del sacrificio del Justo. Y llegan no se sabe de dónde, unos taconeos y unas voces perdidas.

Cada mañana, las mujerucas miserables, tienen que avanzar más lejos sobre los campos de la llanura sin fin. Las espigas próximas á la ciudad, son las primeras que se recogen. Pasados los días primeros, caminan una legua, caminan dos leguas, con el busto hacia el suelo, en una perpetua interrogación. Alguna vez se paran. Extienden un brazo. Cogen una espiga, llegada al camino sabe Dios cómo. Y la sumergen en las profundidades del taleguillo obscuro.

Y ven al pasar á otras mujeres, inclinadas tierra adentro, que han madrugado más que ellas

ó que vienen quién sabe desde dónde. Pero si-
quen su ruta. ¡Que cada uno se las componga á
su modo!

Y ya ha salido el sol. Ya son de oro las cum-
bres de los cerros. Y un airecillo sutil sacude, le-
vemente, las greñas empolvadas de las mujeru-
cas. Y andan. Y andan. Y andan... Parece in-
acabable la ruta de las pobres mujeres de la ca-
beza inclinada sobre la tierra. Y dan la temero-
sa impresión de que cumplen una penitencia ó
de que son forzadas del verdugo. Y así es la
verdad.

ooo

Penitentes y reos son las mujeres de esta
dolorosa caravana del hambre. Porque por los
pecados de los hombres van á ganar el pan con
el sudor de su frente. Y reos de su propia po-
breza, que es un gran delito, viven bajo la er-
gástula de los que hubieron de repartirse la
tierra, por fuero legal, y arrancan sus riquezas
al seno de los campos.

He aquí la procesión de las mujeres pobres,
que nunca fueron mozas y que jamás desparta-
ron apetitos ni apasionamientos, porque su ju-
ventud y su belleza hubieron de ser agostadas
por el hambre. He aquí las mujeres, secas como
los sarmientos. Las pobres mujeres de vientres
hundidos, y de pechos flácidos, y de ojos sin luz,
y de dientes crudos, y de labios sedientos eter-
namente. Como los pájaros de los rastrojos,
como las alimañas de los montes, como los ta-
piales de las aldeas, funden sobre el campo con
el color de la tierra su propio color. Y así, las
absorbe y las llama como si muriesen en todos
los instantes de su vida.

¿Qué valen las rebeldías de los hombres del
campo? ¡Bah! Sobre todas las palabras del odio,
sobre todas las amarguras irredentas, se yergue,
como un airón trágico, el fantasma terrible de
estas mujeres, que son el eterno dolor. En ver-
dad que los siervos del surco limitan sobriamen-
te la sed de la redención. ¡Ah! ¡Si iniciaran sus
reivindicaciones, pidiendo al hambre cuentas de
su juventud y de las de sus mujeres! Porque
desde el principio de los tiempos, estos hombres

viven condenados á la contemplación de las mu-
jeres de los demás y al tormento de la miseria
de las propias, que en estos días ópimos, en los
que las eras ponen á la ciudad un cerco de oro,
salen al campo por las rebañaduras y á dejar en
los surcos un poco de su existencia, con permiso
del señor alcalde...

ooo

Grano á grano, como las hormigas que hubie-
ron de concitar la animadversión del Serafín de
Asís, van las «espiganderas» cumpliendo su zur-
rón. Bien entrada la mañana, cuando ya el fue-
go del día hace humear sus carnes negras y
abrsa las plantas de sus pies

«la fiebre del suelo»,

determinan regresar á sus callejones. ¡El terrible
regreso á lo largo de la carretera sin sombra,
que cruza los rastrojos, plateada bajo el sol,
como las cansinas aguas serenas del río, en cu-
yos senos no viven los peces y cuyas márgenes
erizan los juncos aguzados como lanzones de
una legión de ranas, guardadoras de sus fronte-
ras! Y allá va la procesión de las sin ventura,
de regreso á la ciudad hundiéndose en el polvo
sus pies desnudos, como los peregrinos, siem-
pre baja la cabeza en aquella terrible requisito-
ria que confía en encontrar aún alguna espiga
sepultada entre el polvo muerto.

Ni la caridad de la sombra de un árbol las
ampara; ni la frescura de una fuente las reani-
ma; ni nadie cruza sus pasos con los de ellas.
Alguna vez, alguna sola vez, tropiezan en la
ruta con uno de esos perros nómadas, extraños
é inquietantes, que no ladran jamás, que no le-
vantán el hocico seco, que caminan al trote junto
á las márgenes de las carreteras y se pierden en
un recodo ó en la suave inmersión del camino
en una cuesta abajo...

Camino adelante, palpan el zurrón oscuro;
hunden la mano en su seno tanteando los cele-
mines con que Dios las hizo merced aquella ma-
ñana. Piensan que, posiblemente, una hora más
hubiera sido pródiga. Y todo sin levantar los
ojos del suelo, como si de la tierra esperasen sus

bienes y no las fuera lícito mirar al cielo, desde
donde el sol, terrible, sigue clavando saetas sobre
las carnes humeantes de las pobres mujeres.

ooo

Ya cerca de la ciudad, una espiga pone su
dorada brillantez sobre la plata del polvo del
camino. Y luego otra. Y luego otra. Las «espi-
ganderas» se lanzan sobre estas últimas espigas
y hacen su presa voluptuosamente. Aceleran el
paso. Ante ellas camina un carro exuberante
de oro, lleno de majestad y muy lentamente,
como una gran carroza. Es magnífico y es so-
berbio. Acarrea á las eras de un hombre rico las
últimas mieses. Bajo la pesadumbre de la mole
de oro, se bambolea de un modo sereno y am-
plio. Hay instantes en los que se diría que va á
naufragar sobre el polvo de plata. Y en otros
momentos la carga espléndida parece que va á
elevarse hasta las nubes.

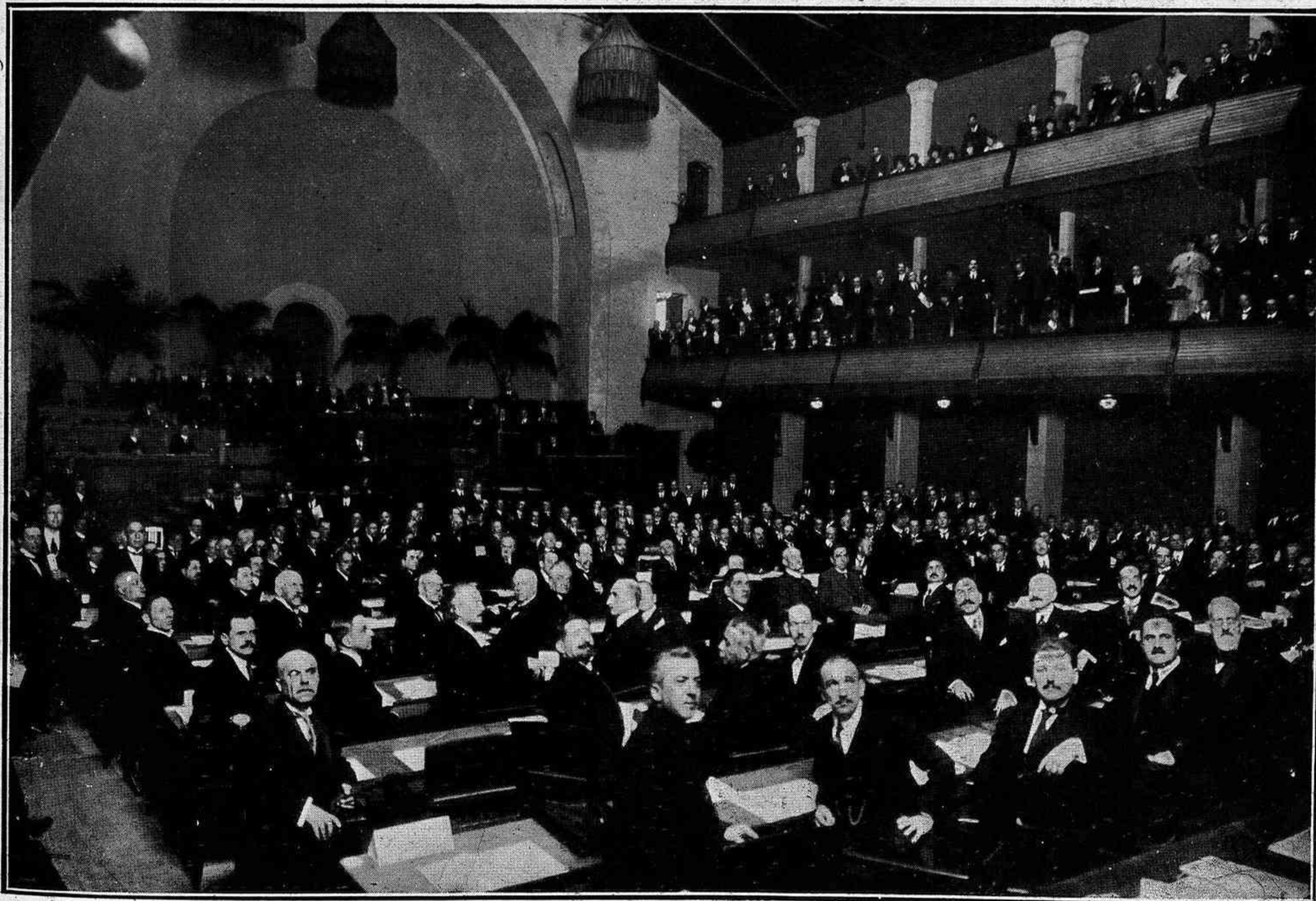
Las pobres mujeres se colocan en pos del
carro, bajo el polvillo de briznas de oro, que
marca una estela. A su cobijo se libra del sol
la caravana. De vez en cuando han de dejar
que la sombra se deslice sobre sus cabezas, por-
que, rezagadas, se inclinan sobre el polvo para
hacer suya una espiga más con la que el carro,
más espléndido que los ricos, las regala, al agi-
tar en el aire su penacho.

Y en pos del carro cruzan la vieja ciudad
hasta la era. Son entonces como los peces que
bogan en torno á los barcos de la mar, ham-
brientos de las migajas. Y como los esclavos,
corte del señor que les engaña el hambre y les
unce á la carroza. Porque todo permanece.
Los esclavos son libres. Los esclavos conquis-
taron su libertad. Pero siguen en pos del carro
del señor las pobres mujeres de los esclavos y
nos hacen saber que todas las vidas inmoladas
al triunfo de su libertad, no consiguieron sino
la conquista de una palabra. Menos aún. Por
que para estas pobres gentes, la libertad está
presa en el tambor del pregonero.

CEFERINO R. AVECILLA

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

LA ACTUALIDAD INTERNACIONAL



Aspecto de la sesión inaugural de la Liga de las Naciones en Ginebra

FOT. TRAMPUS

CUADROS NOTABLES



RETRATO DE UN NIÑO, cuadro de la Escuela Flamenca del siglo XVII, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA RUSIA MISTERIOSA

LA ÚLTIMA ZARINA



La Emperatriz de Rusia, Alejandra Feodorowna, con su hijo, el gran duque Alex's

ACABA de publicarse en París, editado por *La Renaissance du Livre*, un libro curiosísimo, interesante como una novela de folletín... de las interesantes, ameno como un diario íntimo ó unas Memorias, esas Memorias más gratas que la indigesta recopilación de hechos, esas Memorias que Taine reputaba como parte constitutiva más vigorosa de toda Historia.

En verdad que unas Memorias, y unas Memorias de un hombre de la Corte, de un palatino influyente, de un conocedor de los secretos de los Monarcas en la intimidad, de los Monarcas como personas privadas, son el más sustancioso alimento para una inteligencia ávida de conocer una época ó un momento de un país. Cier- to es que la Historia no se fragua en las cámaras

reales, y que la Historia de un pueblo la elabora toda la Nación en conjunto; pero la dirección política de un país, el manejo de sus negocios públicos, la marcha de los acontecimientos capitales—guerras, tratados, decretos importantes—, sí que se forja en los suntuosos escondrijos de las habitaciones de Palacio... Y más en los países regidos autocráticamente como Rusia, donde el *sic volo, sic jubeo* del Zar era la suprema *voluntas*, aun después de la interferencia de la Duma.

Las Memorias ó los documentos de personajes palatinos y allegados á la Corte de un Monarca absoluto—y aun de un Monarca constitucional que ejerza cierto poder personal sobre los que le rodean—han de ser, forzosamente, aleccionadores y curiosos; si á ello se alía la condición de amenidad y atractivo literario, miel sobre hojuelas...

Uno de los libros que me han hecho conocer mejor la vida portuguesa, en los finales trágicos del reinado de Don Pedro I *el Martirizado*, ha sido el curioso libro *Memorias*, de Raul Brandão, que cuenta las pulsaciones de la vida íntima de la Corte lusitana, de la sociedad lisboeta y de todo el pueblo palpitante en los días precedentes á la tragedia dinástica... Y si el marqués de Soveral fuese un artista y un psicólogo como Raul Brandão, nadie podría como él—favorito del Rey Don Carlos I y mentor del Rey Don Manuel II—escribir la historia ínterna de los últimos años de la Casa de Braganza... Como aquí nadie escribiría mejor la fase última de la Historia de España, durante el reinado de Don Alfonso XIII, que el marqués de Viana ó el de la Torrejilla, si tuviesen cualidades de artistas, de psicólogos y de novelistas.

Las *Memorias* que ahora salen á luz en París sobre la última Zarina, editadas y estilizadas por los hermanos Carlos y Enrique Omessa, son «revelaciones de Alexis Dobrowitz, correo secreto de la Emperatriz»... Los hermanos Omessa previenen al público que «este libro, noveles-

co y trágico, no es, sin embargo, una novela». Realmente no es excusada la advertencia. De no saber que los autores fueron testigos presenciales de la Revolución rusa, hubiéramos creído que habían forjado un folletín.

Las escenas que nos narran son tan espeluznantes y tan intensas, que sobrepasan todo horizonte de realidad... En verdad, si todo ello está basado en hechos positivos, Alexis Dobrowitz puso su temperamento de artista al servicio de estos hechos, y en forma tan punzante y conmovedora han interpretado los hermanos Omessa las revelaciones del correo secreto de la Emperatriz, que han dado á este libro todas las apariencias de una novela emocionante y aun á ratos truculenta...

La autenticidad de estos relatos nos la garantizan, no principalmente Dobrowitz, que podría ser testigo parcial de sucesos importantes, sino Carlos y Enrique Omessa, que han contrastado y comprobado toda la preciosa documentación de este libro. El uno, encargado en Petrogrado y en Moscov de una misión especial en los primeros días de la revolución rusa, y el otro, oficial francés destinado al servicio de información—propaganda y espionaje—, ambos son personas serias que no hubieran patrocinado la publicación de una de tantas novelas como se han forjado acerca del monje Rasputin y de los posteriores días de los Romanoff...

Veinte capítulos (con el prefacio y el epílogo) componen este libro, de doscientas cincuenta apretadas páginas, y son todos ellos á cual más sustanciosos... Pero nos atraen, singularmente, con su hechizo de intensidad femenina, los capítulos III y IV, titulados *Una confesión imperial* y *El Diario de la Zarina*.

En esos capítulos vemos palpar el alma mística y atormentada de Alejandra Feodorowna, la esposa del último Emperador de las Rusias... Dobrowitz es un mozo de veinte años, que estudia Leyes en la Universidad de Kieff; su padre ha muerto, de comandante, en el sitio de Port-

Arthur; la madre vive atendida á la exigua pensión de viuda de oficial, y un día comete la audacia de dirigirse á la Emperatriz.

Pero la audacia da resultados; la Zarina acoge al joven estudiante y le da en Palacio el confidencial y regalón destino de correo secreto de la Emperatriz. La madre, que temía por su educación á causa de los flacos recursos de su bolsa, encuéntrase también favorecida con los cargos y emolumentos de camarista de Palacio y primera ama de llaves del Palacio de Invierno.

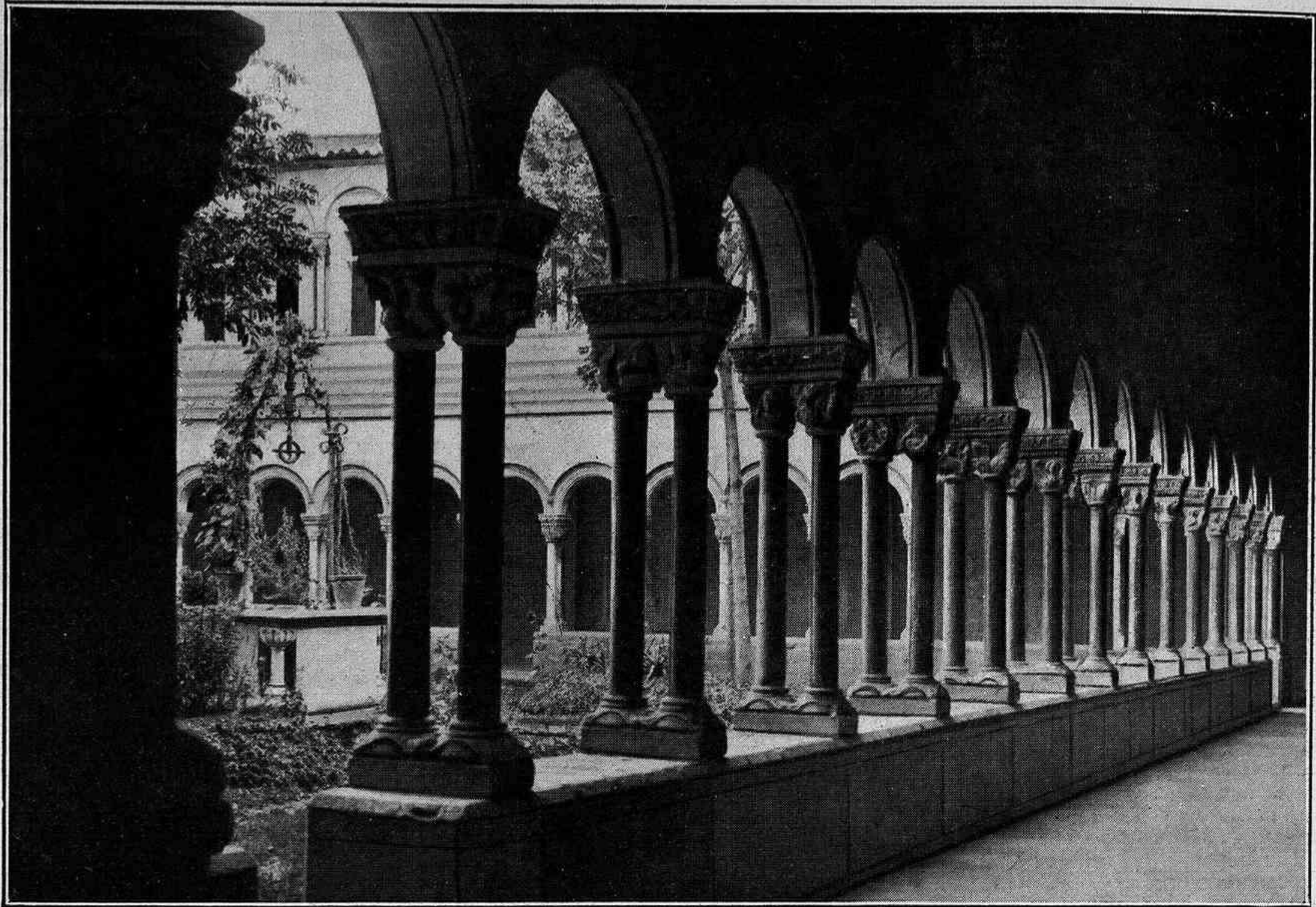
Al salir del Gran Teatro de Kieff una noche, Alexis Dobrowitz recibe un telegrama de su madre llamándole á San Petersburgo, adonde llega el 17 de Octubre de 1905. La Emperatriz le recibe en su tocador, fronterizo con el fa-

moso Museo de *l'Ermitage*, y manda retirarse á la madre, porque va á confiar á Alexis sus primeros secretos... Es emocionante la confesión que hace la Zarina al mozo de veinte años. «Alexis: la confesión que yo voy á hacerle solo dos personas en el mundo la conocen: su madre, que es una excelente mujer, y Ana Vyroubova, cuya amistad es mi mejor salvaguardia. He dudado mucho en recurrir á usted, no porque tuviese la menor duda acerca de la lealtad y la discreción del hijo de María Dobrowitz, sino porque me repugnaba cargar vuestras espaldas jóvenes del peso terrible de mis secretos...» Y luego la atormentada Alejandra Feodorowna le hace esta dolorosa pregunta: «¿Cree usted, Alexis, que una mujer colocada en un trono cesa de ser una miserable cosa, expuesta á todas las injusticias y á todos los dolores? Es usted demasiado joven para haber perdido esas nobles ilusiones... ¡Ay de mí! Cuando me haya oído, comprenderá que sé puede ser á la vez Soberana y desgraciada, omnipotente y desarmada...» La Zarina exclama con los ojos llenos de lágrimas, así, trágicamente, como una mujer cualquiera: «Si usted ha amado, Alexis, ó, en todo caso, cuando usted ame...» Y cae sobre un diván, sollozando desesperadamente... Es una escena intensísima, dramática...

Comprendiendo que no podrá hacerle nunca de palabra aquellas revelaciones, le entrega un pliego cerrado. En ese pliego se contienen las páginas de su *Diario*, desde Octubre de 1902 hasta Septiembre de 1905. Y estas páginas son las que encierran la confesión de sus amores con un general, cuyo nombre Dobrowitz nos oculta. Pero los esclarecimientos acerca de las incidencias de estos amores y sus consecuencias trágicas, es lo que no quiero transmitir al lector, porque sería quitarle la sorpresa del libro, que le aconsejo leer, ó esperar por si algún editor se animara á traducirlo al castellano.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

ESPAÑA ARQUITECTÓNICA
EL MONASTERIO DE RIPOLL



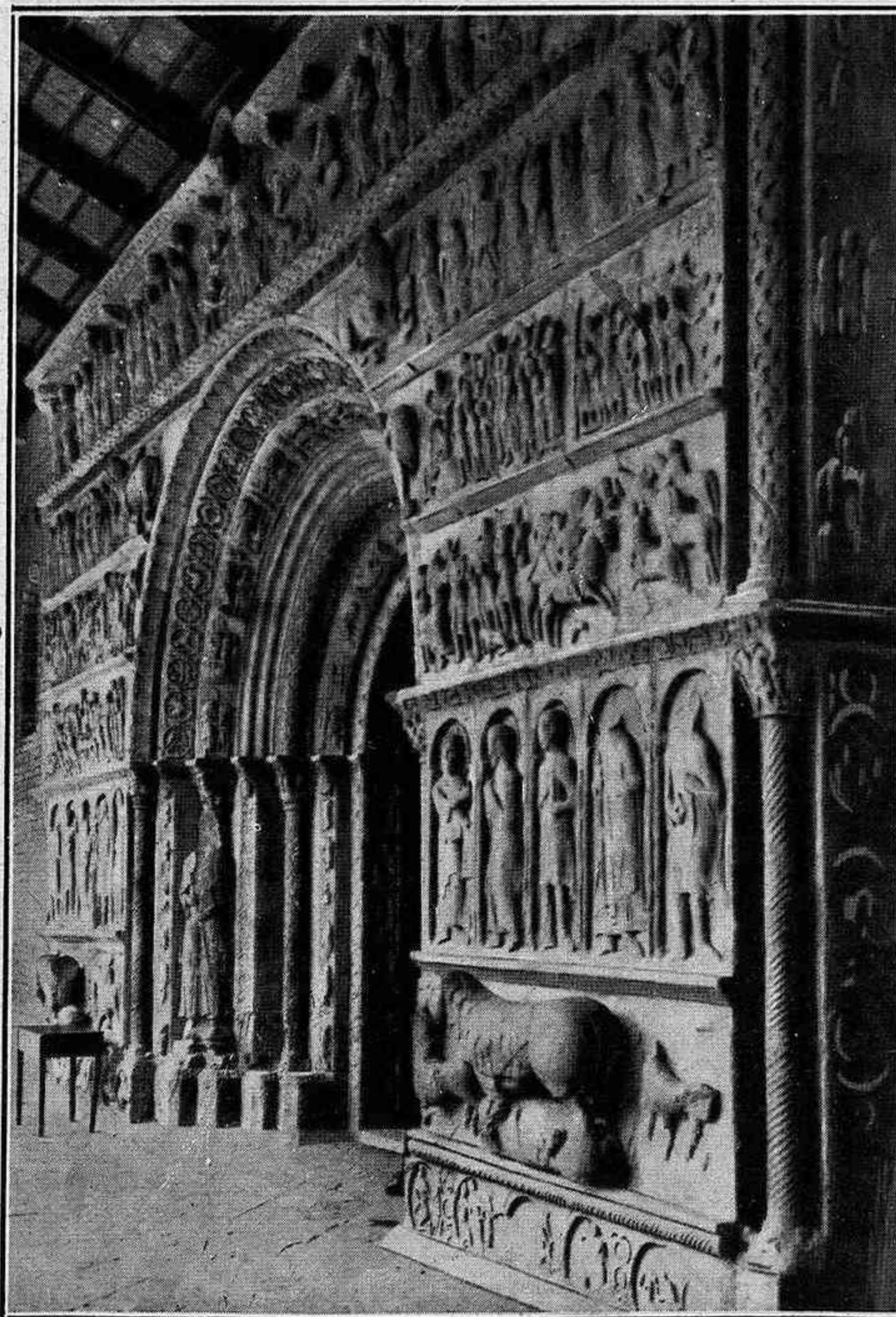
Una vista del claustro de Santa María de Ripoll

RIPOLL no es solamente una ciudad industrial, en que todo es tráfico, comercio y mercantilismo. Hay en la floreciente población catalana un admirable monumento, considerado como una de las joyas arquitectónicas de España, que atestigua profundamente el alto valor artístico de la ciudad. Nos referimos al célebre Monasterio que fué panteón de los condes de Barcelona y sepulcro de los de Besalú, monumento notable que encierra entre sus piedras centenarias toda la historia de los tiempos medioevales.

El hermoso edificio fué deteriorado, lastimosamente, durante las guerras civiles del pasado siglo, quedando en un estado que no puede menos de despertar dolorosas reflexiones en el ánimo del contemplador. Históricamente, el conjunto del Monasterio responde á todas las épocas.

Durante los siglos ix y xi fué construída la nave central, cuyas bóvedas, por aristas, se apoyan en grandes paredes macizas, cortadas en la parte inferior por ocho cimbras, sumamente bajas; durante el siglo xi fué levantado el crucero y su ábside semicircular, separados del árbol de la cruz por una bella y alta escalinata; en los siglos xii, xiii, xiv y xv, fueron cubiertas sus paredes con sepulcros y adornadas sus capillas con hermosos altares, hechos de mármol; durante los siglos posteriores fueron restauradas algunas partes del Monasterio y levantadas otras, produciendo así un conjunto enteramente heterogéneo, aunque predomine sobre los demás estilos el del siglo ix, que viene á ser como la última degeneración del que Roma nos legó.

Una de las partes más notables del Monasterio de Ripoll es la fa-



Portada del Monasterio

FOTS. AMAT

chada, constituida por un cuerpo cuadrangular avanzado. En ella se encuentran, aglomeradas, una multitud de esculturas, extrañas y simbolistas, de hombres, animales, santos, ángeles, seres mitológicos; todo un conjunto, incoherente y raro, exornado con una abundancia extraordinaria de formas, de lujos y de adornos.

Pásase desde la fachada al interior del templo, en que se encuentran mezclados confusamente todos los estilos y todas las formas. La iglesia comunica por siete ú ocho gradas con el claustro, que tiene ciento doce arcos semicirculares, distribuidos desigualmente en cuatro lados y en dos pisos, descansando sobre hermosas columnas pareadas, de bases regulares, y de capiteles bizantinos.

Este claustro puede considerarse como la parte del Monasterio que encierra más unidad, belleza y armonía.

Su variedad y su delicadeza forman un agradable conjunto que impresiona hermosamente el ánimo del viajero.

Una parte de este claustro ha sufrido ya la acción destructora del tiempo y de la guerra, habiendo quedado en ruinas que causan en el espíritu del visitante triste efecto. Entre estas ruinas se levanta el admirable campanario del Monasterio, que es considerado, por su grandiosidad, como uno de los mejores torreones romanobizantinos que existen en España.

Ripoll tiene en este monumento una viva y palpitante demostración de lo que representan sus méritos artísticos. Las guerras civiles, cruentas é inhumanas, deterioraron el Monasterio, reduciendo muchas de sus piedras á lamentables ruinas, tristes, amargas y evocadoras.

:: HORAS ::
MADRILEÑAS

LA DE LA RISA



La una... La una y cinco... La una y diez...
Sol radiante, cielo de añil y ambiente apacible.

La acera sombreada de la calle de Alcalá ofrece el bullicio de una feria. Pasa raudo un automóvil, como impulsado por invisibles alas. Dentro va el hombre de negocios, el banquero, el político... En ese mismo confortable *auto* pasará al atardecer la bella dama, para cuyas galas y elegancias se afanan el hombre de negocios, el banquero y el político. Esta á veces encantadora mujercita es la justificación, el «por qué» de la vida y el estímulo del trabajo.

En el democrático «simón» veréis al periodista activo que sigue la huella de la noticia sensacional; al temible abogado que tiende la arácnica red de sus pleitos y querellas; al modesto diputado intrigante y parasitario que recorre los despachos ministeriales adulador y falaz, y á la cortesana marchita y melancólica, para la cual esta luz de pleno día, llena de transparencias y de verdad, es un insulto: la hiere, la ofende, porque descubre su belleza de artificio lograda en el *boudoir*, merced á una prolija labor de *maquillage*. El oro de sus cabellos es falso, como lo son el brillo de sus pupilas, el rojo de sus labios, la blancura de sus dientes y la tersura rosada y traslúcida de su piel. La cortesana es ave nocturna; es la misma estrella rubia que al anochecer encontramos en las calles populosas y con gesto ambiguo os brinda sus encantos de sirena mercenaria, que lucen al bondadoso amparo de las luces artificiales. Es esa dama que al cruzarse con vosotros sacude vuestra médula con un latigazo de deseo, y á la que, sin embargo, despreciáis ó compadeceís, según

que vuestro temperamento sea mundano ó prejuicioso.

Entre dos luces—la gris del cielo y la roja artificial—los atractivos de la cortesana pintan una falsa legitimidad, y por eso los cotiza desde la terraza del café de moda ó reclinada con indolencia en los mullidos asientos de un *milord* espléndido, tirado por el nervioso caballo blanco y conducido por el rígido y discreto cochero, enfundado en impecable librea color *beige*. Ahora, á plena luz insolente, la dulce vendedora de caricias va de «pequeñas compras»—unas ligas, un velillo, unos guantes, unos encajes—ó regresa de la orgía. No quiere que la conozcan y se obstina en ocultarse el rostro estucado con un gran *bouquet* de violetas; la flor de las pecadoras.

Sentimos en derredor nuestro risas y gorjeos juveniles. Son las modistas. Como bandadas de golondrinas pasan las modistas, burlonas y bulliciosas. Durante un momento han turbado la placidez laboriosa y contemplativa de la urbe con sus carcajadas, que son trinos. Rien de todo. Del señor grueso, que las contempla entre orondo y sorprendido; de la señorita cursi; del flamenco postinero que presume de su masculinidad; del pollo almidonado, que las mira con avidez, y en cuyos labios queda flotando un pipopo.

Son audaces y atrevidas cuando se agrupan en bandadas, y caminan reunidas Margarita, la romántica; Carmen, la apasionada; Lola, la chulilla; Elvira, la frívola y superficial, y Adela, la ambiciosa. El alma de estas golondrinas madrileñas se refleja en sus andares, en su indumentaria, en su gesto y en su continente.

Nosotros hemos observado con placer que el tradicional tipo de la modistilla madrileña ha

evolucionado notablemente desde Don Ramón de la Cruz hasta nuestros días. ¿Adónde fueron á parar el sedoso mantoncillo de crespón, la falda de percal y la bandolina del cabello?... No lo sabemos. Ahora, la modistilla se ha incorporado á las elegantes. Se nos ofrece, gentil y pizpireta, dentro de una blusa de seda que apenas oculta la tentación turgente de sus senos, y de una falda, ceñida y corta, que deja ver sus torneadas pantorrillas estallando en medias de torzal. Estas chiquillas encantadoras ya leen á Trigo, á Zamacois, á Francés y á Hoyos... Unas han caído y otras están titubeando.

Dentro de pocos años, nuestras modistillas lucirán el gracioso *chapeau* de las *midinettes* parisinas y comerán, con los estudiantes y periodistas, en los restaurantes económicos... Todavía no.

Y estas deliciosas mujercitas, cuyas risas nos aturden unos instantes, son las que, al correr de los años, han llorado más. Ellas son el blanco de las burlas sentimentales y rufianescas de los estudiantes conquistadores... ¿Quién, durante los años mozos, de patrona y libros, no ha vertido una bella mentira en los oídos de alguna de esas encantadoras muchachitas?...

¿Quién no ha hecho soñar con un madrigal florido á alguna de estas cabecitas locas?...

... Pero esta es la divina hora de la risa, y Margot, la romántica; Carmela, la apasionada; Lolilla, la chula; Elvira, la frívola, y Adela, la ambiciosa, se reúnen para reír con escándalo en tanto llega la maldita hora de llorar aislada y silenciosamente...

EL CABALLERO AUDAZ

DIBUJO DE RIBAS

BAILES ESPAÑOLES



CURIOSA HISTORIA DE "LA CHACONA"

Daos priesa, mi señora Martina, que, en verdad, el caso apura: la noche negra es, como boca de lobo, aún queda camino para llegar al convento, y mi buena hermana Sor Bernabea andará todo medrosica el jardín, temiendo la sorpresa de la madre priora.

De esta manera, al parecer poco cristiana, hablaba *la Chacona*, amulatada indiana, envidia de fregonas, pasmo de religiosos, trastorno de estudiantes, escándalo de doncellas é ira de oficiales del Santo Oficio, que no por falta de deseo dejábanla vagar libre y danzar deshonestamente sus bailes libidinosos, harto condenados y malditos. La historia de *la Chacona*, sacrilega por demás, pródiga en vicios, vituperada por honradas plumas, corría de boca en boca por la villa, sin que, á pesar de los deseos de alcaldes, y alguaciles, y rondas, hubiera medio de impedir sus desmanes, andanzas y desventuras. Porque cuentan las crónicas que, á los ojos del mundo, era la moza de excelente condición, caritativa por demás, católica cristiana, con sus deijos de piedad y aun de honestidad, á horas del día. Mas tales y tan buenas cualidades afeábanlas, ya que no por entero las encubrieran, sus excesos amorosos, su mujeril vanidad y su afición á la danza, que cultivaba con canciones y movimientos lascivos, tonadas sumamente atrevidas y burlas in-

intencionadas de todo lo divino y humano. Hacia fines del año 1569 llegó á Madrid, y, en calidad de fregatriz, entró á servir en mesón harto célebre, que por la plaza de Herradores ostentaba la muestra.

Cierta tarde estival detuviéronse en la hospedería varios arrieros, acompañados de algunos sopones, con más hambre que cartujo en Cuaresma, picardías á granel y ganas de jácara, baile y holganza, como que á fiesta venían y de las más sonadas. Acompañábales una *coima* salmantina, bella como castellana, alegre como castañuelas, amiga de desperezar los miembros si por ventura tañían la vihuela de cerca, y en sazón de regocijo, á cualquier hora y momento. Así que la cena finó, como el calor apretaba y la sangre corría con desusada agitación, por obra del mosto, salieron, cuantos en la venta hallábanse, al fresco del patio, anchuroso, amplio, con pozo de agua fresca, bodega al rincón del portal y una luna espléndida que del cielo mandaba su luz, para mejor guardar indiscreciones.

Tañó la vihuela, y al son de una copla linda, que cierto estudiante entonó con excelente gracia, bailó *la coima* una *almoneda*, con movimientos suaves y brío y ligereza desconocidos. Cobró envidia *la Chacona*, y entre risas, bromas y sa-

ladísimos cuentos, que los sopones soltaban, salió á danzar á compás de nuevo baile, é hizolo tan esmeradamente, con pasos muy bien marcados y sueltos, que entusiasmó á estudiantes, arrieros y huéspedes, uno de los cuales, luego de terminada la fiesta, quiso entenderse con ella; llegó á su cuarto, muy quedamente, hablóla de baile y danza y, de perfecto acuerdo, huyeron del mesón la misma noche, á correr mundo. Pagóla él lo necesario á su vestido, y, aprovechando una salida de cómico á fiestas de la Ascensión, unióse á ellos y probó fortuna. Avínole bien, porque á poco tiempo vendía galones, batía juego en danzas, conquistaba preferente lugar en *corrales* y hacíase la imprescindible en fiestas públicas y populares regocijos.

Mala vida llevaba, que, á creer á las gentes de su época, eran muchos los escándalos, innumerables las villanías, incontables los enredos que á diario provocaba, allí donde eran más necesarios la ejemplaridad y buen proceder.

Vivió en la inseparable compañía de *Zambapalo*, el arriero del mesón, largos años, y para sus hazañas privadas contaba con la amistad inquebrantable de Martina, dueña de las más expertas, menos antojunas y de mejor pensamiento, dentro del rebaño dueñesco, que por Madrid paseaba.

A requerimiento monjil marchaban aquella noche *la Chacona* y su celestina, extramuros de la villa, camino del convento de Santa Clara, cuya tibia luz, reflejada de las lámparas de la iglesia, vislumbrábase á distancia. Si la madre priora consentía ó no tal visita, cosa es no averiguada. Lo cierto fué que, muy en agonía la noche, *Martina* y *la Chacona* llegaron á las Clarisas, treparon las tapias del convento y, desfundando la reverenda dueña ciertos aperos que bajo el brazo escondía, dió luz á una linterna, moviéndola á compás y, á poco, apareció en el jardín la figura de una religiosa, tan linda y tan bella, que envidia hubo de tenerla la pícara tonadillera, á pesar de sus buenas prendas. Ya á punto de saltar las paredes del cementerio, para salir á campo raso, quienes con tal misterio el convento rodeaban, la campana mayor comenzó, inesperadamente, á tañer, alborotando á la Comunidad, que muy á prisa acudió tras las celosías en demanda de auxilio.

Frontero al convento levantábase un monasterio de dominicos, entre cuyos padres, por malaventura, encontrábase tres oficiales del Santo Oficio, que al sentir el ruido no anduvieron remisos en proveerse de hábito, vara y

linterna y acudir al sitio de donde las voces sañan.

Y no tan presurosos que dejaran de dar tiempo á las tres mujeres para vestirse un hábito blanco, con toca al hombro y galocha sobre la cabeza, más cierta cubierta negra en sus brazos, colocado todo en tal guisa, que la hora, el lugar, la vestimenta, los gritos y alaridos que de sus pechos brotaban, el desconcierto y voces de las monjas con el tañer inusitado de la campana, cosas eran todas para infundir pavor á los mismos demonios del infierno si por allí acertasen á pasar. Los esbirros de la Inquisición, que á los dominicos acompañaban, pasmados ante aquel pavoroso cuadro, no acertaron á aprehender á los fantasmas que, favorecidos por la obscuridad de la noche (que era de las más crudas de invierno), huyeron como almas llevadas del diablo, dejando al Santo Tribunal el encargo de repartir considerable tanda de hisopazos por celdas y patios del convento de Santa Clara.

La atrevida clarisa, bailarina más tarde por sus pecados, salió á pocos días, en una discreta farsa, á danzar con mucho gusto y contento y muy lindamente. Famosa fué en el baile, y hasta dicen que una de sus primeras canciones satíri-

cas dirigióla al rector del convento, en estas ó parecidas palabras:

¡Oh, bien haya nuestro padre rector!, que en la vida holgona no nos manda tener duelos, penas, cuidados ni honra.

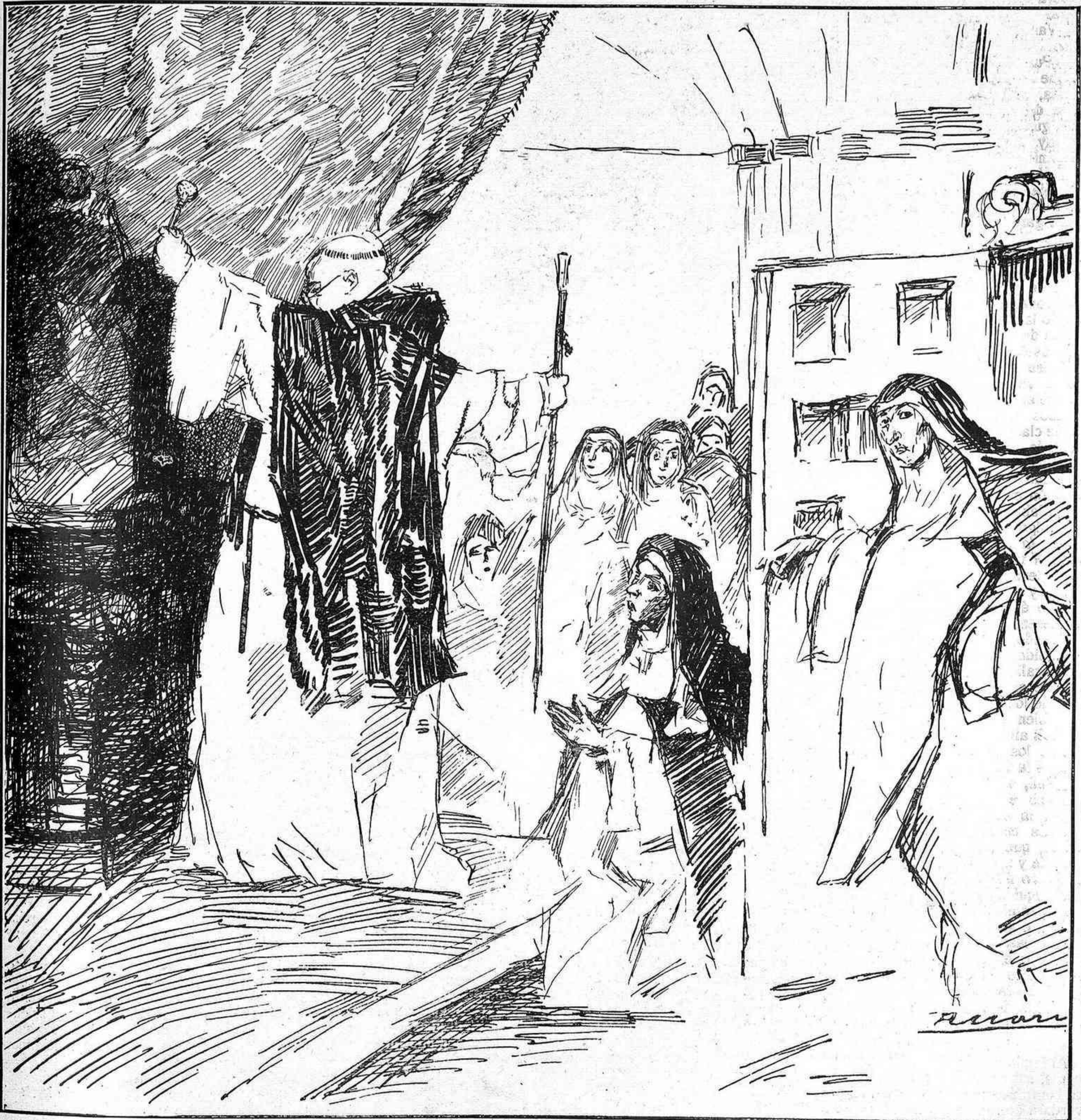
La Chacona, gloria y prez de tonadilleras, vivió luengos años la vida del teatro; perpetuó su nombre con sus bellaquerías, y pasó á la Historia como la más célebre danzarina de que hacen mención los anales y crónicas de aquel venturoso tiempo.

A la andanza descrita, y á otras muchas que cometió, aludía, sin duda, D. Miguel Cervantes en *La Ilustre Fregona*, con este bello romance:

«Qué de veces ha intentado aquesta noble señora, con la alegre *Zarabanda*, *El Pésame* y *Perra-mora*, entrarse por los resquicios de las casas religiosas é inquietar la honestidad que en las santas celdas mora...»

MANUEL F. FERNÁNDEZ NÚÑEZ

DIBUJOS DE RICARDO MARÍN



CUENTOS DE "LA ESFERA"

AIRES DE TRAGEDIA

A la pá é Dió, Rosío.
—¿Qué te trae por
acá, Josele?

—Pó, ná, que como ha-
se tanto día está nublao
el sielo, dije, me vi'a ver
los ojo é Rosío que tien
fama de dar má lú que la
luminaria der día de San
Antón.

—¡Uy, que dexagerao!

—Como lo oyes. Mia tú
si será verdá, que me he
quita las telarañas é los
ojos con agua recién sa-
caita der poso, pá que me
s'aclarase la vista.

—Y qué, ¿tá hecho
efecto?

—Furminante; ya me
ties segao der tóo y en
vispera de gastá anti-
parra.

—Vamo, que no será
tanto.

—¿Pué no ha é serlo?
Lo que tié que tú no te dá
cuenta, ni é menesté que
te la dé, porque mosita
qués guapa, ya se sabe,
no hay quien la gane á
presumía...

—¿Y yo?...

—Mia que me vá á poné
en un compromiso, y no
tengo gana de sacate lo
colore...

—Y de esta forma se hu-
biera prolongado la char-
la, á no tener Rocío que
abandonar la reja, obede-
ciendo las llamadas insis-
tentes de su madre. Por-
que Josele, maldito si ten-
ía prisa. Aquella mañana
sentía verdaderas ganas
de hablar. Estaba en uno
de esos momentos difícil-
es de clasificar psicológi-
camente por su extra-
ordinaria complejidad y
variedad de matices. La
cuestión era que el mozo
se hallaba dispuesto, co-
mo vulgarmente se dice,
á tirar la casa por la ven-
tana. Y todo... porque se
había levantado de buen
humor y con ganas de dar
paliqúe á la primera que
se presentase...

Cuando, después de la
despedida, vióse solo, en
plena calle, tomó la deci-
sión de emprender el cam-
mino de los Rosales. Por-
que, bien pensado, ¿qué
hacía él allí? Nada. Estro-
pearse los ojos de tanto
mirar á la ventana.

—Pué, andandito, y un
pie tras el otro, pá no
perder la costumbre. Ya
estamos marchando p'al
campo, que mañana será
otro día y no se me quea-
rá dentro naita de lo que
tengo aquí metío...

Y, mentalmente, hacía un resumen de lo que
diría á la gentil Rocío, cuando á la mañana si-
guiente pasara por su puerta, camino del cortijo.

Sumido en estas divagaciones, marchaba por
el laberinto de callejas que conducen á la carre-
tera. Pronto atravesó el viejo puente ro-
mano que da entrada á la población, y la línea,
interminable y polvorienta, del camino se ofreció
ante sus ojos.

Al fondo surgían las masas compactas de oli-
vares, semejado enormes ejércitos, replegados
en las faldas de las montañas. Al pie de ellos, la
verdura eterna de las huertas que baña suave-
mente, con sus aguas claras, el Guadalquivir fa-

moso. Y salpicando aquí y allá el paisaje, con
sus brillantes notas amarillas, las pródidas tier-
ras de dorados trigos.

Josele abandonó la carretera para contemplar
el paisaje desde la senda que conduce á los Ro-
sales. Y permaneció unos momentos admirando
los campos que, de tanto verlos, consideraba
como cosa propia. Después de todo, alguna razón
asistía al mozo para adjudicarse, aun cuando fue-
ra ilusoriamente, tan enormes extensiones de te-
rreno, porque desde chiquillo venía á diario pi-
sando aquellos terrones y regándolos, en todo
momento, con el sudor de su frente sana.

Y esto, si ante los hombres no da ningún de-

del terreno, y los mozos siguieron su marcha
por la cinta blanca de la carretera, que comen-
zaba á platear la luna.

Desde la urbe cercana llegaron, suavemente
arrastradas por el viento, las campanadas pos-
terras del *Angelus*. Atravesaron el viejo puente
romano, bajo cuyos arcos se armoniza la corrien-
te del río, y las primeras casas del pueblo sur-
gieron ante sus ojos como blancas apariciones.

—Hasta mañana, Josele...

—Anda con Dios, Maolillo...

Y se separaron, sin que las palabras de la des-
pedida llevaran consigo el inevitable gesto de
rencor.

recho, ante la conciencia
los concede muy sobra-
dos...

Abarcó, con una mira-
da, olivos, campos y huer-
tas, y tornó á emprender
la ruta. Rocío, la mocita
de sus pensamientos, acu-
dió otra vez á su memoria,
dispuesta á servirle de
compañera durante la pe-
sada marcha; los ojos del
mozo se alegraron con el
recuerdo, y una copla se
escapó de sus labios:

Mira tú si será guapa
la mosita que yo quiero,
que hasta lo disen á vose
lo angelito der sielo...

ooo

—Oye, Josele, ya va
siendo menesté que tú y
yo jablemos, pero que muy
seriamente, como deben
jablar lo hombre.

—Pué por mí que no
quee. Ya sabe tú, Maolillo,
que yo siempre tengo
tiempo de ascucharte toa
la palabra que quias desí.
Principia cuando te s'an-
toje.

—Er caso é que...

—Ná, que yo tengo un
regomello drento é mi
cuerpo y de ese regome-
llo tú ere er curpable.

—¿L'as dao á arguien
una puñalá mar da?

—No te vayas pó la
senda, teniendo er camino
real. La puñalá quien la
ha resibío soy yo y nada
más que yo. Y con má
mala intención que la que
le dieron ar Señor en er
costao. ¿Tú sabe, Josele,
la fatiga que yo estoy pa-
sando, ende er punto y
hora que la otra y tú sus
habéis arreglao? ¡Que-
maita tengo la sangre!

—¿Y qué quies que le
haga yo?

—Ná, Josele, ná.

—Pué entonse...

—Que uno de lo dó so-
bramo en er mundo y he
pensao que ar que le to-
que la china...

No pudo terminar. Una
fuerza extraña cerró sus
labios y la amenaza quedó
interrumpida cuando lle-
gaba al punto culminante.
Y siguieron el camino, si-
lenciosamente, sin atre-
verse ninguno de los dos
á romper la tregua que
aquella pausa significaba
en las hostilidades abier-
tas unos momentos antes.
Anocheía. Las aguas cla-
ras del río sonaban majes-
tuosamente en el silencio
de los campos. La senda
de los Rosales quedó
abandonada en un recodo



Josele, no obstante, continuó su camino, cabizbajo.

—¿Qué culpa tenía él de que Rosío no quisiera á Maolillo? Pue bueno estaría que ahora, endispues de lo trabajo pasao pá haserla su novia, le dijese al otro: «Anda, arma mía, ahí la tiene, no pase más fatiga ni te quemé má la sangre... Yo soy un mal' ange y no tengo derecho á la vía. Arsa, que é tuya...» ¡Vamo, hombre, que ni pensarlo... Ar que Dió se la dé, San Pedro se la bendiga, y er que no tenga carstone que s'arremiende uno viejo... Pó no, que no.

Sin embargo, pese á estas divagaciones, otra le quedaba dentro. Joselillo, el muchachote franco y alegre, no se avenía, en el fondo de su conciencia, á ser el causante de la desgracia de nadie, y mucho menos de la de su amigo Maolillo, con el cual se había criado, y con quien le unía un afecto sincero y leal, el cariño de la niñez. Por ese motivo sufría, sin quererlo, la más honda de las preocupaciones.

Aquella noche acudía á la reja con más ilusión que nunca.

—Bueno día no dé Dió.

—Pero, niño. ¿Tú no está en lo cabale? Buena noche querrá desí.

—Tá equivocás; pá mi son día, porque en cuanto que me hecho á la cara eso dó sole que ties por ojos, me se figura que está amanesiendo.

—Vamo, niño, no desagere...

Y, requiebro tras requiebro, continuó el discreto de los enamorados, cuyas cálidas frases se perdían, como frágiles espirales de humo, en el silencio apacible de la noche.

Josele callaba algunas veces, y la prolongada pausa hacía surgir una pregunta llena de pasión en los labios de ella. El, entonces, con toda la sinceridad de los años mozos, la refirió, palabra tras palabra, su conversación con Maolillo, el *aperaor der cortijo é los Rosales*.

—El ha dicho que uno de lo dó sobramos en er mundo. ¿Cree tú que soy yo quien sobra?—la interrogó, emocionado.

Para Rosío fué la pregunta como una agresión inesperada. No supo qué contestar, y Josele, con la angustia obstruyendo su garganta, aguardó unos instantes la respuesta, que no llegó, que

no pudieron pronunciar los labios, trémulos, de la hermosa zagala.

Una fuerza extraña le fué separando de la reja, alejándole de aquellos hierros, tras de los cuales quedaba la fortaleza debilísima de una mujer, que en el momento decisivo de su enamoramiento, había ahogado las rebeldías del corazón, las protestas rotundas del cariño, para dejar escapar, por la torre sin puertas de su alma, su instinto, deliciosamente femenino. ¡Mujer, siempre mujer!

Joselillo vagó, desorientado, por las oscuras calles de la vieja ciudad moruna que, dormida en sus románticos recuerdos, recibía las suaves caricias de la luna, como un blanco velo nupcial arrojado sobre su frente de desposada.

ooo

—¿Pá qué darle más güerta al asunto? El y naa más que él sobraba en er mundo. Bien clarito se lo había dao á entendé ella la noche anterior. Too porque el tenía la esgrasia de haber nasío probe, como la rata, y no podé asperá otro capitá que er ganao por su mano y baño con er sudó de su frente. ¡Mardita sea la negra!... Anda, niño, pasa fatiga por una mujé, pierde er sentío por ella y aluego verá lo que saca... Igualito que la jormiga, acarreado el pan too el año, pa que endispue, de una pisaa, le arremate la obra er primero que llegue. Semenesté era que no hubiese má que sigarra en er mundo.

Y le sobraba razón al mozo para dolerse de su infortunio. Pero la resignación aparecía ante sus ojos, y el cerebro, exaltado, se dejaba arrastrar, mansamente, hacia los reinos de la paz. Hasta su amor propio indomable cedía el paso, respetuosamente, á la realidad, y callaba, sin aventurar la más débil protesta.

El mocerío, mientras tanto, comentaba con regocijo la descalabradura que acababa de sufrir Josele, *el Atrapamozas*, como le denominaban los envidiosos de su figura arrogante y de su gracia inagotable. Las cogedoras de aceituna tenían con ello tema sobrado para sus charlas durante toda la campaña.

—¡Er jincho der marqués! Pó y que no presume er niño...

—Calla, hija, si paese un prínsipe estronao.

—Pó lo mejó é que no tiene ande caerse muerto.

—Como que caa ves que s'echa en la cama se alevanta lleno é chichone. Ya vé tú la lana que tendrá er corchón.

—Si te digo que está perdió el mundo. Tóos se afiguran que tien un tío en América y les va á tocá la herensia.

Y de esta forma se ensañaban cruelmente con el desdichado mozo en todos los corrillos. Era el perdurable tributo que el caído está obligado á ofrecer ante las fauces hambrientas de la multitud... La comida de las fieras, el manjar insustituible que todos hemos paladeado, con la misma fruición que se saborea el plato de más exquisito gusto, sin perjuicio de dolernos íntimamente la desgracia del que acabamos de vituperar.

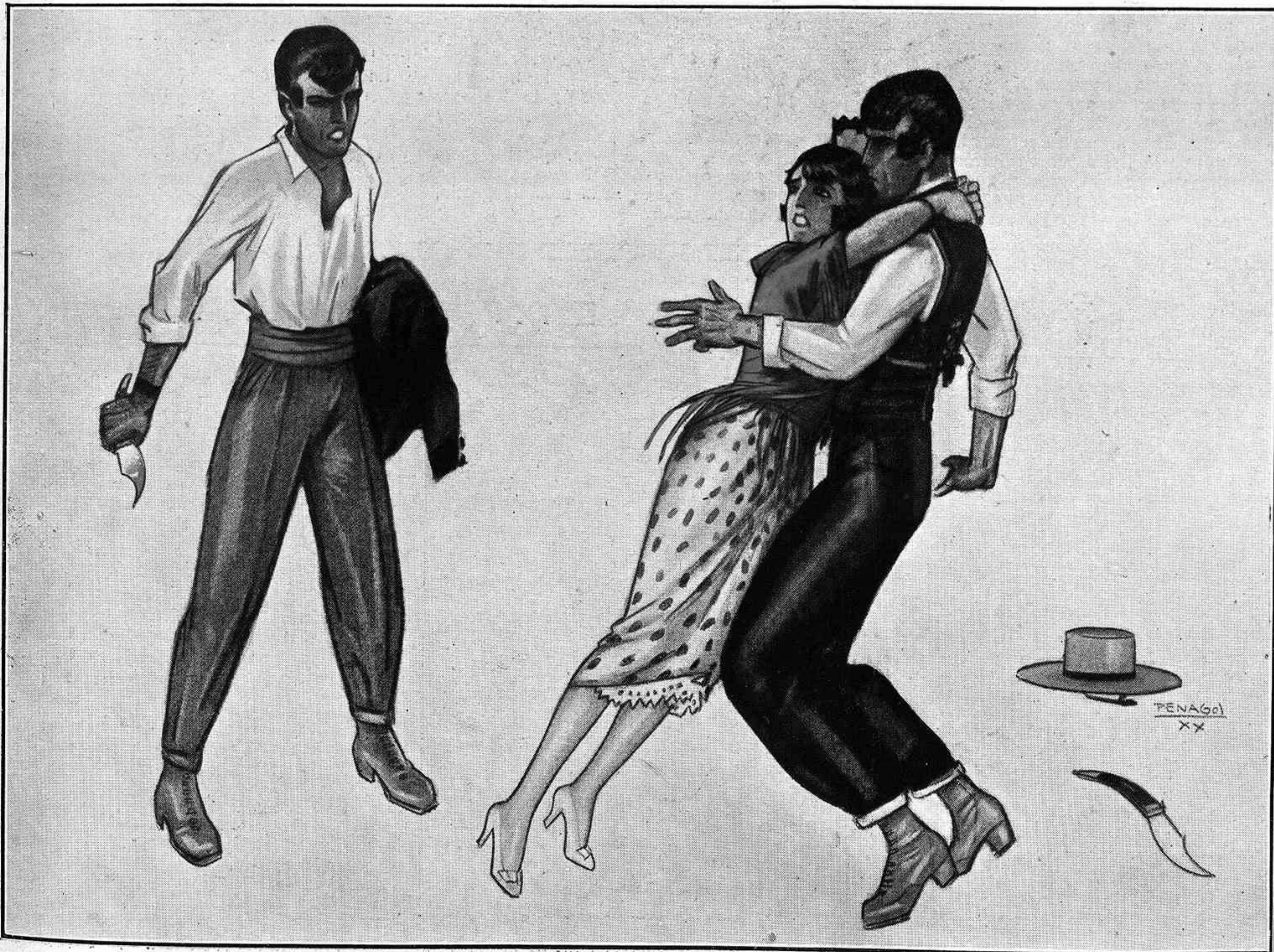
Josele estaba seguro de que esto había de ocurrir; pero, prudente y cauto, callaba á todo, sin que sus labios se atreviesen á balbucear el más humilde de los reproches.

ooo

Montesión, la hermana de Maolillo, era, sin duda alguna, la única moza del pueblo que se compadecía del infortunado Josele. Dos razones tenía para ello: la una, los impulsos de su corazón, dulcemente femenino; la otra, su amor por el mozo, desde que apenas eran ambos unos arripiezos. Y quién sabe si esta última razón pesase, más que la primera, sobre su ánimo, predisponiéndola para la conmiseración en favor del orgulloso *Atrapamozas*. Mal hecho ciertamente, sí, señor; muy mal hecho, puesto que ella no tenía que agradecer de Josele otra cosa que un considerable número de desprecios.

¡Y qué injusticia la de éste! Montesión, la morena ideal, de ojos negros como pesares y dulces como las mieles; la de talle esbelto y erguido, de voz melodiosa y suave, no merecía que el mozo la hubiese despreciado, yendo á buscar el cariño donde jamás habría de encontrarlo.

Ella se lo había pedido á la bendita Virgen de la Cabeza, con todo el fervor de su alma, llena de ingenuas y cándidas devociones. Y la Virgen no había escuchado su demanda...



—¡Virgensita é mi arma! ¿Por qué no escucha mi vose? Si yo no quiero á otro hombre que á ese y é mi cariño tan puro como el asur der sie-lo. ¿Por que no ha de hasé tú, que todo lo pue-de, que el hombre por quien yo aliento este que-ré sea pá mi corazón como yo lo soy pá er suyo?

Y la súplica se elevaba hacia los cielos, como asciende á las alturas el perfume de los prados, con el puro aroma de su original naturaleza.

ooo

«De Nochebuena á San Juan medio año va», reza el adagio popular, y de la cogida de la acei-tuna á la orilla de las mieses van seis meses, justos y cabales, según rigen las costumbres agri-colas de la campiña andaluza.

Seis meses había, por tanto, entre la fecha que marcaba el calendario y aquella otra que Josele recordaba tan tristemente; tiempo más que sobrado para que el olvido hiciese cicatrizar las heridas manantes de sangre, más roja que las amapolas primaverales.

Las cosas seguían igual; es decir, con una va-riante: la de que Rocío y Maolillo bordaban, á través de la reja, el encaje de los amorosos ma-drigales, valiéndose de la licencia que les conce-día su flamante noviazgo.

Tenía que suceder y sucedió. Para San Isidro bajaron, como de costumbre, á la ciudad, el Santo glorioso que vive sus horas en el refugio de la ermita, circundada por la hoz, apacible y ri-sueña..., y hubo procesión, como siempre, y Mao-lillo, después de la fiesta religiosa, obsequió á Rocío con la típica *pañolá de arvellanas satalla y garbansos tostao*, clásicas bagatelas de todos los festejos andaluces; con el regalo surgieron las palabras y, tras de los cumplimientos vulgares, vinieron las preguntas *con segunda*, de forma tal, que Maolillo, sin saber cómo, se encon-tró gratamente aprisionado en las redes de la moza, y no tuvo otro remedio que decir lo que tenía *metio en too lo jondo der pecho*. Trabajillo le costó, pero al fin y al cabo supo explicar lo que quería, y la otra no sólo entendió sus medias palabras, sino que accedió con largueza á las pretensiones del vergonzoso galán.

A raíz del hecho menudearon, como siempre, los comentarios de la multitud. El único que guardó silencio sobre el caso fué Josele, el mozo pensativo, que buscaba la soledad para dar rienda suelta á su dolor, sin otra compañía que su conciencia limpia y su alma enamorada.

Ya no se volvió á escuchar la risa franca y alborotadora del mozo, porque la desgracia había sellado la de sus labios, apagando el optimismo de su voz, siempre propicia á entonar las alegres seguidillas de la tierra y los trágicos aires de pura estirpe gitana, que suenan á cada paso por los campos andaluces; ni tornaron á enrojecer las mozas, al oír las frases jaraneras del galán,

porque la gracia inimitable de Josele huyó al sonar en su puerta los primeros golpes del infor-tunio.

Una mañana trabajaba Josele en el amplio pa-tio del cortijo, con todo el afán y toda la intensi-dad que eran normas de su honrada conducta. Hizo un alto en el trabajo, secó el sudor de su frente con el dorso de la mano, y cantó una cop-la, que desgarró violentamente el silencio del campo:

Solito estoy en er mundo
y así tengo que acabá,
sin er cariño de naide
que me quiera de verdá.

Al terminar la copla, el viento trajo desde la lejana ciudad los ecos de una campana. Josele abandonó su labor y salió á la lonja para aguar-dar, pacientemente, el yantar del mediodía.

Una voz de mujer saludóle, afectuosa, desde el fondo de la amplia cocina:

—Bueno día, Josele.
—Bueno lo dé Dió, Montesión...
—Oye, niño, ¿vá sé menesté pedirte por favó er que no niegue á nadie la grasia é Dió?
—¿Por qué lo dise?

—Porque está má esaborio que una gacha sin asúcar. Dó vese has pasao por aquí y como si no hubia nadie; má é largo que er gargo trá é la piesa.

—Es que como está uno metio en la faena, no se fija en náa.

—Y á má, lo otro.
—¿Qué é lo otro?

—Lo que no debía sé, Josele... Porque ahora que no hay nadie elante te lo vi á desi: tú te me-rece má, mucho má, que una... ambisiosa como esa. ¿Te vá enterando? Y hase mal en llevate la via tan aperreá que te está llevando, ná má que por su culpa... Ma dao una pena tan grande el escuchá la copla esa que has cantao enantes, que si yo hubia podio..., pero é una mujer, y...

La turba de los gañanes y de los tostados se-gadores irrumpió por el amplio portón que daba acceso á la cocina. Y su alborotadora presencia cortó las frases de la moza...

Llegaban en busca del bocado de pan que re-genera el cuerpo prestándole nuevas energías para la dura jornada, que en estas tierras anda-luzas es más fatigosa é inclemente que en cual-quiera otra.

Montesión preparó la mesa y cada cual ocupó su puesto. Maolillo hizo con la cuchara la se-ñal de la cruz sobre la fuente humeante de las sopas, y pronunció las frases de todos los días, el clásico ofrecimiento al Supremo Hacedor, y luego la oración fervorosa, por todos contesta-da mansamente, religiosamente. En el silencio de la cocina se oyó la vibración de su voz:

«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...»

Habían pasado muchos días desde la mañana aquella. Terminada la siega, comenzaba la trilla. Sobre las eras empedradas se alzaba, orgullosa, la pompa dorada de las mieses. Abrasaba el sol de la canícula y la gente moza buscaba durante la noche, recostada en la parva, el fresco que orease sus cuerpos, flagelados por el calor del día.

Y era entonces cuando sonaba el rasgueo de la guitarra, cuyos cantos, mágicos como el alma de Andalucía, son llanto y risa, alegría y terror...

Por primera vez se oyó en público la voz po-tente de Josele, que arrancó una escalofriante copla del fondo de su alma:

La mardisione má mala
no tienen comparasión,
ni en naita se paresen
á las que t'echo yo.

Hubo una pausa, que acompañó el cálido són de la guitarra. Josele cantó nuevamente:

Me robastes er cariño
de la mujer que adoraba...
Pá cobrarme, iyo te juro
que te he de arrancar el alma!

Y la copla hizo pasar una ráfaga de frío por las frentes de los que escuchaban. Ya estaba en pie el desafío y comenzaba á surgir la tragedia. Para ella, las maldiciones, el aborrecimiento; para él, la lucha noble, cuerpo á cuerpo, sin vi-sos de traición, porque la amenaza había sido lanzada públicamente y en presencia de todos.

Josele abandonó la era y Maolillo siguió sus pasos; mientras tanto, el rasgueo de la guitarra continuó preludiando, con sus ayes melancólicos, la iniciación del drama.

—Oye, tú, Josele, ¿esas coplas han sío por mí?
—Por ti y por la otra.

—¿Y tú me va á arrancá á mí el alma?
—Ya he dicho lo que tenía que desí.

—Pué vamo á velo.

Y la luna hirió con sus rayos plateados las hojas bruñidas de dos navajas.

Dejó caer la suya Josele, herido en la mano, sobre el verde tapiz del césped, y entonces surgió entre los dos cuerpos la figura de una mujer.

—¡Montesión!
—Déjalo, Maolillo... Mátame á mí, no lo mate á él—suplicó la moza, dolorosamente, cubriendo con su cuerpo el de Josele.

Maolillo, absorto, con la inconsciencia de un iluminado, dejó también que la navaja resbalase por los suelos...

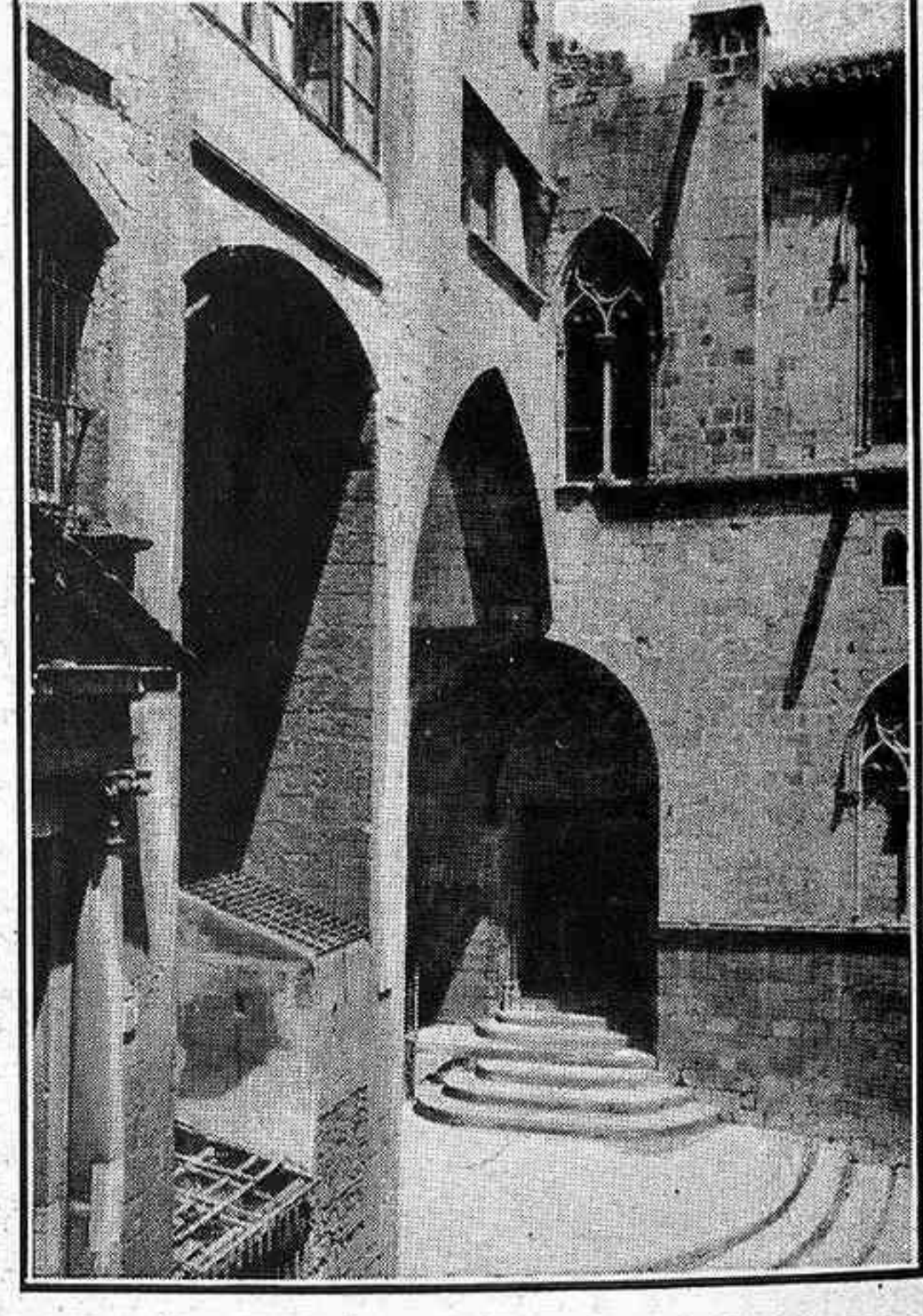
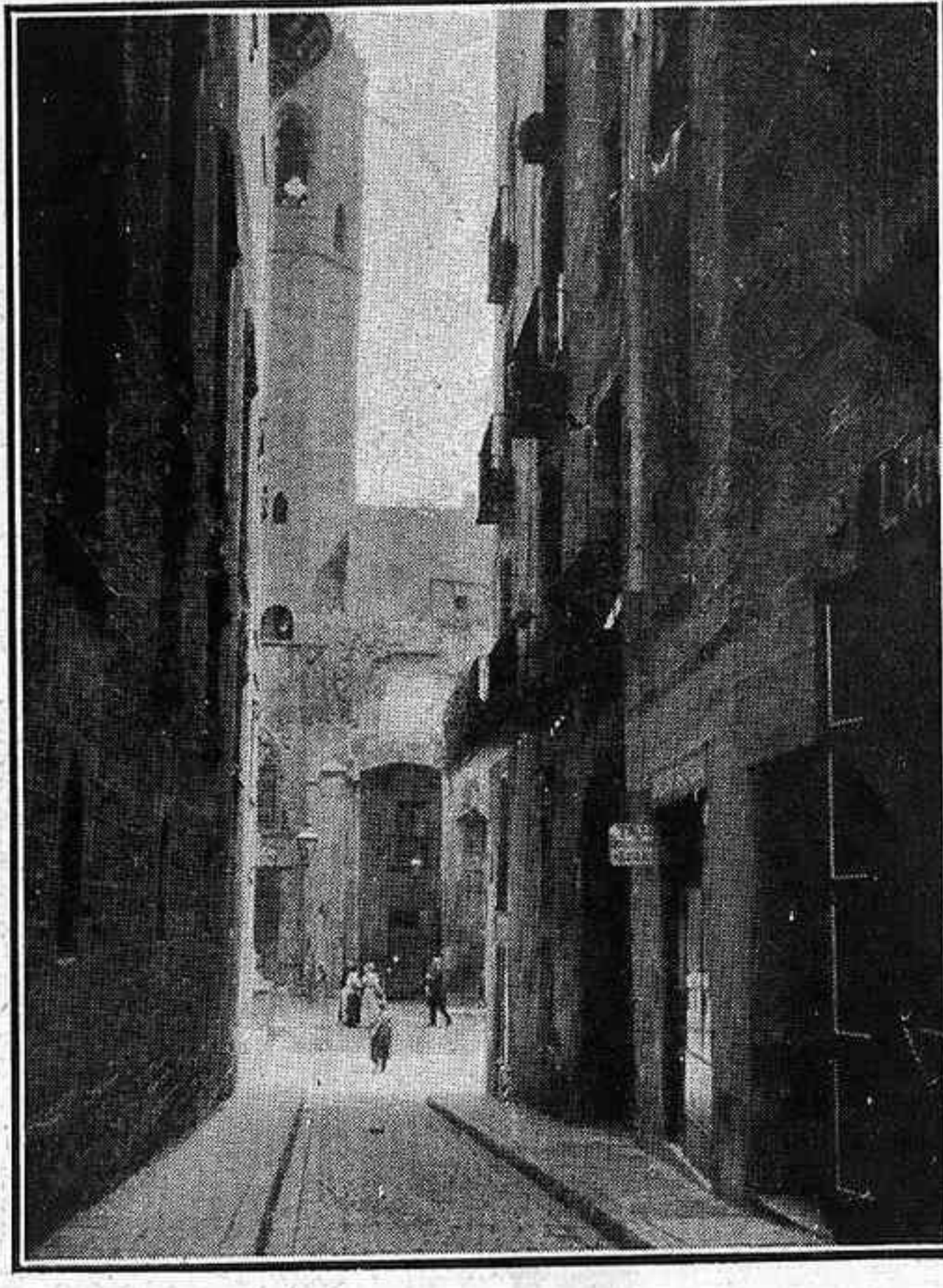
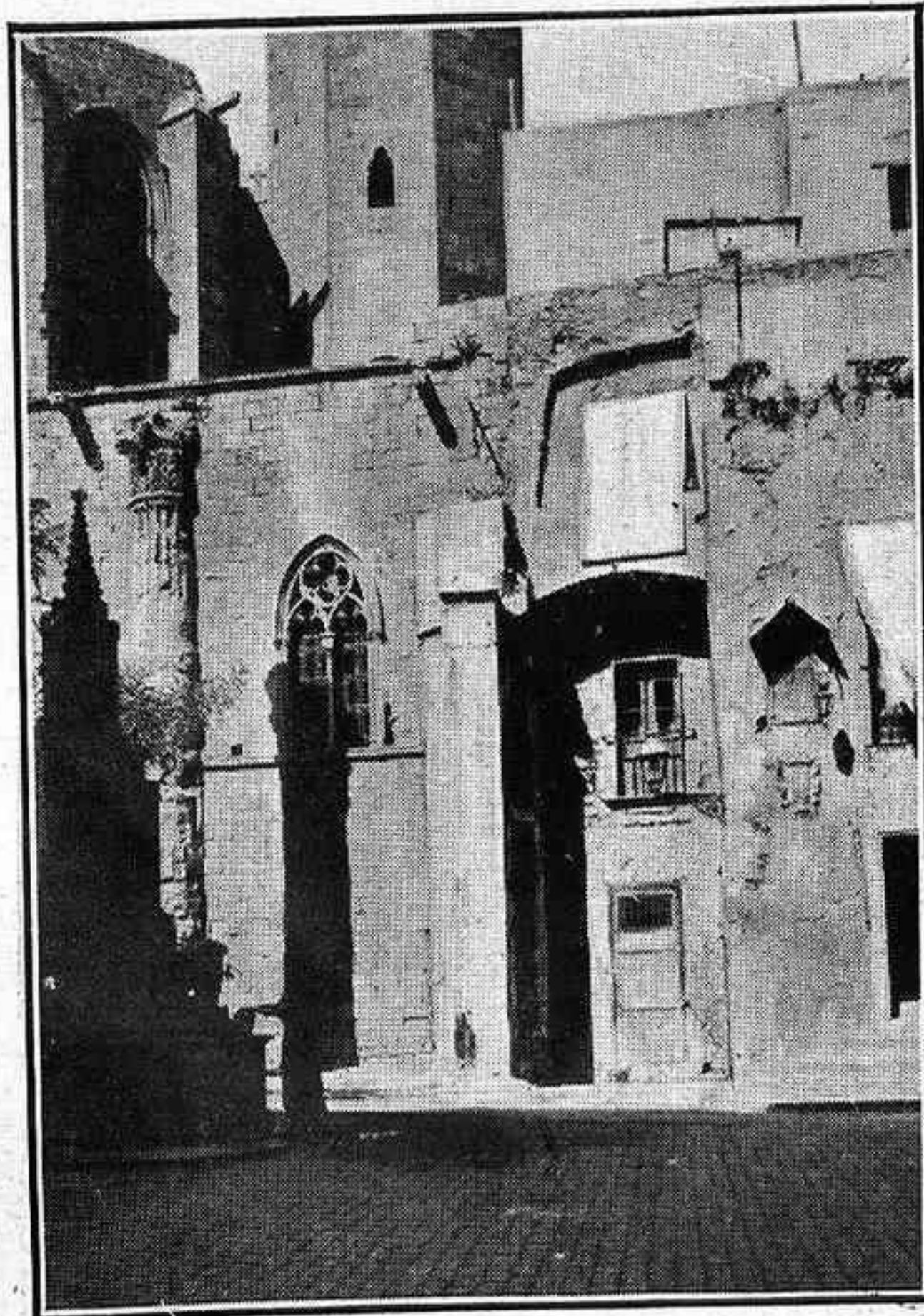
La luz clara, que besó con dulzura las ama-polas de la sangre vertida, fué el único testigo de aquel drama.

En la era, mientras tanto, seguía el rasgueo de la guitarra.

JOSÉ DE LA VEGA GUTIÉRREZ

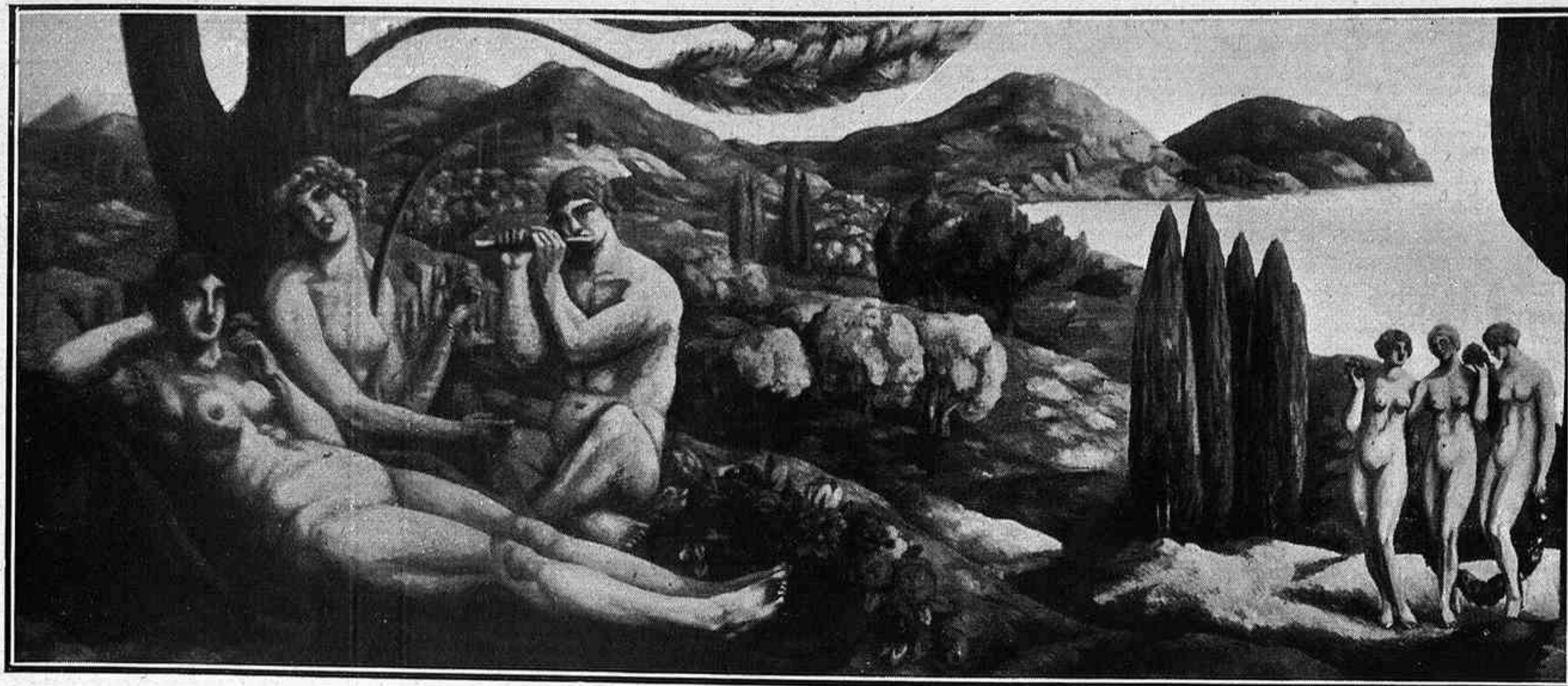
DIBUJOS DE PENAGOS

DE LA VIEJA BARCELONA



Tres aspectos de la Plaza del Rey, una de las más típicas y características de la parte antigua de la capital barcelonesa. FOT. HIELSCHER

EL SALÓN DE OTOÑO DE PARÍS



Lienzo de Pierre Guirieu, que figura en el Salón de Otoño

ENTRE el vértigo de ideas y principios que en el Salón de Otoño parisién se funden ó separan, el concepto sostenido por los artistas Flandrin y Guirieu aparece como remanso en la impetuosa corriente seguida por el ultramoderno arte francés. Sin abandonarse á un quietismo espiritual, sino, muy al contrario, formando en el cortejo de los más avanzados y renovadores, Flandrin y Guirieu, cada cual, fiel á su teoría y procedimiento, se ha trazado un sendero, y por él caminan con marcha razonada, depurando su ideal y expresándolo con absoluta sinceridad.

Flandrin ha presentado en el último Salón de Otoño un lienzo de considerables dimensiones, dedicado á ornar la residencia de un rico propietario del Norte de Francia. En la realización se ha tenido en cuenta el objeto á que la obra se destinaba, y así ha procurado armonizarse cuanto pudiera tener relación con la vida campestre y de recreo. Resuelto el tema con amplitud de factura, tiénese á éste como un llamamiento á los goces espirituales. La vibración, la intensidad de color y la distribución de los elementos principales ó necesarios, convienen de modo justo con la finalidad perseguida. Sobre un fondo de cálida y fragante naturaleza, una doncella lee, en tanto el artista interpreta el natural, recogiendo en la tela toda la belleza que éste puede ofrecerle. Otro grupo de damas y caballeros, jinetes en potros jóvenes, simbolizan la agilidad y el vigor, representándose luego el eterno canto á la vida futura en unas criaturas ingenuas y lozanas, que ante una estatua se enlazan formando bellissimo conjunto. La ponderación de masas y acordes es luminosa y fuerte; la

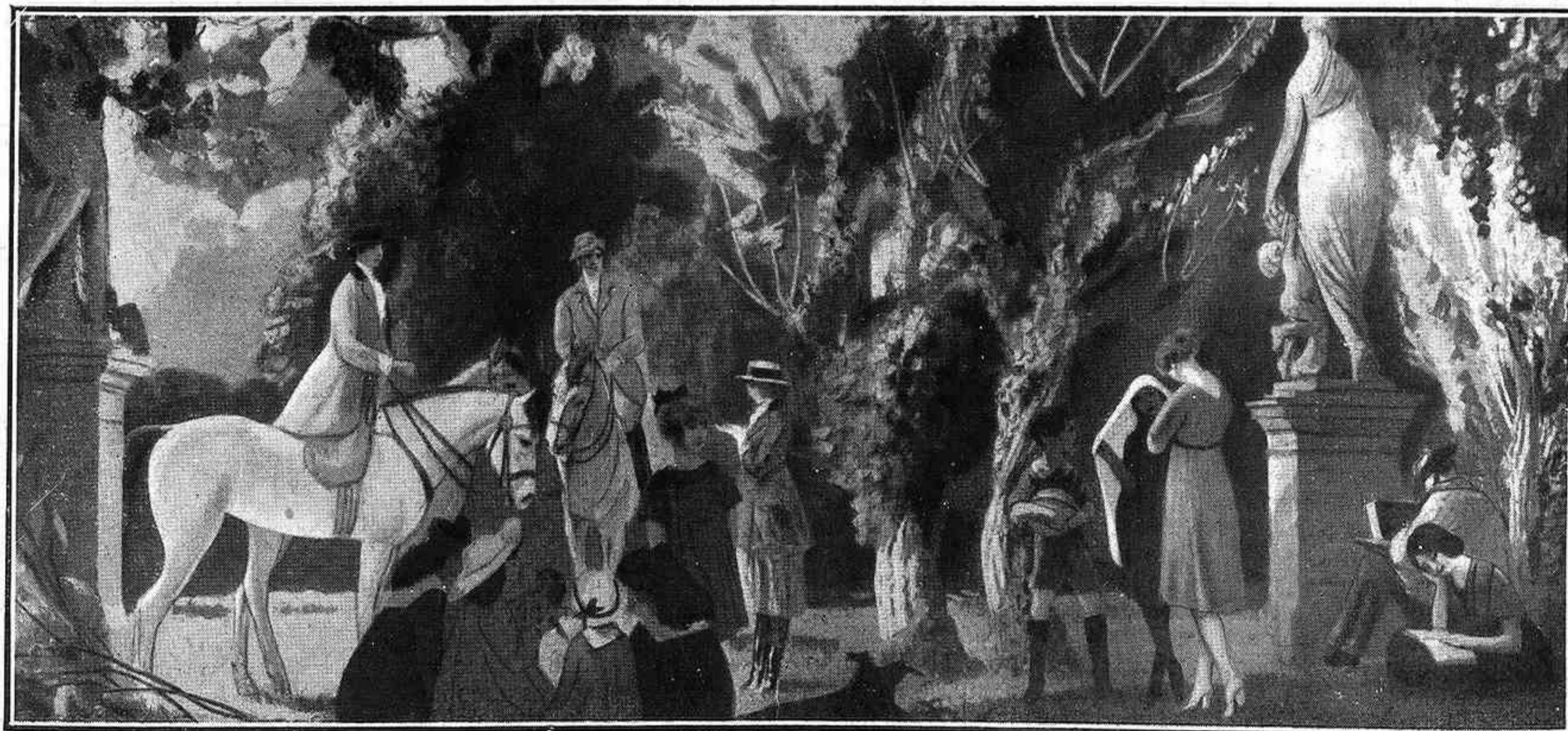
relación de términos hállase perfectamente ensamblada, y la totalidad del efecto es eminentemente decorativa. Y es de notar que para ensalzar una emoción, el artista se ha atenido, no á escenas manidas ni asuntos campestres de rústica fiera ó teatral ampulosidad, sino á refinamientos de la vida moderna, reveladores de sensibilidad y pureza de sentimiento.

Pierre Guirieu presenta unos paisajes provenzales, graves y nobles, en los que alcanza su mayor relieve la característica determinante de este pintor: la armonía. De él se ha dicho, como de Baudelaire de Delacroix, que es el que mejor ha interpretado «los apacibles días del espíritu». Su pintura tiende á producir la más exaltada impresión de plenitud dichosa, y en ella complácese nuestro sentir en la meditación y sana voluptuosidad. Guirieu piensa con el color y razona con la línea, y no se encuentran en su arte ni exageraciones ni estridencias, sino la resolución de problemas conseguidos sin sacrificar la reglas fundamentales de la estética. Artista de su tiempo y hombre de amplia cultura y razonado equilibrio, Pierre Guirieu ha pasado por el tamiz de su pictórica visión á Ingres y Chassériau, y, como ellos, no ha sentido el temor de que se le juzgue como un sintético, apareciendo siempre como un reflexivo. Ni enfático, ni artificioso su procedimiento, por el contrario propende á una sobriedad cromática extraordinaria. Con aguda y atinada observación compone en cada cuadro una estrofa de amable filosofía, que expresa con una firmeza y simplicidad de medios extrema, medios deducidos de una innegable tradición.

Las obras de Flandrin y Guirieu son la demostración de que la reproducción del sér huma-

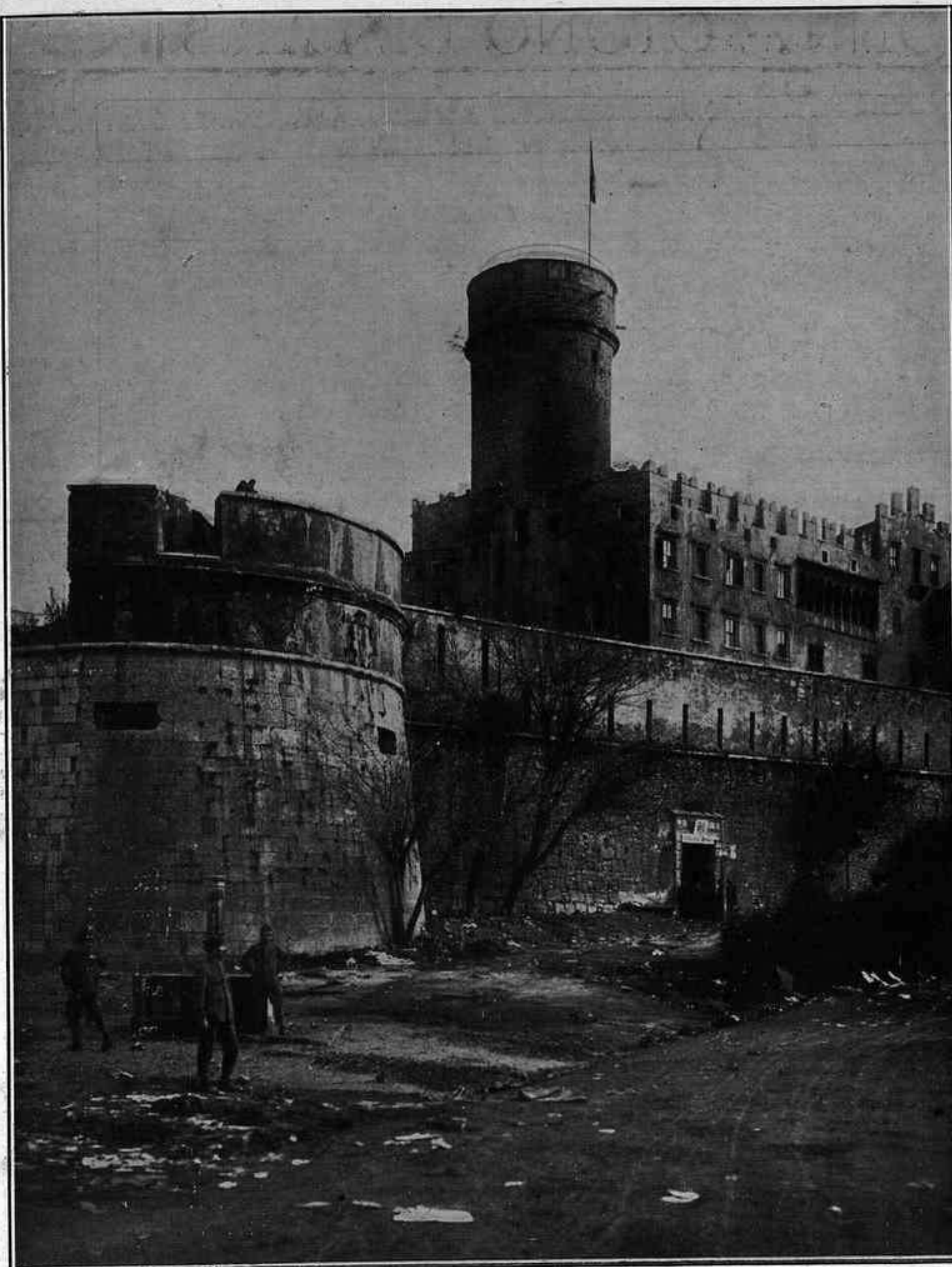
no, ó del paisaje, pueden conservar su carácter, aun quedando sometidos ambos motivos á una interpretación sintética ó á una expresión que alcance el más alto grado analítico. El canon actual tiende á producir una emoción por una evocación, más que por una representación fiel y concreta. Una silueta, un contorno, una relación de tonos, deben de influir más sobre el espectador que la presencia de la figura ó de la cosa en sí. Es preciso forzar á nuestro pensar á una reconstrucción para que luego directamente proceda este fenómeno imaginativo sobre nuestro sentir. Las sensaciones se buscan en el recuerdo, no es preciso conseguirlas por la visión directa del objeto. ¿Es este un procedimiento admisible, ó es un sistema vituperable? Difícil es, por el momento, la solución á favor ó en contra. Tal vez sea el medio de encontrar en cada cual el máximo de sensibilidad; acaso, por el contrario, llegue la norma en boga á diluir condiciones que, rígidamente amenazadas, dieran lugar á la creación de positivos valores. Pero ante tal dilema, nadie se atrevería seguramente ahora á vaticinar el resultado. Lo indudable, el hecho real, es que en el Salón de Otoño no se procede por la mayoría de los que á él han acudido por titubeos y reticencias. Los pintores y escultores que han concurrido se expresan en el sentido indicado, con todo el valor y la fuerza que da un profundo convencimiento. Unos con mayor impulso, otros en forma más comedida, pulcra y atildada, pero todos con el ferviente anhelo de abrir un nuevo horizonte ó desbrozar un camino que otros recorrerán, sin duda, más tarde con paso firme.

C. PALENCIA TUBAU



"Panneau" decorativo, original de Flandrin, que figura en el Salón de Otoño

DEL CONCILIO A LAS FÁBRICAS

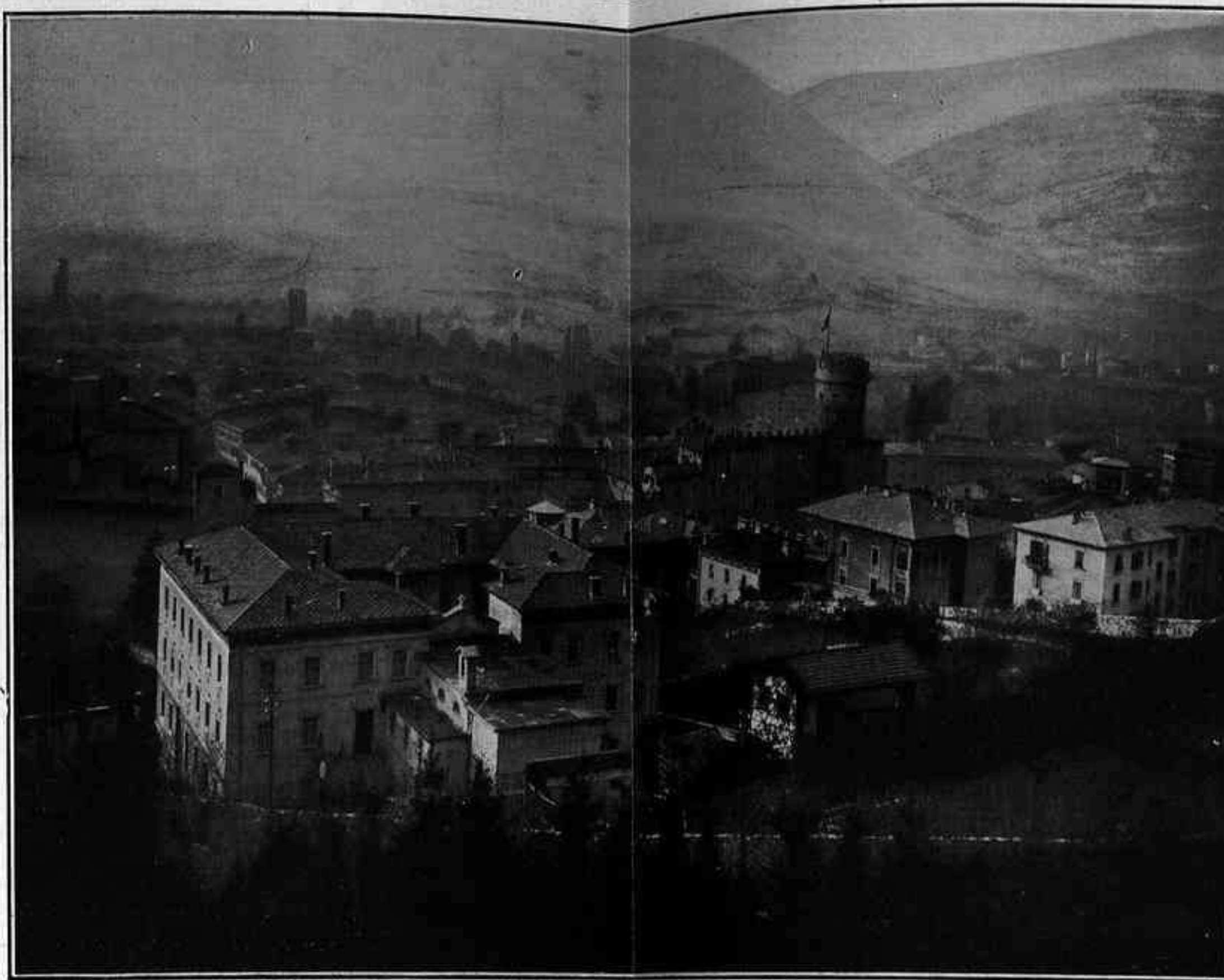


El castillo del "Buon Consiglio", de Trento

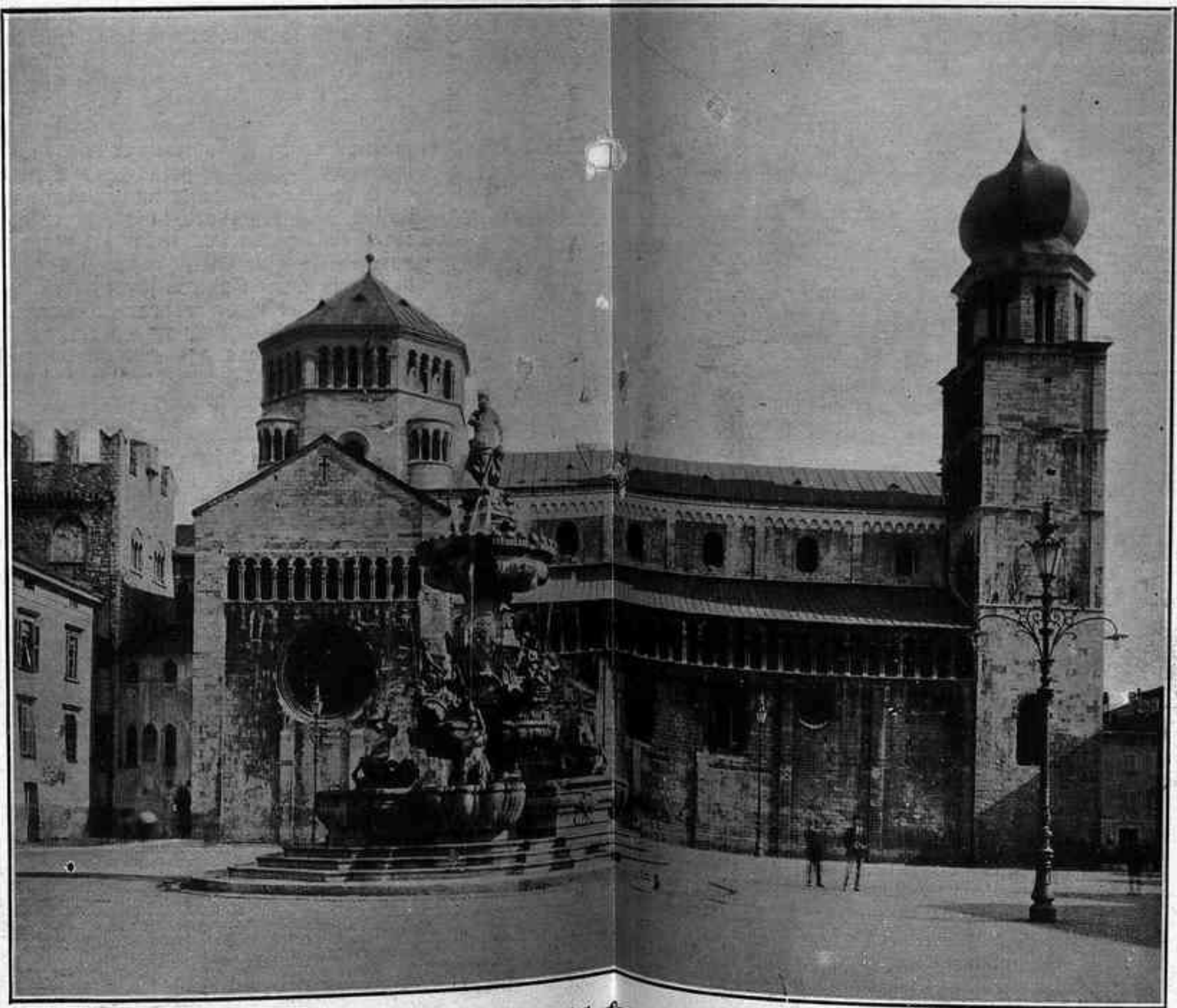
Sobre el redondo torreón del castillo del «Buon Consiglio», ondea otra vez el pabellón italiano. Quien hubiese vivido poco más de un siglo, recordaría haber visto, hasta 1805, flamear en aquel mismo sitio la bandera de Trento independiente, la de su Obispo, Príncipe soberano, cuyo poder temporal tenía la sanción de nueve siglos, y arrancaba nada menos que de las grandezas del Imperio Romano y de las propias manos de Conrado el Salico, después de padecer bajo el dominio de godos, de lombardos y de galos. ¡Y desde entonces, en un siglo, cuantas mudanzas! Fué francesa, fué italiana, fué bávara y fué, finalmente, austriaca, hasta que la postrera guerra la ha entregado, con el Tiro, á Italia, que la amaba.

Sin embargo, la prosperidad de la ciudad tiene un marchamo tudesco. Lo tradicional, lo italiano, es la Trento, gobernada por el Príncipe-Obispo; es la Trento del Concilio Ecuménico, del último celebrado por la Iglesia, que desde 1545 á 1563 hizo de la capital del Tiro la ciudad santa del orbe, donde estaban congregados dos cardenales, doscientos ocho arzobispos y obispos, muchedumbre de abades y procuradores de Ordenes religiosos y doctores, y los embajadores del Emperador, de los Reyes de Francia, Portugal y Polonia, de la República de Venecia y del duque de Saboya... Sin duda, de esta época gloriosa data el aspecto imponente de la ciudad: sus gruesos torreones lombardos; sus campanarios elevados; sus palacios de mármol; sus altas murallas rojizas; su castillo del «Buon Consiglio», que se eleva por encima de todos los edificios de la ciudad. Mercey, autor de la *Historia de Trento*, señala los singulares contrastes que ofrece: «A una parte—dice—serpentean calles estrechas, entre una doble fila de edificios de todas formas, de todos colores, de todas épocas; casas inquietantes para el transeunte y que pueblan verdaderos hormigueros de chiquillos, desnudos y sucios; de hombres apenas vestidos y mujeres desgredadas y famélicas. A la otra parte de la ciudad se extienden calles anchas, regulares, bordeadas en cada acera por palacios sombríos, pero admirablemente contruidos con gruesos bloques de mármol rojo, sin pulimentar; palacios lombardo-venetos, decorados por grandes balconadas, por frisos enguinaldados y por ricas pilastras; palacios de los Galeas, de los Castel-Alto, de los Cies, de los Madruce, de los Hugo Caudide, de los Lichtenstein, de los Firmian, de los Spauv, de los Bellasi; de tantas nobles familias seculares como aquí hubo, y el tiempo, las guerras y las ambiciones, han aventado, y alejado, y esparcido por Europa, y hundido en los senos de Muerte.»

Esta es la ciudad de la tradición italiana. El arqueólogo y el artista se extasían en la contemplación de estas prendas de una grandeza que fué. Involuntariamente, la imaginación quiere evocar los años inquietantes del Concilio, enardecida la ciudad por la más inquietante de las pasiones: por la exaltación de la Fe religiosa. Allí estuvieron nuestro famoso teólogo Martín de Azpicueta y los primeros discípulos de Ignacio de Loyola; allí, católicos de todas las naciones, hablando todas las lenguas, que acudían á fortifi-



Panorama de Trento



La plaza Grande, de Trento. Al fondo, la catedral, consagrada á San Virgilio. Delante, la fuente de Neptuno, con el tridente, simbolo de la ciudad

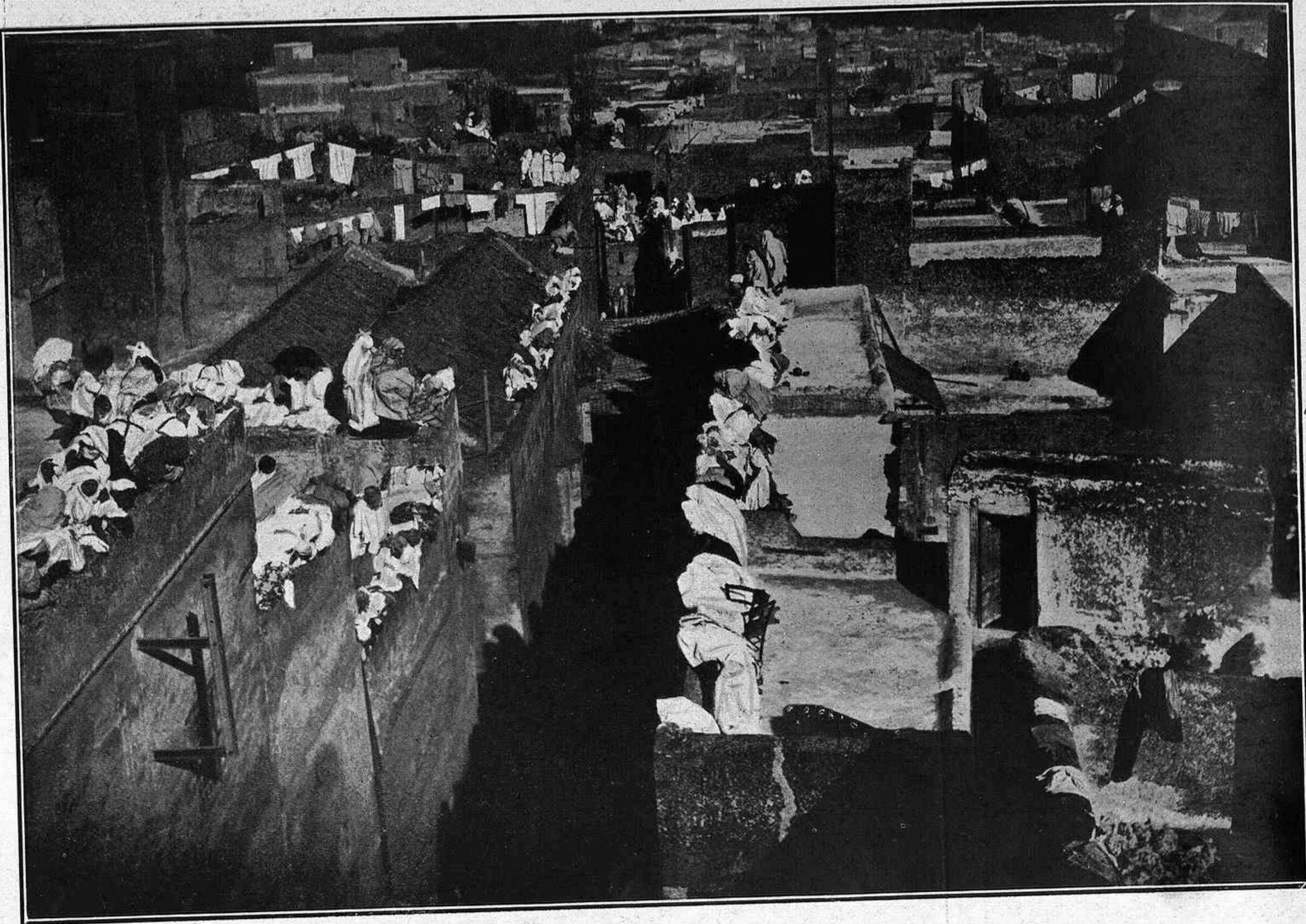


Vista parcial del patio del palacio del "Buon Consiglio"

carce contra la duda protestante. La iglesia de Santa María Maggiore, donde se reunió, durante ocho años enteros, la asamblea ecuménica, la representación de la Iglesia entera; donde se realizó la Restauración católica, restableciendo la disciplina, corrigiendo las costumbres y afirmando, inexorable, la ortodoxia frente á la herejía luterana, contra lo que esperaban los protestantes, que habian creído posible una serie de transacciones. En el coro de Santa María Maggiore se nos muestra un cuadro monumental, de torpe y desmayado arte, en el que aparecen retratados los teólogos y doctores que acudieron á aquel Concilio, y aguardaba, postrada de hinojos, sus decretos; imaginamos estas calles de Trento, donde acudían curiosos hábitos monacales. Y luego, terminado el Concilio, he aquí la ciudad solitaria, de la que las gentes se van ausentando. Los nobles, como ungidos por haber asistido á la más alta ocasión que vieron los católicos, trasladan sus residencias á las Cortes lejanas. Tras los prelados, y los abades, y los doctores, vanse muchos burgueses y criados, que les sirvieron durante su residencia, y les fueron gratos, y se cobijaron en su amparo. Muchas casas quedan abandonadas; otras se resquebrajan y desmoronan, sin que nadie detenga su ruina. Los bávaros y los tudescos inician entonces el renacimiento industrial. En los palacios, desdeñados por sus dueños, se instalan, á poco precio, fábricas, y talleres, y almacenes; en los barrios miserios, donde la raza fecunda crea aquellos hormigueros de niños desnudos y mujeres famélicas, que viera Mercey el historiador, se encuentra mano de obra barata. Además, aun con deficientes vías de comunicación, la posición de Trento es estratégica para poder esparcir á los cuatro vientos las mercancías fabricadas, la población entre Suiza, Baviera, Austria, Cerdeña y el Lombardo-Veneto, podía ir á negociar á Venecia, á Munich, á Génova, á Berna, con grandes facilidades. Así van surgiendo en su recinto las sederías, las fundiciones, las papelerías, las vidrierías, las refinerías de azúcar, las bodegas. La ribera del Adige forma un valle fecundo, donde se producen muchos frutos y algunas primeras materias. Las agrestes montañas de la ciudad se va borrando, y queda como una poética tradición, como una galana historia. Al Catolicismo rígido é impecable de los doctores del Concilio, va suplantándolo el Catolicismo, tolerante y formulista, de los austriacos. Y he aquí que la guerra devuelve la posición de Trento á Italia. Por una curiosa paradoja, nos admirables. Al reingresar Trento en la unidad italiana, su industria no alcanza tan gran esplendor como la de las antiguas capitales de Lombardía y de Cerdeña, que antaño quedaron rezagadas.

MINIMO ESPAÑOL

CREPÚSCULO A LO LARGO DE LA COSTA MARROQUÍ CON UNA SEÑORA LÍRICA



Una fiesta religiosa en Fez

EL *Hassan* había pasado ya el Estrecho de Gibraltar. La silueta del Peñón, esfumada por la distancia, se había ido hundiendo poco a poco en el agua, una alfombra azul florecida de candidas azucenas hechas de espuma. Ahora enfilábamos decididamente el Atlántico, con rumbo á Casablanca, y como la mar estaba bella, sin que el movimiento del vapor pasara de un dulce balanceo, todo el pasaje iba sobre cubierta, extendido en butacones de mimbre ó acodado sobre las bordas en adivinación de la tierra africana, cuyas costas suponíamos á nuestra izquierda.

—¿Y usted?—díjome una dama rubia, á quien el mal tiempo había retenido en su camarote desde Marsella—Usted, ¿qué busca en Marruecos, si no es indiscreción? Todos estos señores nos han dicho el objeto de su viaje.

Así era, en efecto. Un barbado había declarado ir á la compra de terrenos; un inglés á cuadros, era ingeniero que estudiaría el trazado de un ferrocarril; dos yanquis, cuyas cabezas eran sendos quesos de bola con pelos de pancha, perseguían descubrimientos mineros. En el grupo que nos sentábamos á estribor había, además,

tres jóvenes oficiales franceses destinados á Knitra, un comerciante italiano de Mogador y varios agentes de negocios á la husma de comisiones.

Los viajeros me miraban todos curiosamente. Sin duda les había chocado mi empaque huraño y el silencio que había guardado durante la travesía. Ellos habrían comentado entre sí mi re-

serva y ahora aprovechaban, para enterarse, la indiscreción de la señora.

—¿Y usted, señora?—respondí inquisitivo.

—¡Oh! Yo—exclamó—voy á reunirme con mi marido, que es hombre de *affaires*.

Y levantándose, un si es no es mohina, dirigióse hacia la borda, gemelos en ristre. Entonces, sobre el cielo claro y brillante, se dibujó su figura esbelta, ceñida por un traje hechura sastre. Era una bella mujer, sin edad, acaso en el tránsito de los veinticinco á los treinta; acaso más, pues nada se delataba en su rostro, irrealmente blanco, donde abrían los ojos verdes sus ventanas enormes, y dos líneas de carmín rabioso trazaban la silueta de los labios.

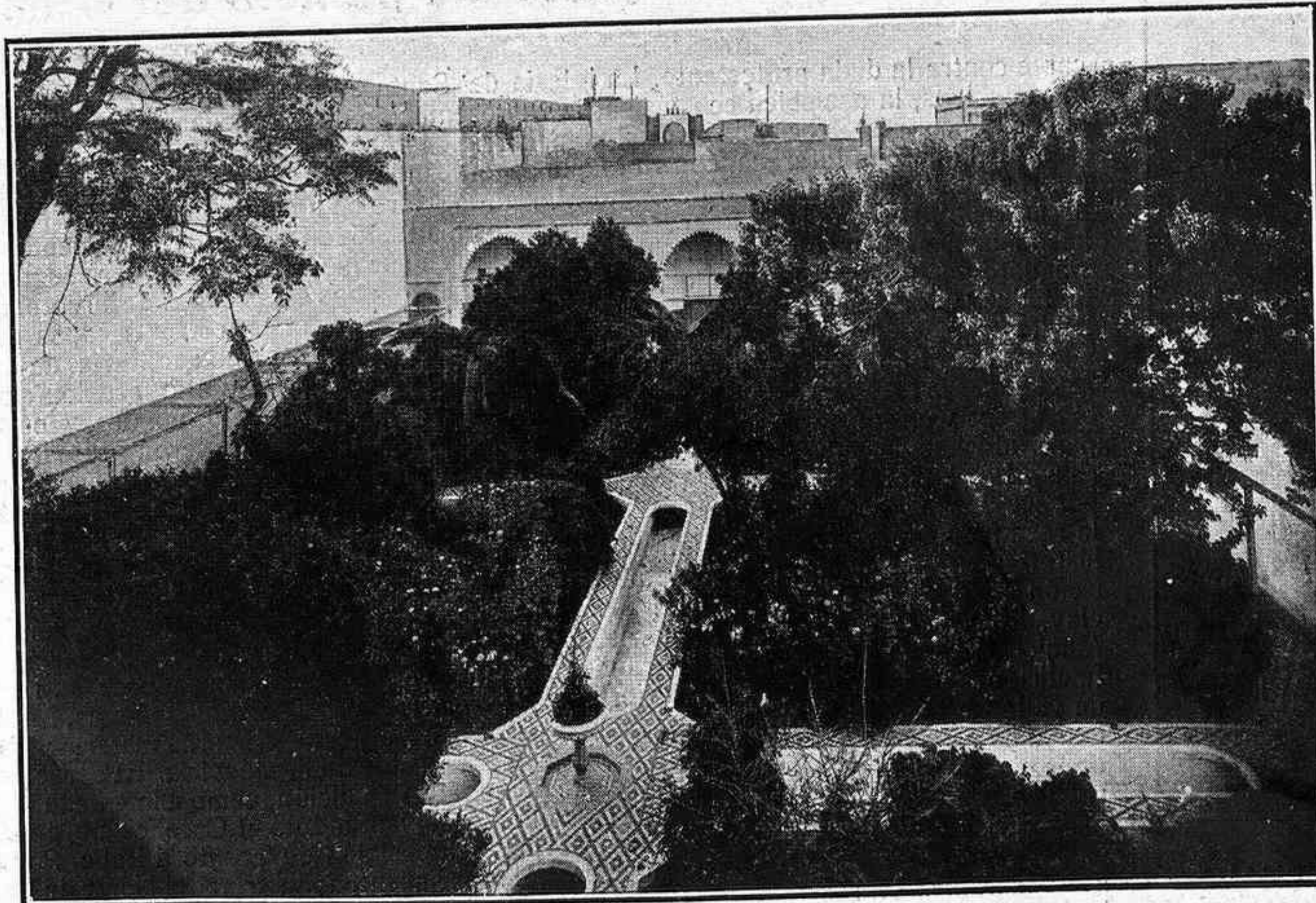
—Hacia donde usted mira—dije, acercándome—debe de estar Larache.

Ella, que con el rabillo del ojo me había visto aproximarme, dijo enfurruñada, frunciendo el rojo hociquillo maquillado:

—Bueno, Larache. *¡Je m'en fiche!* ¿Qué busca usted en Marruecos?

Y, ya sin defensa, le respondí poniéndome serio y colorado:

—¡Busco el olvido! La dama bajó rápida-



Jardín de una casa de Rabat

mente los gemelos y, mirándome de frente con sus grandes pupilas verdes veteadas de oro, dijo compasiva:

—¡Pobre! ¡Me lo había figurado! Nadie comprende las penas de un hombre como una mujer; en cambio, los hombres son ustedes muy romos para las nuestras. ¿Está usted de luto?—añadió, al advertir la negrura de mi ropa.

—¡Sí!—le respondí lacónicamente.

Ella pensó, sin duda, con supremo tacto, que no debía de insistir, y calló. Había llegado la noche, una fiesta de luces diamantinas en los cielos y de fosforescencias argentadas en el mar. Después de comer, subí sobre cubierta con madame de Saint-Cast—así se llamaba la rubia oxigenada y compasiva—. En poco tiempo nos habíamos hecho muy buenos amigos. Ella estaba casada con un aristócrata francés que, después de haberse jugado hasta el último céntimo, había emprendido resueltamente el camino del trabajo.

El matrimonio ensayó fortuna en América, sin éxito. Ahora llevaban ya dos años establecidos en Marruecos. Habían montado un molino aceitero cerca de Meknès, y la cosa marchaba. Madame de Saint-Cast volvía de París, adonde fuera para conseguir un crédito.

—Pero no crea usted—me dijo—que yo sea una mujer absorta en las cuestiones económicas; me interesan mucho las artísticas. Antes de casarme con Gastón fui la mujer de un poeta; pero comprendí á tiempo que toda la poesía de

los poetas está en sus versos y no les queda para ponerla en la vida. Me divorcié de él para casarme con Gastón, á quien conocí arruinado; era un excelente muchacho, inocente, generoso y alegre. Jugaba, porque no sabía hacer otra cosa. Acordándome del ejemplo de mi casa—yo soy hija de fabricantes lyoneses—, le empujé á trabajar. Y créame usted que nos divertimos, nos divertimos de veras con nuestro negocio de aceite. Somos muy felices.

En los ojos de mi amiga había, en efecto, un reflejo de ventura honrada; pero esta mujer, tan buena y comprensiva, no ocultaba tras sus pupilas en calma tormentas ya pretéritas. Este recelo aumentó mi consideración por quien había llegado, quizás, á la honradez á través del dolor; mas correspondiendo á su discreción, nada pregunté ni pretendí saber que ella no me declarase espontáneamente.

—En Marruecos—me dijo—podremos quizás serle útiles. Tenemos amigos y relaciones. Un primo de Gastón está en la Residencia, al lado del general Lyautey. Pero usted quizás preferirá el anónimo... si es que busca la aventura.

—Si le digo la verdad—respondí—, busco el aturdirme; ver cosas tan nuevas y tan bellas, que el mundo exterior acalle el ruido de mi infierno interior. No me crea usted un estragado á la busca de sensaciones raras, sino un sér desgraciado que quiere desdoblarse, convencerse de que su dolor es minúsculo al lado del dolor universal, y de que sus penas no tienen la menor



Dos bellezas moras

importancia cuando se ponen al lado del espectáculo de la vida. Mire usted, señora: si yo fuese militar, habría ido ahora á cualquier guerra; si misionero, al país más remoto. Como no soy nada de eso, sino artista, intento olvidar mi yo, anegándolo en impresiones artísticas.

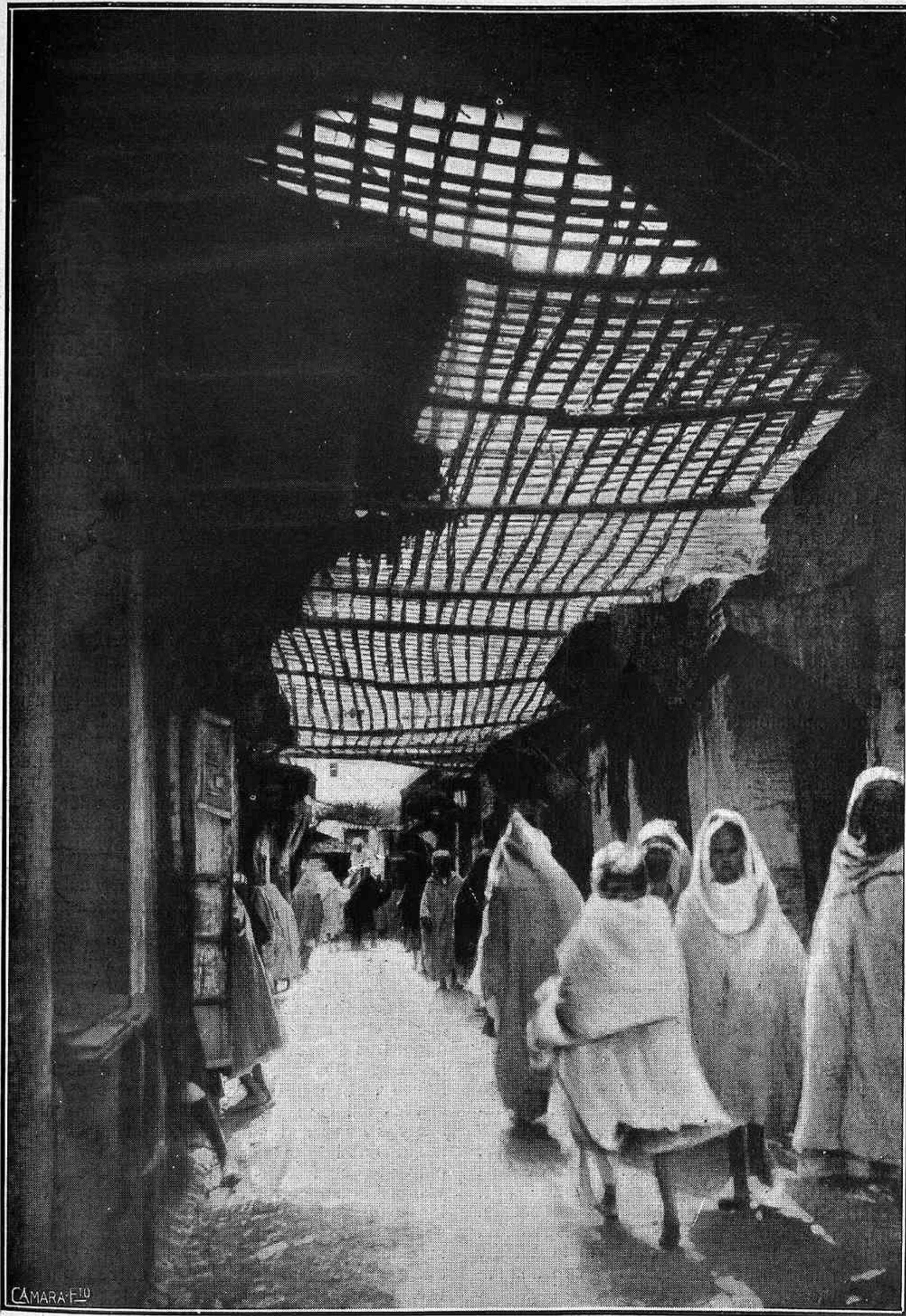
—Viene usted á Marruecos todavía á tiempo. Así como Italia es arte; Francia, política y buen gusto; Inglaterra, industria, y América, bluff, Marruecos era una fe religiosa, y esa fe que lo inspiraba todo, desde la ropa hasta la arquitectura, va á desaparecer. Europa la ha herido de muerte con su escepticismo. Los españoles, en sus luchas con los moros, acrecentaron la fe mahometana combatiéndola; nosotros, respetándola aparentemente, la asesinamos. Nuestra sonrisa de menosprecio está envenenando á este pueblo caballeroso y señor. ¡Qué lástima, amigo mío! ¡Qué lástima! Muerto Marruecos, ya no quedará en el mundo un solo rincón inflamado por las virtudes antiguas. Es el último pueblo caballeresco, que agoniza. Dese usted prisa á admirarlo. Quizás el año próximo sea ya demasiado tarde. Esos que usted ha visto sobre cubierta, y cientos, miles como esos que las barcas arrojan sin descanso sobre los puertos marroquíes, vienen á sangrarlo, á llevarse su trigo, su oro, su petróleo, su plomo, y, lo que es peor, á darle en cambio tabernas, cafés cantantes, garitas y *cocottes*. Al lado de las ciudades santas del Islam se están alzando urbes modernas. Las rutas trilladas por las caravanas sirven para los automóviles; las praderas infinitas se abren desgarradas por los railes del tren. Ya hay moros que corren en bicicleta y otros que hacen fotografías, y viajan en tren y *auto*, y beben vino y se visten á la europea. ¡Qué horror y profanación! Marruecos muere, se extingue resignadamente. Corra usted á verle antes de que las generaciones que se educan bajo el Protectorado, esos morillos que dicen *jah, mon vieux!*, comiencen á mandar. Todavía queda mucho en pie tal como en el siglo XIII. Verá usted Fez, casi intacto, sahumado de oraciones por sus cien mezquitas; verá usted Rabat, lleno del bramido de sus mares y del recuerdo de sus piratas; Marrakech, como un alarido de fe bárbara; Meknès...

Y, como si recitara, continuó exaltándose cada vez más con la prosa lírica:

—Marruecos, visión de cal cegante y azul de cielo y de mar; florido de rosas gigantescas y rojas flores de púrpura; henchido del rumor de las olas y del viento, de cantos de almuedano y llanto de guzlas y flautas; bordado por el blando vuelo de las cigüeñas que van á reposar en las ruinas, muy viejas y muy morenas; ornado con la pompa de las higueras, estremecido por la belleza inquietante de esos ojos admirables, los más hermosos de la tierra, que relampaguean á través de los agujeros de una tapada ó entre los arabescos de una celosía...

—Eso que me dice usted es poesía.

—Sí lo es—me respondió—: poesía lírica. Pero ya verá usted mismo que esa poesía está esparcida en la tierra á que nos acercamos, tierra que palpita de dolor y de angustia. Asistirá usted á la agonía de una fe, de una religión, de una raza que muere. Si yo escribiera un libro sobre Marruecos, le titularía *Crepúsculo*.



Una calle de Fez

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN

"LA MUJER DE NADIE"

José Francés, nuestro ilustre compañero, á quien la crítica de Arte tenía alejado de la novela, vuelve nuevamente á ella con una producción culminante titulada *La mujer de nadie*. Esta nueva novela del admirable autor de *El alma viajera*, *Como los pájaros de bronce*, *La danza del corazón* y tantas otras de un vigor y una amenidad extraordinarios, señala el advenimiento de la madurez granada con la perfección

máxima del estilista y la amplia arquitectura del creador de personajes dotados de palpitante humanidad. De *La mujer de nadie* es el siguiente fragmento, elegido al azar en este libro pleno de aciertos literarios, donde el mundo pintoresco de los artistas forma un magnífico escenario á la figura de *Heliana*, la protagonista, una de esas figuras tan reciamente concebidas y construidas que no se olvidan nunca.

Más que á nadie, la llamaba á ella, á Heliana, aquel cartel evocador de la India y de sus cromáticos esplendores. Era una invitación obsesante é implacable que atraía sus miradas é inflamaba su pensamiento con el mismo torbellino de rojos, de cadmios, de verdes, de azules, que inflamaban los muros de la ciudad.

En las paredes de los edificios, en las vallas de los solares, hasta en los telones de los teatros, aquella danzarina de Madura la Santa—azafrañado el rostro, con los labios bermejos relucientes de betel, sobre los cuales pendía de la nariz una

perla enorme; la falda roja desplegada como la pomposa cola del pavón de la diosa Saraswathi; el corpiño de un naranja violento; centelleadores de joyas el cuello, los brazos, las manos, los tobillos, los pies; rútila la cabeza con el casco áureo, y sobre ella el dios Ganesa, el de la testa elefantiaca, de un verde brillante y pulido de malaquita—parecía invitar solamente á Heliana, invadir Madrid, sin otro propósito que inquietar su espíritu con la certeza de que todos los días en un salón céntrico Juan Bautista Nebot la esperaba rodeado por la magnificencia de su arte.

Y aun se ampliaba, llegaba hasta ella misma, en su propia casa, esta apelación triunfal del retornado, con los artículos y los retratos publicados en los periódicos, con las informaciones donde Juan Bautista habla, con su exuberante levantisismo, de los lugares remotos, cuyos nombres tienen fulgores de gemas: Langar, Hyderabad, Ondaipur, Benarés, Calcuta, Madrás...

Los críticos aludían á las sucesivas etapas de la moderna pintura española que fueron preparando el advenimiento del orientalismo nebotiano. La, ya un poco olvidada, revelación del sorollismo que abrió al sol y al mar la yerta clausura de los historistas y caballetistas; el zuloaguismo y su reintegración á los temas raciales y la atmósfera de los museos; el angladismo y su dilatada audacia luminosa. Y, como la culminación de estas renovadoras tendencias, el desbordamiento vibrador, orquestal, de los cuadros indostánicos de Juan Bautista, aquellas féricas fiestas del color que hacían palidecer las obras y las facies de otros pintores.

Heliana leía los artículos encomiásticos, contemplaba los retratos del hombre, ya maduro, cuya adolescencia fué granándose en juventud al lado de su adolescencia. El noviazgo, inútil y lontano, se reabría en su corazón como una llaga mal curada. Recordaba, á través del tiempo, las horas pretéritas en su pristina virtualidad emo-

cional. Los paseos lentos por las afueras de Madrid, bajo la mirada humilde, resignada, de Clotilde Pacheco; las funciones teatrales, los conciertos, las charlas en las tardes del estudio de Javier Tasara, las sesiones optimistas y febriles de su retrato que había de fijar la primera victoria decisiva en la carrera de Juan Bautista.

Algunas veces Heliana iba al Museo de Arte Moderno, donde se conservaba aquel retrato. Elegía las horas primeras de la mañana, cuando apenas había visitantes, y permanecía abstraída en la contemplación de la Heliana feliz, de la que imaginaba salir incólume entre las lumbres fulgurantes del mundo y de su propio fuego interior. Llamadas en sus vestiduras, en sus cabellos, en su alma, toda encendida por el amado... Estas visitas á sí misma, á la mujer retadora de hogueras—hoguera ella también—de los días desaparecidos y empolvados ya por los años, eran cada vez menos frecuentes. La deprimían, la desalentaban por mucho tiempo. Y sus amantes, accidentales ó temporales, sufrían las consecuencias con la agudización de las violencias despreciativas, con la exigente implacabilidad de codicias que no saciaban las joyas y el dinero entregados más allá de los propios recursos, más allá, muchas veces, del propio honor, caído como un don más á los pies de la ultriz sonriente y desdenosa.

En los retratos de periódicos y revistas, en las caricaturas esquemáticas, Heliana reconocía vagamente á Juan Bautista. Siempre el cabello rizado enmarcándole el rostro apolíneo; pero, mientras en lo alto de la frente conservaba su negrura, en los aladares se aclaraba de canas. La sonrisa franca, moceril, había desaparecido. Tenía, en cambio, un gesto duro, despiadado. Los ojos tampoco parecían conservar la dulce y romántica mirada de ayer. Retaban con una mirada orgullosa.

En medio de tantos retratos actuales, un periódico dió una antigua fotografía hecha en el



estudio de Tasara, en la época de la primera medalla de Juan Bautista, donde el pintor y la novia-modelo aparecían juntos. Heliana volvía á encontrar el rostro claramente animado por un regocijo íntimo, la simpática expresión y aquel aire de colegial aturrido y malicioso, de «niño bonito», que tenía Juan Bautista cuando se conocieron.

Este retrato la animó más que los carteles exóticos y el renombre apolo-gético de la Prensa; la acució más hondo el deseo de verle á él que amortiguaban y empavorecían los, un poco pedantes, del momento actual. Era como una promesa de que pu-

diera renacer el amor no extinto aún. Quizás ni eso se atrevía á esperar; la bastaría el placer, algo ácido, de inquietar en el alma de él algún adormecido remordimiento; mostrarse ante el triunfador triunfadora á su vez de la otra Heliana sacrificada, por lo que ahora la consentía imponer sacrificios á los demás.

Y una tarde entró en el local de la Exposición. Había elegido su toaleta escrupulosamente, imaginando, sabia, la estéril competencia del indumento europeo con aquella candente visión asiática que Juan Bautista trajo á Madrid.

Vestía un traje gris ceniciento, que la modelaba el cuerpo matronil, donde la silueta de Leonora reencarnaba. Se envolvía, además, en un manto de martas, sobre el cual sus manos—en la izquierda un solo brillante, en la derecha una sola perla de cálido oriente—se movían pandas ó se posaban armoniosas. Más perlas—un collar de negras—sobre su escote moreno, y cubriendo la flama fulva de su cabellera, una toca gris con un airón blanco.

Iba despaciosamente, con una felina indolencia, con un leve gesto de cansancio y desdén en el rostro. Los hombres se apartaban y repetían su nombre en voz baja. Se detenía ante los cuadros y consultaba el catálogo; pero apenas veía nada. Las danzarinas de Tanjora y Pondichery; las multitudes policromas de una procesión en Langar, el hormigueo humano en las aguas sagradas del Ganges; los *gopourams* enormes y blancos contra el cielo azul, con su quimérica frondosidad de dioses, bestias y hombres esculpidos; los cortejos suntuosos con los elefantes, y sobre ellos las torres cubiertas de gayas telas; los hombres de color de arcilla y vestiduras blancas trotando delante de camellos y cebúes gibosos; unas plañideras sobre el lago de Udaipur, que ponían una nota melancólica entre tanta exaltación sensual de las formas y de los colores.

Heliana sentía el deseo de volver bruscamente la cabeza, de afrontar el hallazgo de Juan Bau-



tista en el fondo de la sala, rodeado de mujeres elegantes, tal como le vió de un modo vago al entrar. Y sin embargo, seguía andando lentamente, fingiendo abstraerse en la contemplación de las obras, cuando todo en ella quisiera ir hacia el pintor: sus miradas, sus pies, sus manos, sus labios, que los besos ajenos no habían insensibilizado... Sentía, además, que en torno suyo la comentaban. Acaso el mismo Juan Bautista la mirara furtivamente. Había advertido algunos rostros conocidos de otro tiempo, condiscípulos de Juan Bautista, pintores contemporáneos de Javier Tarsara, gentes que por voluntaria hipocresía u obligados por el altivo desdén de ella, dejaron de saludarla. Por ello, exageraba más su impertinencia majestuosa, el ritmo indolente de su paso, fingiendo abstraerse en la contemplación de las obras. Y poco á poco, más fuerte que su preocupación de rencoroso orgullo, más poderoso que el deseo de llegar donde estaba Juan Bautista, la fué ganando el encanto de la pintura. Frente á frente de una muchacha desnuda, que sostenía sobre la cabeza un cesto de frutas, volvía á sentir el deleite profundo que siempre tuvo para ella el arte de Juan Bautista. Recordaba las explicaciones de él, sus palabras, tan plásticas como sus pinceladas, que vibraban en una lírica fosgosity.

¡Oh, cuán bello aquel desnudo de impúbera ambigüedad, con su gracia ondulante y su carnación capytosa! Los senos iniciaban, tímidos, su convexidad; el vientre, todavía liso y lampiño, las piernas rectas, sin la comba mollar de la pantorrilla; sus brazos levantaban el cestillo de frutos fúlgidos como esmaltes sobre la cabecita crespá y roja. Una cabellera que tal vez no tenía el grácil modelo índico, una cabellera que el pintor no había olvidado ante los cabellos lacios, negrísimos y oleosos.

Heliana consultó el catálogo: *El animalejo de Hyderhabad*. Sonrió melancólica. Así fué ella. Un animalejo moreno y ardiente que portó sobre la cabeza roja, como frutos brillantes, sus pensamientos.

Volvio á consultar el catálogo, para ver el precio: doce mil pesetas. Volvió á sonreír. Caro se hacía pagar el maestro aquel cuadro de tan pocas dimensiones. No era así antes, cuando precisaba retardar la boda hasta reunir algún dinero. Pero si Juan Bautista podía ostentar, legítimos, aquellos precios, Heliana podía pagarles.

Buscó con la mirada al encargado del Salón, y la mirada halló antes á Juan Bautista. Venía hacia Heliana sonriendo. ¡Oh! ¡Cuán diferente la sonrisa no exenta de petulancia, no libre de azoramiento también, de la otra sonrisa juvenil! Había engrosado. Su *jaquette* negro modelaba el vientre. Sobre el cuello de la camisa desbordaba la carne azulina de la barba.

—Buenas tardes, Heliana.

—Buenas tardes, Juan Bautista.

—Muchas gracias.

—¿Por qué?

—Por haber venido.

—¡Oh! Era natural que viniese.

Se hablaban con las miradas fulgentes, asustadizas. No se habían dado la mano.

—Mi enhorabuena. Esto es maravilloso.

—¿Te gusta?

—Mucho. Sé, además, que has tenido un éxito enorme...

—Que tú acabas de coronar.

Ella frunció el ceño. Y le volvió la espalda para mirar nuevamente *El animalejo de Hyderhabad*.

—Qué lindo este cuadro. Me quedo con él. Buscaba, al venir tú, al encargado para darselo.

—Es tuyo.

—Pero comprado. Claro está.

El tuvo un gesto de tristeza.

—¡Oh, Heliana! No digas eso.

—No, no. Si no es así, no lo quiero.

—Habrá de ser así. Te lo suplico. Ese animalejo es tan mío, tan mío, que sólo á ti lo daría.

—Lo venderías.

—No.

—Entonces, ¿por qué le pusiste precio?

El se encogió de hombros.

—Nadie más que tú podría preguntar por él.

—¿Por qué?

—Por eso.

Y señaló la cabellera roja.

—¿La tenía así el original ó la...?

El fué sincero. Sacrificó la oportunidad del halago.

—¡La tenía! Y eso mismo que tú piensas pensé yo. En tu niñez. «Así debió ser Heliana», me decía. Se llamaba Marvati.

—¡Ya será una mujer!

—No. Murió. Una muerte trágica. En un día de fiesta, cuando desfilaban las tropas del Nizam, á lo largo de las murallas pintadas de un amarillo limón, entre el rumor de las flautas, los crótalos y los tambores, sin que la multitud que llenaba las calles apenas se diera cuenta. Un elefante de trompa dorada la puso el pie encima. Marvati, con otras chiquillas, iba cogiendo las flores que caían al suelo de la carroza del dios Baal, arrastrado por los bueyes blancos con sus tiaras de pedrerías. Sobre su cuerpecito acarolearon los jinetes árabes de turbantes verdes y levitas amarillas.



—¡Ay! ¡Hubiese muerto yo así cuando era como ella!...

Juan Bautista la miró fijamente.

—¿No eres feliz, Heliana?

Ella tardó en contestar. Sostenía la mirada de él, sin sonreír; sin mostrar pena tampoco, en la misma estatuaría impassibilidad que adoptara al entrar en el Salón.

—¿No eres feliz, Heliana?—volvió á preguntar Juan Bautista.

—¿Lo eres tú?

—¿Yo? Antes no lo sabía. Ahora sé que no lo soy.

—Sin embargo, Juan Bantista, este triunfo, tus éxitos en Inglaterra, en América...

—¿Te enterabas tú? ¿Te interesabas?

—¿Cómo no interesarme? Me interesaron siempre... Desde aquel primero que...

El pintor, con esa vanidad monstruosa de los artistas, la interrumpió:

—¡Bah! Aquel cuadro queda demasiado debajo de estos, ¿no crees? Lo he visto el otro día al cabo de tantos años, y me parece una obra débil, torpe, demasiado preocupada. Además, se ha ennegrecido. En cambio ahora, ¿ves? Creo que ha llegado adonde no llegó nadie en la brillantez, en la limpieza del color, en la fluidez de los tonos... ¡Oh! No hay cuidado que esto se ennegrezca el día de mañana; estoy seguro, además, que siempre habrá de causarme la misma satisfacción que ahora me causa verles... Algu-

nos de estos cuadros están pintados hace siete ú ocho años, y no obstante no sabría distinguirles de los recientes, de los que pinté hace dos años... Desde entonces no he vuelto á pintar, ¡y tengo muchos deseos de ello! Pero no aquí. España continúa siendo una nación sórdida y hostil al arte. Madrid mismo, con sus grandes hoteles, sus calles nuevas y presuntuosas, conserva sus mendigos astrosos, sus guardias groseros, sus alquileres indecentes y sus políticos brutos y ladrones... En cuanto á los artistas... ¡Qué pena, Heliana, me ha dado encontrarles como les dejé! Discutiendo en el Círculo, soñando con la medalla, mordiéndose los unos á los otros, tumbados en los divanes de los cafés y pensando en ganar una plaza de profesor de dibujo en una provincia de último orden, haciendo retratos á mil pesetas y exponiendo muy ufanos apuntitos sin importancia, de la Moncloa ó, todo lo más, de Aranjuez... Y mientras tanto, fuera de esta charca, la gente trabaja, se esfuerza en nuevas conquistas, en renovarse, en adquirir más de lo que tiene con una ambición fecunda, que no comprenderán estos logreros del cocido, la cátedra y la medalla.

Se había exaltado. Hablaba casi en voz alta. La gente aprovechó la oportunidad para estrechar el cerco en torno de ellos. Heliana hizo un mohín de disgusto.

—Entonces... ¿te marcharás pronto?

—¿De España? Claro.

Volvio á mirarla fijamente, procurando adivinar en el rostro de Heliana la impresión que le causarán estas palabras. Ella, como antes, sostuvo ativa su mirada.

—¿Pronto?

—Depende de ti.

Y antes de que ella, turbada al fin, empalidecido el rostro moreno y asustadizas otra vez sus pupilas, pudiera responder, Juan Bautista se acercó para hablarla al oído:

—Yo no he venido á Madrid para aplastar á mis compañeros de otro tiempo, ni para recortar articulitos encomiásticos, que me tienen sin cuidado. Yo sólo pensaba en tornar á ti como un aventurero de cuento transformado en príncipe de Golconda, uno de esos marajahs constelados de joyas, con su levita color de rosa bordada en oro y perlas, su turbante nobiliario y en él un esprit como ese tuyo, donde tiembla rocío de diamantes, uno de esos príncipes que he retratado tantas veces y que tendiera á tus pies los tesoros de su tierra maravillosa.

Rieron los dos del tono enfático, un poco burlón, de Juan Bautista, donde Heliana volvía á hallar aquella verbosidad pintoresca del levantino de otro tiempo. Miró en torno suyo el pintor. El grupo de damas se había aclarado. Se iban marchando molestas por el olvido en que las dejara. Heliana

adivinó la mirada y le tendió la mano:

—Adiós, Juan Bautista... Volveré por aquí... Ese cuadro de la nena es mío, ¿verdad? Te daré una tarjeta.

El, sin soltar la mano, insistió; pero ya sin hiperbólicas palabras, con un acento apasionado y cálido:

—Venía por ti nada más. Hice que llenaran Madrid de carteles para que mi nombre te saliera al paso en cada calle, en cada sitio donde pudieras ir. Y si á pesar de todo no hubieses venido, yo te hubiera suplicado que me dejaras verte.

—¿Tanto te interesaba que viera tus cuadros?

—¡Y qué me importan los cuadros! Me importas tú. Quiero importarte yo, nada más que yo.

—¿Pero tú, así, triunfal, satisfecho tu orgullo?

—No te burles, Heliana. En el fondo soy un pobre diablo. Tú lo sabes bien... Mira, ¿quieres que salga contigo? Tenemos mucho que hablar.

—Bien. Pero ¿tú sabes...?

—¿El qué?

—No. Nada. Compréndelo sin decírtelo.

La cogió las dos manos. En sus ojos hubo una inmensa piedad.

—¡Lo sé, Heliana de mi alma! Pero ¿tienes tú la culpa? Además, para eso he vuelto yo... Espera... O si no, sal tú delante. Yo te sigo. Fuera está mi automóvil. Uno grande, amarillo.

José FRANCÉS

DIBUJOS DE OCHOA

EL GESTO FUGITIVO



PRISIONERO en la enorme serpentina traslucida, el gesto, el paisaje, el interior creado por el hombre para cobijar casi todos sus dramas y placeres, constituye un documento que, salvando distancias y venciendo perezas, dice más rápidamente de los parajes y costumbres desconocidos que inaccesibles narraciones. «Cosa bella y mortal, pasa y no es arte», escribió uno de los espíritus que con máxima aptitud quisieron fijar en el lienzo ese gesto inasible de la belleza viva, que el minuto cambia y la muerte

borra para siempre. Y por virtud del cinematógrafo, prostituido ya, por la codicia, en su infancia, el carácter que faltara a la fotografía se logra por la sucesión de movimientos, y crea una nueva forma de arte, llamada, por la simplicidad de sus medios, la rapidez de su comprensión y el alcance infinito de sus posibilidades, á despertar la curiosidad y el amor fructífero á la vida en millones de almas para las cuales el trabajo de la lectura fué siempre una barrera.

Arte nuevo, no ha tardado en crearse su vo-

cabulario, sus artistas, su público y sus explotadores. En pocos años logra como factor industrial ocupar el segundo lugar en el primero de los países productores del mundo, los Estados Unidos, y es sujeto preferente de estudio científico y estético en Francia, Italia, Alemania y los países escandinavos. Alejándose de su índole puramente óptica y de su aptitud didáctica, toma parte del artificio escénico para servir, á lo peor del interés de hoy, anécdotas geoméricamente distribuidas. Y al exotismo de modos de vivir

insospechados aún por los más cultos, á los panoramas maravillosos donde el hombre apenas llega, reemplazan los dramas y comedias de mezquino naturalismo. En menos de veinte años el número de producciones pasa del millón. Los latinos marcan su huella romántica que tiende á lo estático, mientras los sajones satisfacen su ideal de dinamismo y rapidez, al través de aventuras de una inverosimilitud pueril. En este siglo de la publicidad, las modas, las máquinas que ayudan al *confort* y hasta los arquetipos de belleza ó elegancia, desfilan ante la muchedumbre con sucesión vertiginosa. Las películas de hace quince años se nos antojan ya prehistóricas, y Max Linder, comparado con Charles Chapline, nos hace el efecto de un abuelo lejano perdido en la inramazón de un árbol genealógico.

Esta captación del gesto fugitivo al olvido y á la muerte, entraña en la Estética un hecho capital. Si Villiers de l'Isle Adam, al exaltar al fonógrafo, lamentaba el que por su tardía invención no hubiesen podido perpetuarse en aquellas voces, ruidos y gemidos sólo por el presente en momentos transitorios de la Humanidad, ¿cual no será el lamento que merezca la pérdida de los gestos con que los tiranos y adoloridos de la tierra se contrajeron en los instantes supremos de sus vidas? Mientras el arte de la cinematografía se revuelve en el círculo vicioso de las repeticiones, un constante progreso

técnico suprime la vibración, clarifica las imágenes y llega á una reproducción tan exacta de colores y proporciones, que ante nuestros ojos se ofrece una realidad viva, que si llega á adquirir perfección de hermosura, será el regalo de un mundo nuevo donde todas las formas y todas las armonías se multipliquen.

Paralelamente á su desarrollo, crea el cinematógrafo una literatura copiosísima. La bibliografía cinematográfica sorprendería aun á los más enterados. Cientos de revistas comentan sus producciones. Autores de todos los países «escriben escenarios» y buscan desde lo épico hasta lo bufo acciones transformables, por su calidad óptica, en una hora de silencioso arte. Si la galería de intérpretes desafía ya á la memoria, la de dogmatizadores la aventaja. Surge una escuela crítica y hasta brota en la aspiración humana una nueva meta: el ansia de ser «estrella» en este arte que, proyectando hasta lugar secundario el pensamiento y la palabra, da valor primordial á la belleza, á la gracia de los ademanes, á la viril pujanza de los músculos, á la suntuosidad de los marcos. Arte de hoy, espejo maravilloso creado hoy, proyecta en su luna, por egoísmo y fatalidad incomprensibles, la vida de ahora. Pero mañana, cuando el supremo artista de este arte aparezca y vuelva el espejo hacia horizontes insospechados todavía, ¿cuántas imprevistas emociones nos llegarán al alma, sin fatiga, por los ojos?

Espectáculo bien de hoy es el de esa sala de espectáculos donde sólo se siente el rítmico pasar de la película, y donde sólo se ve, sobre la multitud anhelosa, el lechoso haz en el cual está implícita toda la escena que vive en la pantalla.

Hay en él algo de antiestético y fuerte: claridad y obscuridad, quietud y movimiento... La sombra parece manchada de trecho en trecho por alguna roja lucecilla y la atenta inmovilidad por algún apetito concupiscente, es verdad; pero hay en la atención colectiva, en el silencio, en el halo que se ensancha hasta caer sobre la pantalla immaculada que, imagen del espacio, no se fatiga de contener tantas escenas diferentes, una emoción sintética de vida actual en la que no sería difícil discernir los factores primarios de nuestra frivolidad ó de nuestra preocupación.

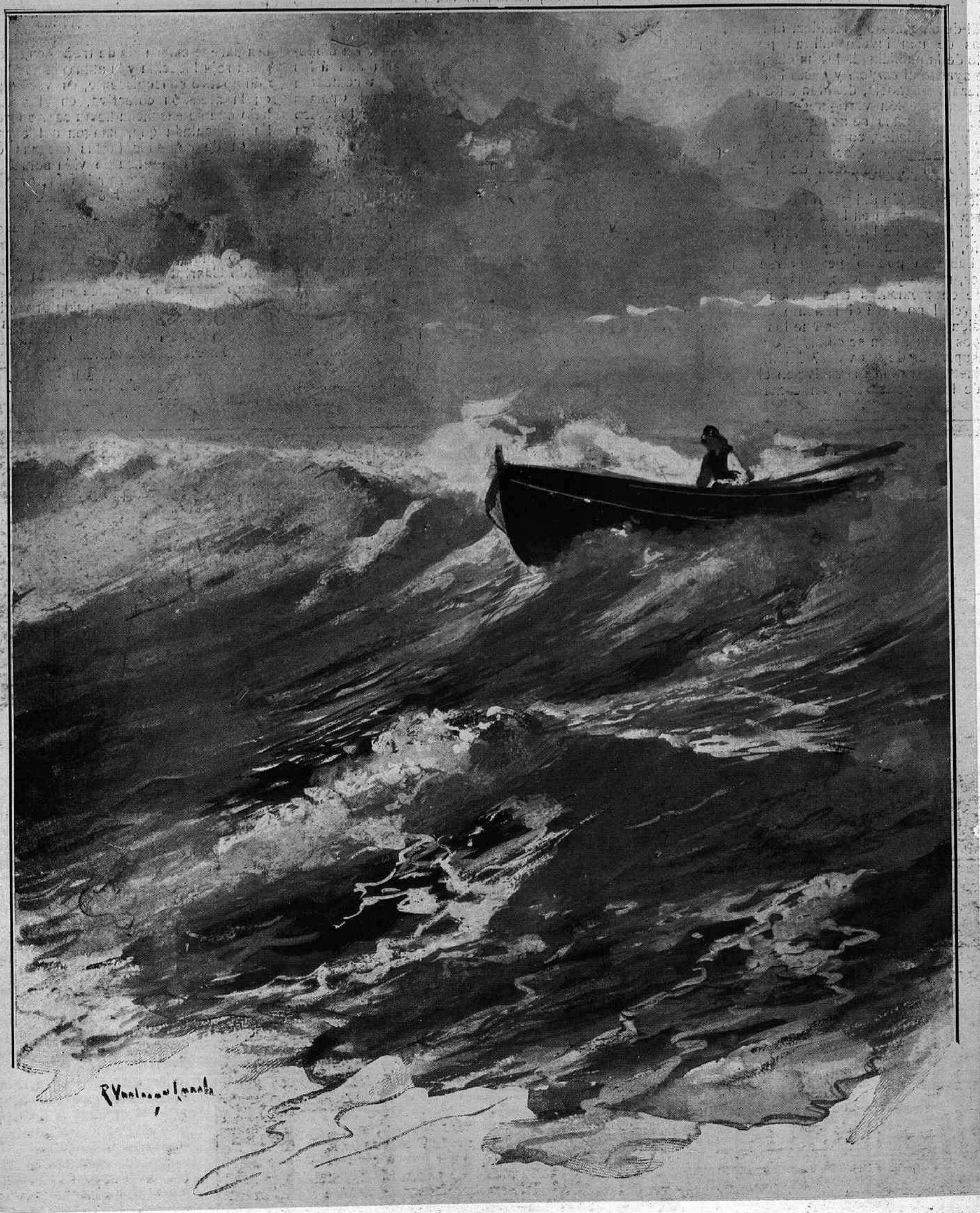
Y si una boca suspira entre la muchedumbre cuando dos enamorados se besan con lentitud apasionada, y otra ríe cuando el craso Fati ó el agudo Charlot piruetean, también algún pensamiento intranquilo se place en suponer qué emoción sentirá mañana esta niña prodigio llamada María Osborne, al ver una de estas películas que demuestran con cuánta cruel habilidad le han industrializado su infancia.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

FOTS. ARTCRAFT



EL REGRESO



Yo quisiera volver á Galicia,
llegar á mi casa
al morir una noche serena
y al nacer una regia alborada.

Bogando, bogando,
abordar jubiloso mis playas,
y enterrar en sus blancas arenas
la quilla redonda de mi pobre barca,
cuando el sol naciente,
como caracola de viva escarlata,
transforma en hogueras los montes
—¡en hogueras inmensas, fantásticas!—,
en palomas las velas gentiles,
vagabundas llevando á sus barcas,
en fantasías las rocas oscuras,

y en estanque de nácar las aguas
del inmenso Atlántico,
cuando el panorama
ofrecido ante mí por Natura,
de alegría inúndase mi alma,
y un soplo de brisa,
cual ósculo tierno, mi frente rozara,
disipando al instante las brumas
que á mi ardiente cerebro aletargan...

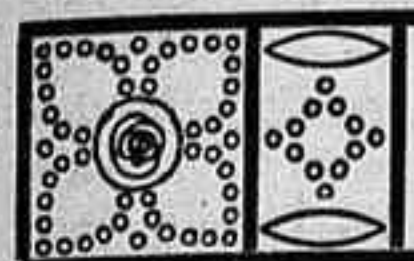
En ese momento,
columbrar á lo lejos mi casa,
mi casita tan sola, tan muda,
tan chica, tan alba,
que parece una concha marina
arrojada del mar á la playa.

Con los remos al hombro tendidos,
chorreando agua,
emprender el camino risueño,
la vereda que va hacia mi casa.
Encontrar á mi madre querida
hilando en su rueca el copo de lana,
sentadita en el banco de piedra
que hay en la portada,
y arrojarme en sus brazos, diciéndonos:
—¡Madre de mi vida! — ¡Hijo de mi alma! —
Y en el suelo la rueca y los remos,
vertiendo en el copo gotas como lágrimas!

Angel LÁZARO

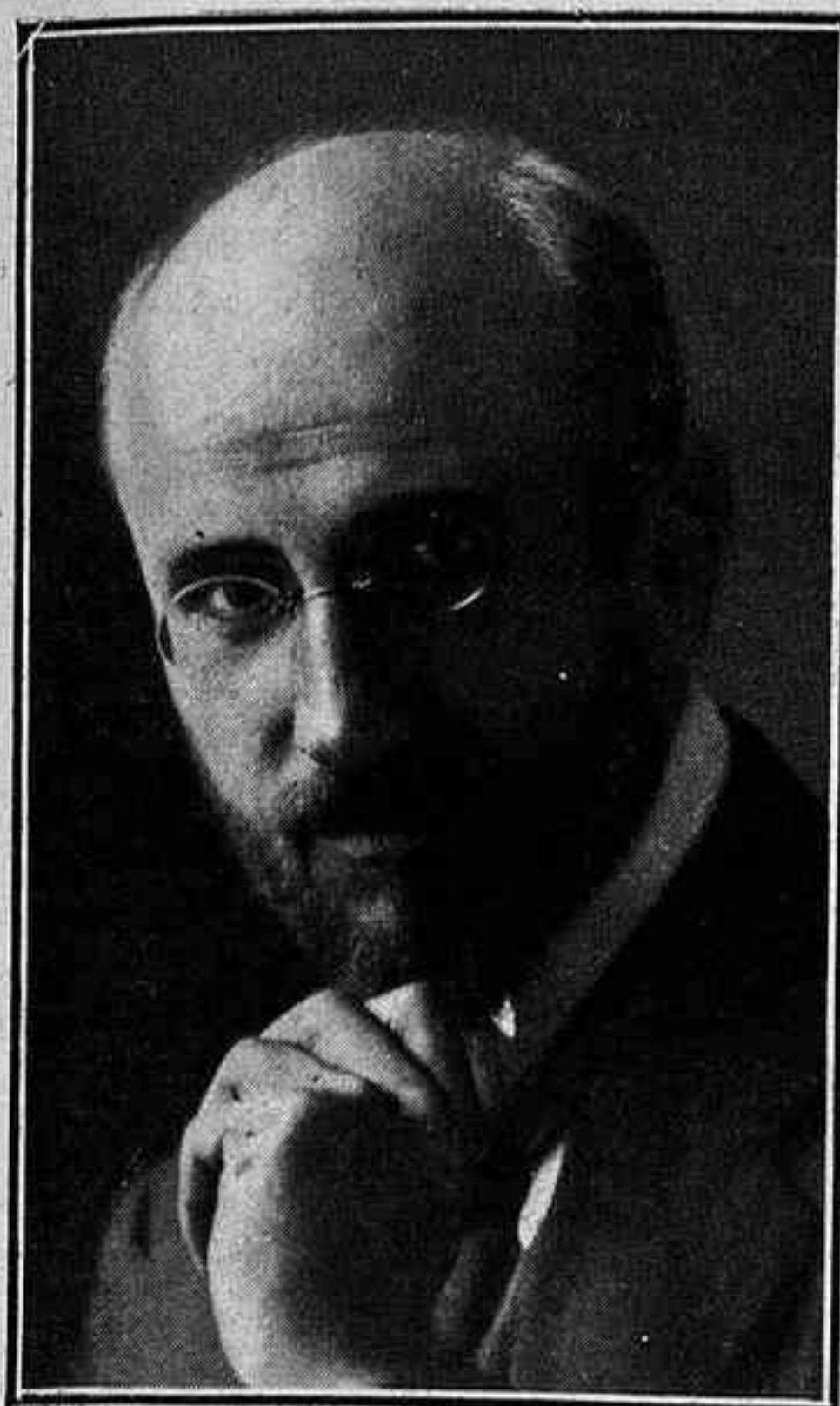
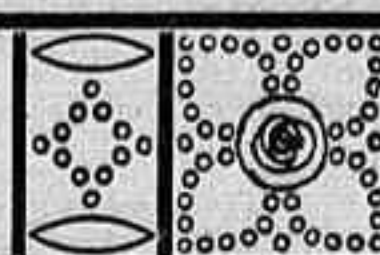
Habana, 1920.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



ARTE
FOTOGRAFICO

UNA EXPOSICIÓN INTERESANTE



KURT HIELSCHER

Kurt Hielscher, el artista alemán que tanto ha embellecido con sus admirables trabajos fotográficos las páginas de LA ESFERA, ha celebrado recientemente, en el Museo de Artes e Industrias de Berlín, una Exposición de fotografías de España. A la inauguración asistieron nuestro embajador en Berlín, Excmo. Sr. D. Pablo Soler y Guardiola; el Sr. Gil Delgado; representantes de los Ministerios y de la Prensa, y un número considerable de artistas. La Exposición de Kurt Hielscher, que de esta manera rinde un homenaje tan hermoso á nuestra Patria, ha obtenido un enorme éxito. El interés y la curiosidad por contemplar las fotografías españolas allí expuestas crece de día en día; tanto, que ha sido prolongada durante unas semanas más de las que se habían anunciado. La Prensa alemana dedica en sus columnas frases de gran elogio y de cálido entusiasmo para nuestras bellezas artísticas y naturales, y al mismo tiempo ensalza y aplaude el trabajo de Kurt Hielscher, que de tan admirable manera ha sabido conocer y reproducir las joyas del Arte y del paisaje en España, haciendo de nuestra nación amada una pro-

paganda tan ardiente, tan fervorosa y tan entusiasta. Nuestros lectores ya conocen los hermosos trabajos fotográficos que Hielscher ejecuta, por haber sido publicado un número considerable de ellos en las páginas de nuestra revista. El gran artista es uno de los extranjeros que mejor conocen, aman y comprenden á la nación española. Ha estado entre nosotros durante cinco años y medio, y en ellos ha visitado nuestro país hasta en los más apartados rincones y los lugares más desconocidos. Pasan de 45.000 kilómetros los que en España ha recorrido, habiendo podido reunir un número de fotografías superior á 2.000, todas bellas é interesantes, y muchas de ellas de un gran mérito, aparte del artístico, por ser de paisajes casi desconocidos.

Los grandes maestros de la Pintura española de nuestros días han formulado juicios y opiniones que consagran, definitivamente, los numerosos méritos artísticos de Hielscher. Francisco Pradilla, el gran pintor de *Doña Juana la Loca* y *La Rendición de Granada*, escribía: «La colección de las fotografías me parece espléndida, magnífica y original. Tal resultado se debe á un exquisito gusto artístico tanto como á su conocimiento de España. Se-



Un aspecto de la Exposición de fotografías de España, obtenidas por Kurt Hielscher y celebrada en el Museo de Artes e Industrias de Berlín



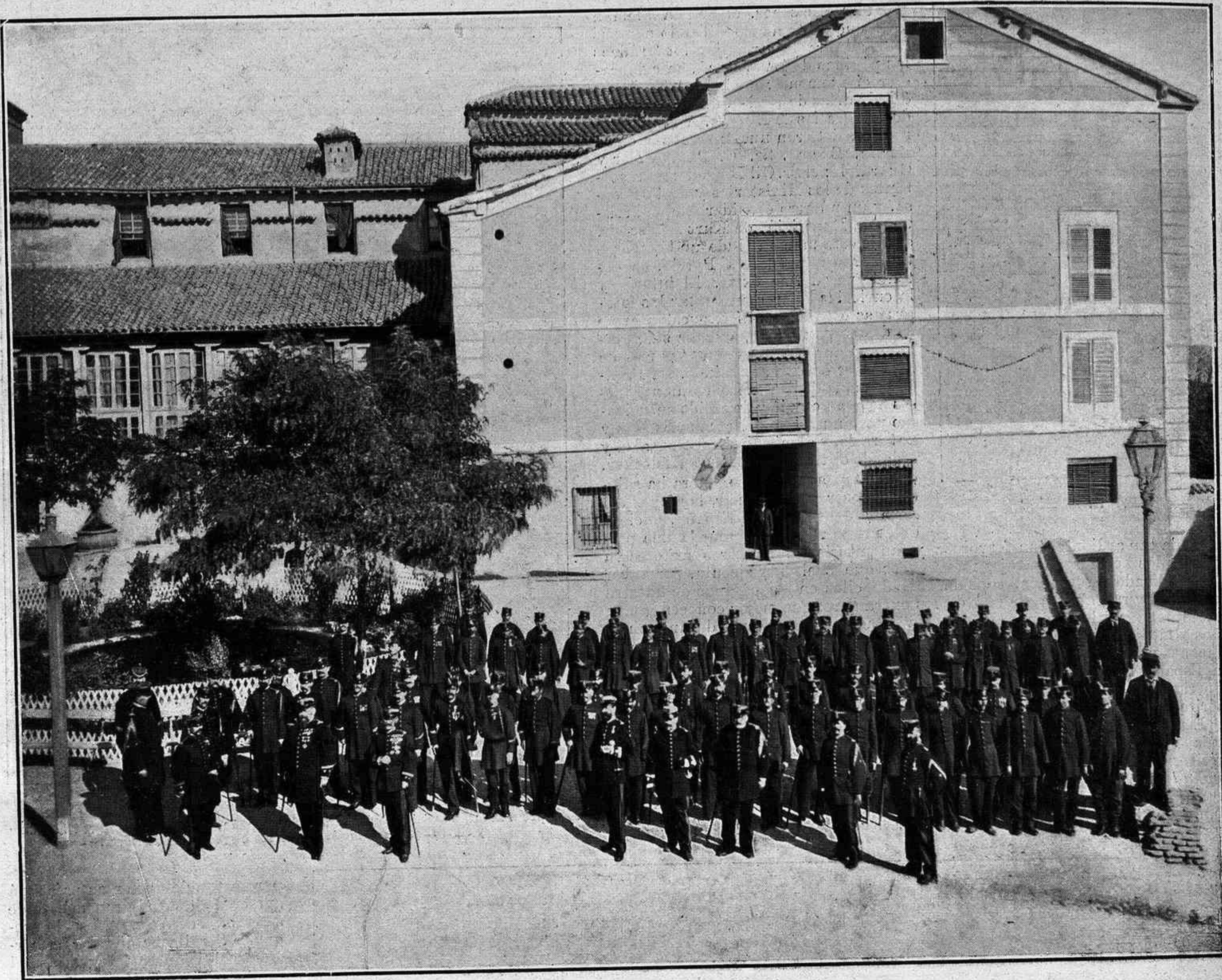
Detalle de la Exposición fotográfica de Kurt Hielscher, en Berlín

guro estoy de que en su país será apreciado todo el gran mérito de su trabajo de Arte. Así se lo aseguro.» Sorolla ha dicho: «La hermosa colección de fotografías del profesor Kurt Hielscher es para mí una verdadera revelación, pues he visto á España con intensidad artística.» Ignacio Zuloaga dijo: «Por sus magníficas fotografías veo que usted es una de las personas que mejor conocen á nuestra España desconocida. Ha sabido usted elegir puntos de vista que demuestran su visión artística.» Ramón de Zubiaurre: «Las fotografías son unas verdaderas obras de Arte. Me congratulo mucho en expresarle mi admiración.» En todas estas palabras de nuestros grandes artistas se reflejan los altos méritos de las admirables fotografías de Hielscher.

El éxito obtenido en Alemania por las fotografías españolas de Kurt Hielscher ha sido verdaderamente espléndido. Los Museos de Leipzig y Stuttgart se han apresurado á contratarle, y el mismo deseo tienen los de Dantzig y Bremen. Ha dado numerosas conferencias acerca de España, entre ellas diez en la «Urania», el Círculo Científico más importante de Alemania; las diez disertaciones fueron oídas con gran interés por un público numeroso y escogido, quellenó todas las localidades para presenciar la labor artística del gran fotógrafo. Cuantas personas escucharon á Hielscher aseguran que la nación hispana tiene en él un amigo sincero, un amante fervoroso y un propagandista incansable y entusiasta.

:: MIRANDO ::
AL PASADO

LOS INVÁLIDOS



Madrid. — Los inválidos, en el patio de Atocha

FOT. LACOSTE

Son muy simpáticos, muy admirables y muy dignos de conmiseración estos bravos soldaditos, inutilizados para sus trabajos profesionales por haber defendido los intereses de la Patria.

Merecen todo premio y entera clemencia los pobrecitos inválidos, que sacrificaron sus facultades físicas en pro de la Nación.

Siempre, desde muy antiguo, en cuantas mejoras obtuvo el valiente Ejército español, se tuvo en cuenta a los inválidos de la guerra.

Aparte su desgracia, ellos inspiraron siempre misericordia, porque, además de sus mezquinos haberes, aparecieron en escondidos pueblecillos como figuras de leyenda. Así, aquel anciano venerable de los tiempos heroicos, perdido en una casucha de pescadores, que en la memorable batalla de Trafalgar cayó herido al mismo tiempo que Churruca. Así, al cabo de los años, ese otro viejo de gloriosa epopeya, ciego en los campos de Castilla, que en la guerra de Africa acompañó al general Prim cuando fué tomada la plaza de Tetuán.

¿Qué porvenir esperaba á estos pobres hombres?

De ahí la necesidad de crear el Cuerpo de Inválidos, que ya en el año 1799 constaba de cuarenta y cuatro Compañías, cuatro de ellas con residencia en Madrid, dirigidas por D. Juan A. Septien.

Consistía su uniforme en casaca y calzón azul, con chupa y botón blanco.

A D. José de Palafox debe el Cuerpo de Inválidos no pocas mejoras, ya que en su paso por aquella casa hubo de interesarse muchísimo por los inútiles soldados, á quienes frecuente-

mente recompensaba sus méritos y servicios, como es prueba la cédula que, de puño y letra del que fué regidor de Madrid, conservo entre mis más preciados documentos, y que se refiere á un tal Miguel Ibáñez, valiente defensor de Zaragoza, que hizo el servicio con las armas en la mano durante el segundo asedio, acreedor al distintivo de la cruz que S. M. concedió en Real orden.

En 1815 había en Madrid dos cuarteles de Inválidos, en las calles de las Infantas y Bajada de San Ginés.

Ruinosos estos cuarteles, y después del decreto de 20 de Octubre de 1835, por el cual se aclararon algunos puntos del Reglamento, los soldados inhábiles se trasladaron al convento de Atocha, reducido á cuartel desde que los franceses lo habitaron en 1809, y testigo de la intriga de 1814.

El sitio elegido distaba mucho del centro de la capital, y era, además, destartalado; pero no cabe duda de que estaba en consonancia con los nuevos vecinos, si se tiene en cuenta que allí se guardaban los trofeos de las glorias nacionales, las insignias cogidas al enemigo en el campo de batalla, y que hubo de describir, precisamente, un oficial de Inválidos.

Esas banderas, entre las que figuraban las ganadas á los austriacos y las llamadas de estandarte, de batallón y coronelas, se pasearon por las calles madrileñas, llevándolas en manifestación el propio Ayuntamiento.

Por ley del Destino, allí fueron á reposar los restos de Palafox, director de la Junta encargada de velar por los héroes que, á raíz de la batalla de Bailén, pedían limosna por las calles.

Allí hacían los Reyes su primera visita al entrar en la Corte. Allí asistían los sábados por la tarde á oír la salve.

Todavía se guardaba culto á la Virgen milagrosa que se disputó por Patrona de España, llevada un día hasta el convento de las Descalzas y traída con gran pompa á su templo primitivo.

Algún cronista ha reseñado entre los hospitales el proyecto de Albergue para Inválidos. A nuestro juicio, debe figurar entre los cuarteles.

Según el Reglamento, podían ingresar en el Cuerpo de Inválidos los militares mutilados, ciegos ó inutilizados en acción de guerra ó actos de servicio, mediante solicitud, diligenciada dos años después y debidamente justificada, con la condición de vivir sujetos á la Ordenanza militar.

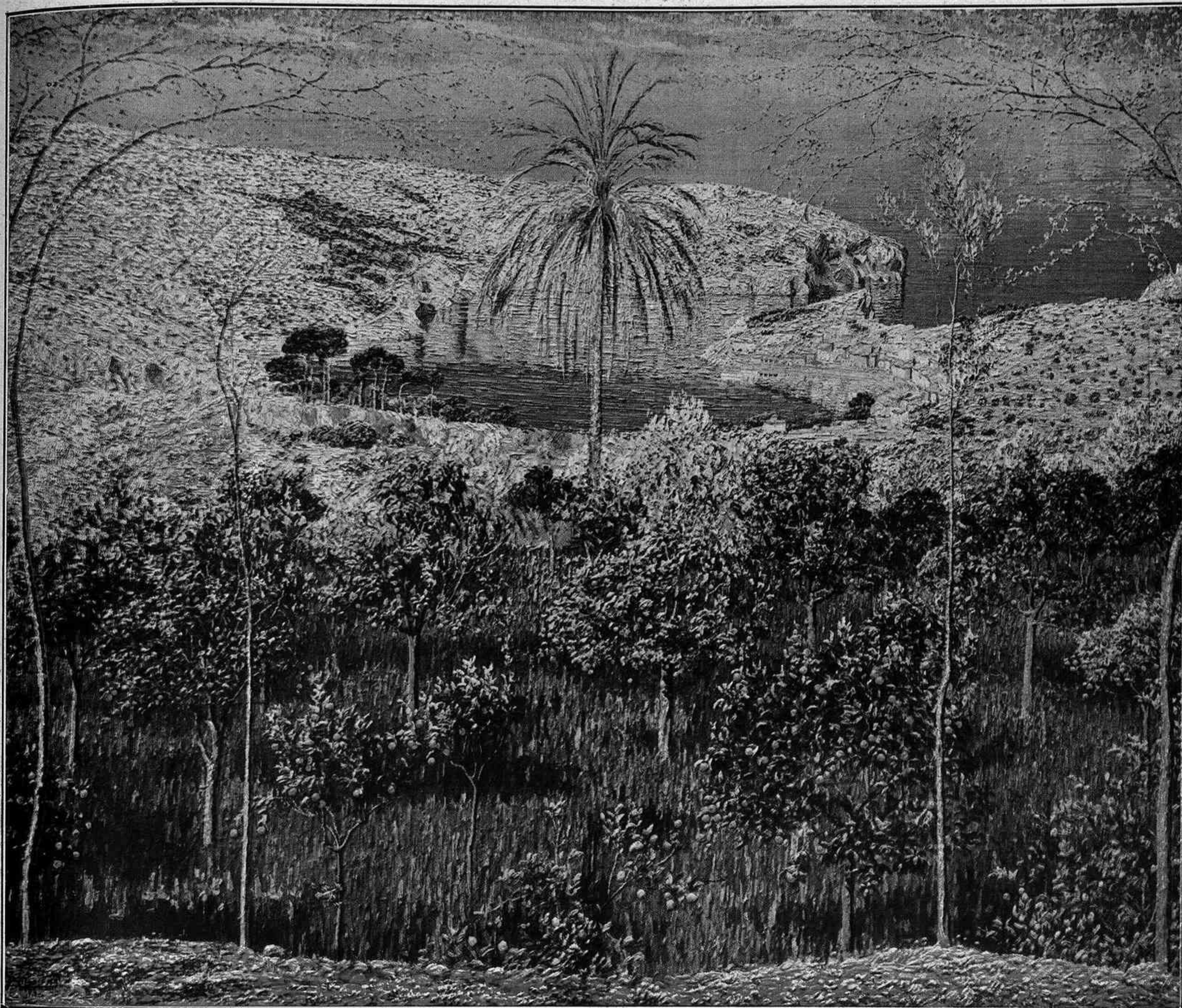
Desde Atocha se trasladó el cuartel á la calle de la Cruzada, escondida entre las casas antañonas de los Lodeñas y Guzmanes.

Días atrás ha corrido por los periódicos una petición atendible en pro de los inválidos, poniendo de manifiesto que los cabos y soldados perciben sueldos mensuales de catorce duros, con los cuales no pueden atender á las perentorias necesidades.

Coincidiendo con semejante tristeza, se recomienda al Gobierno incluya en los beneficios de la ley de Supervivientes de la guerra de Africa á un desgraciado veterano que anda pidiendo limosna.

Y de ahí esta crónica, que á la vez que mira al pasado mira también al porvenir de esos desgraciados, para quienes suplica un poco de misericordia.

ANTONIO VELASCO ZAZO



"Sol de Abril" (Mallorca), cuadro original de Francisco Bernareggi

VERSOS DE MOCEDAD

EL MOMENTO

*El canto de los pinos,
fragante entre la ventolin,
Y los mil acentos divinos
en la divina
noche, hecha de cristales diamantinos.*

*La guirnalda sonora
del vagamundo y ciego mar
giraba al ritmo de la hora
supraestelar.
En las aguas, la prora hacia la Aurora.*

*Una emoción intensa,
saturando la grave calma
del cielo y de la mar inmensa,
ponía mi alma—
como las cuerdas de una lira—tensa.*

¡Oh, arrobado momento!

*Herido de revelación,
derretido en congojas siento
el corazón.*

*Y ella: he aquí el nevado lino,
que yo misma labré.
He aquí la vianda y el vino
y el pan que yo amasé.*

*He aquí las flores de fragancia
sutil, que embalsaman la estancia.
Y el marino: ¿por qué,
sin conocerme, á mí te entregas?
Y ella: esperaba. Por fin llegas.*

*Y él: navegué los Océanos,
pensando sólo en ti,
y en la caricia de tus manos,
que un día presentí.*

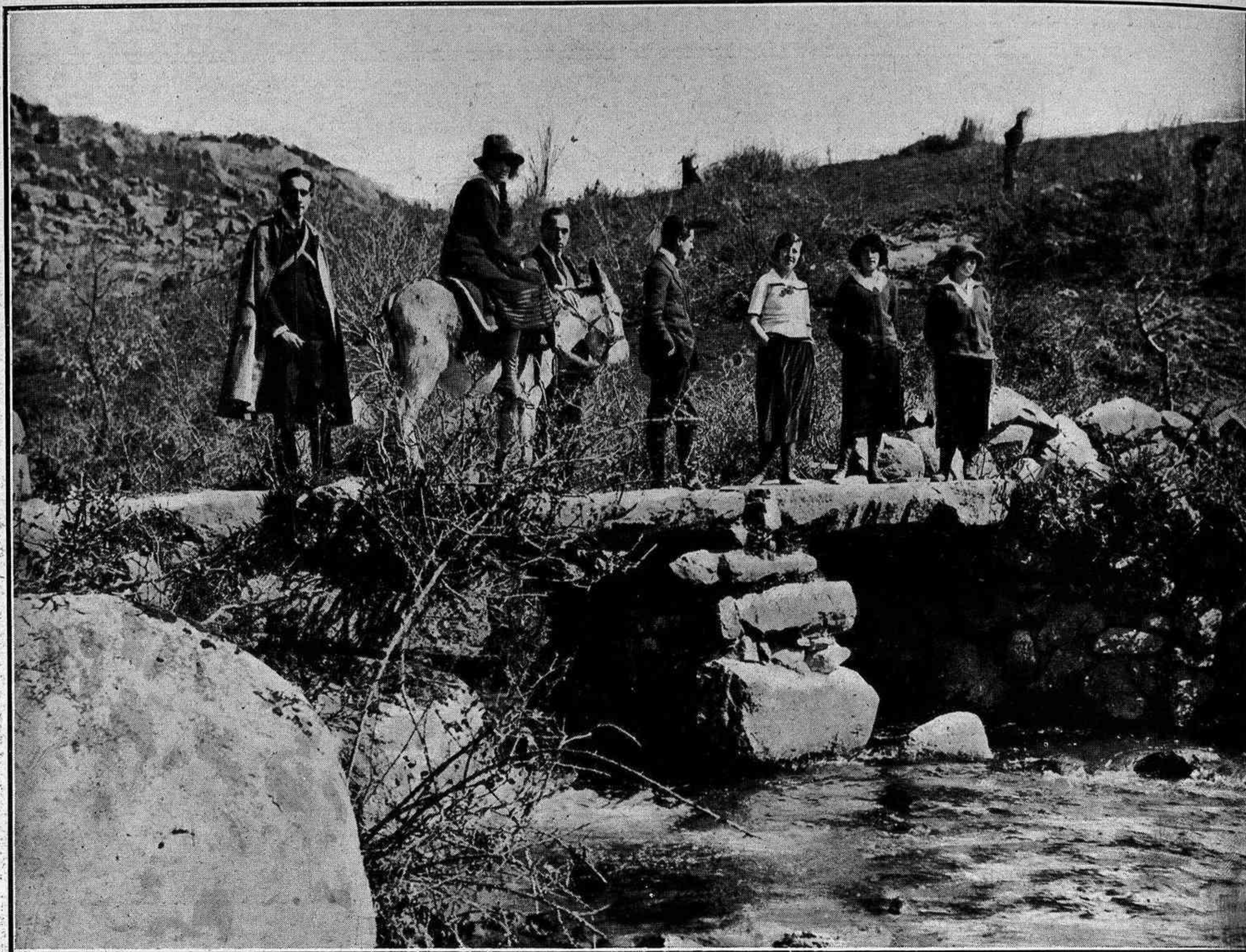
*Libre mi barca de la roca,
sabiendo que un día tu boca
sería para mí,
y que en tu seno encontraría
mi amor su seno y su bahía.*

*Luego, besáronse con tanto
amor, que sollozaban.
Y, con la boca ardiente, el llanto
uno á otro se enjugaban.*

*Y cerraron las cerraduras.
Y dejaron la estancia á oscuras.
Por de fuera, cantaban
los vientos, que danzan ligeros
bajo la luz de los luceros.*

Ramón PÉREZ de AYALA

San Juan de la Arena, 1905.



DEPORTES DE INVIERNO

Con las primeras borrascas del Otoño quedaron á solas la Sierra y sus serranos...

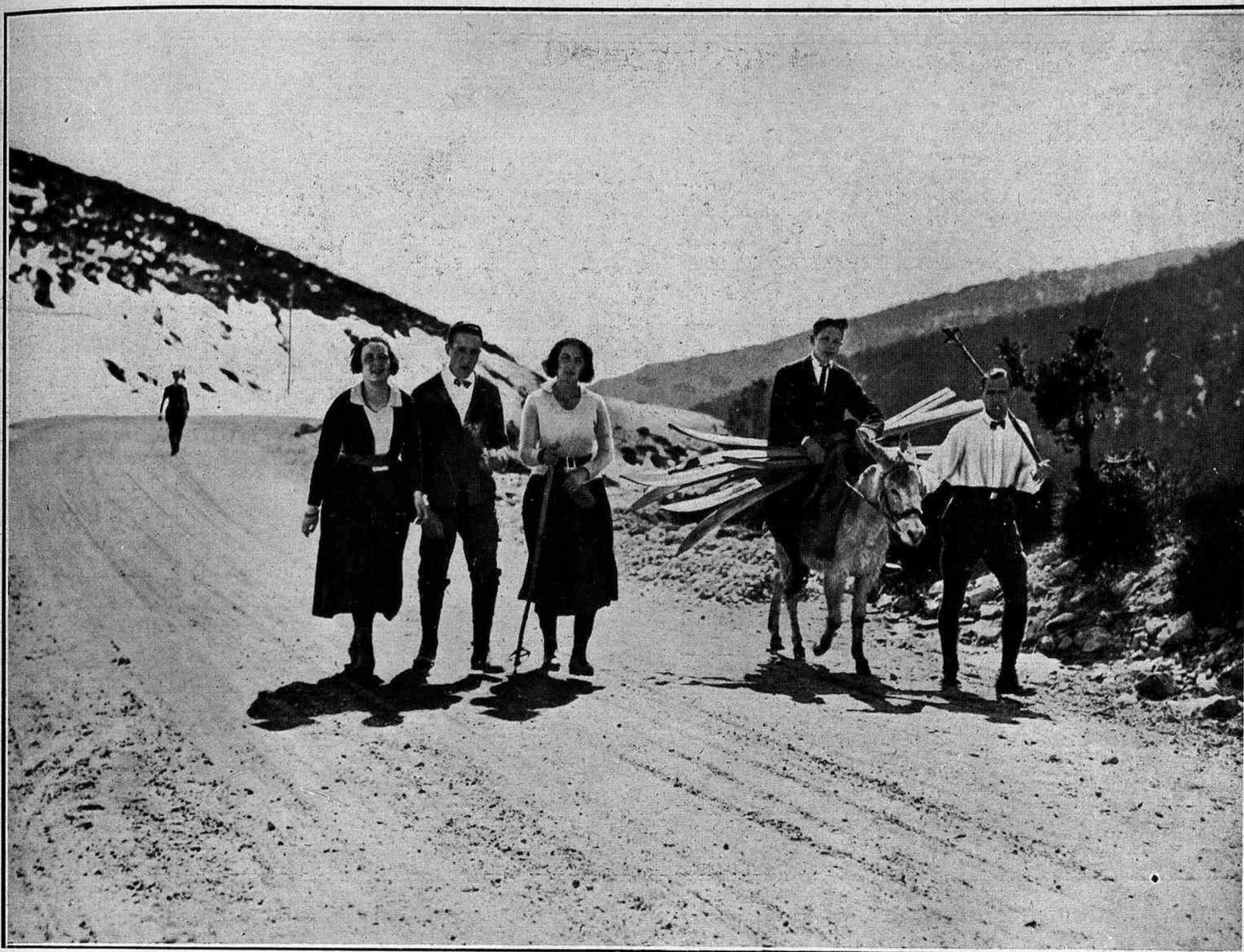
Volvió la montaña á su diálogo con las nubes... Los hombres, cobijados en sus casas ó sus chozas, reanudaron ante el hogar la muda charla de saudades con el fuego visionario... Allá, en lo alto de las laderas, el viento se entró por el misterio de los grandes bosques, ululando un presagio de dolor y de muerte... Y el invierno, gran señor del silencio y del miedo, cubrió de sombras los valles agazapados bajo la hosca amenaza de las cumbres...

De lo que fué el verano, con su clemencia, tan sólo quedan montones de hojas que el vendaval hacinó en los barrancos; algún nido que una golondrina afianzó en esperanza de volverlo á encontrar á la vuelta de un año, y esas iniciales que los amantes graban y enlazan sobre los troncos, cifrando en la huella cruel de una herida el voto de la fidelidad que el tiempo, sanador de todo mal, ha de borrar...

.....
A solas quedó la Sierra con sus serranos... La gente de la ciudad volvió al hormiguero de sus afanes; al ir y venir de sus pequeñas inquietudes; á la angostura de cárcel de sus calles... Y alzada en lo remoto del horizonte, cual fortaleza opuesta al asalto de las nieblas y asediada por ellas, la Sierra se esfumó en el cielo como en el recuerdo, y en la tristeza infinita del nuevo tiempo fué límite gris de un paisaje gris...

ooo

Mas llegó un día en que el aire, trocado en



NIEVE EN LA SIERRA

cuchillo de hielo, rasgó las brumas... De entre ellas surgió la montaña, toda blanca y luminosa, como en un despertar, como en una resurrección...

La nieve hizo el milagro... Hacia el milagro fueron los peregrinos...

Y la Sierra, al acogerlos, se despojó de la trágica y hostil grandeza de su soledad...

.....
 Por los caminos de la cumbre suben las caravanas... Esta romería del turismo, del alpinismo, del deportismo, es en la grande y solemne paz de las cumbres nevadas como una absurda invasión de todas las paradojas: trepidación de los motores que llevan, peñas arriba, el ultraísmo audaz de los «mercedes» y de los «hispano-suiza»; exotismo de las *ludges* y de los *skys* escandinavos; elegancia muy carnavalesca de las gentes que, al estilizar su atavío para acomodarlo al ambiente montaraz, confunden el puerto con el *boulevard*; mentiras de salón y *flirts* de encrucijada, que allá arriba, lejos de toda ficción, se parecen al negro de humo y al carmín que los actores pasean a veces por las calles, cuando olvidan, al salir de escena, los pegotes del caracterizado...

Por los caminos de la cumbre suben las caravanas...

Y la Sierra, que ignora las traiciones y las venganzas de los Alpes homicidas, se deja invadir por los ciudadanos, y para acogerlos se despoja de la hostil grandeza de su soledad...

ANTONIO G. DE LINARES



EL HUMORISMO EN EL ARTE



“Un Cardenal, con su acompañamiento”.-(Cuadro de Rafael)



Otro cardenal..., también con su acompañamiento.-(Cuadro de costumbres)
DIBUJO DE ROBLEDANO



Heno de Pravia



*El
Jabón de la Gente
Chic*

Perfumería Gal. Madrid.

LA MODA FEMENINA



Publicamos en esta página cuatro elegantísimos modelos de toaletas femeninas. Uno de ellos, irreprochable de distinción y sencillez, está indicadísimo como atavío matutino para cualquier gentil "tobillerita", y los tres restantes constituyen otros tantos bellísimos modelos de "robes de soir"



FOTS. HENRY MANUEL

El regalo
más acertado



Gemelos Prismáticos

para Viaje, Campo, Sport, Caza, Marina

GRAN LUMINOSIDAD :: CAMPO MUY EXTENSO

Gemelos de Teatro

DE VENTA EN LOS ALMACENES DE ÓPTICA

Pídase el prospecto "T 438"

BERLIN, HAMBURG, MILANO, NEW-YORK,
WIEN, TOKIO

Casa sucursal en BUENOS AIRES: Casilla de Correo, 846

CALVACHE

FOTÓGRAFO

Carrera de San Jerónimo, 16



LA BIEN PAGADA

ÚLTIMA NOVELA

DE

"El Caballero Audaz"

:: EN TODAS LAS LIBRERÍAS ::

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse a esta Admón., Hermosilla, 57.

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1920

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 pesetas

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franquicia y certificados

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 71 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

Agente de "Prensa Gráfica" en los Estados Unidos: **Compañía Hispano-Americana**, 156, West 14TH Street, New-York.

Agente de "Prensa Gráfica" en Méjico, **D. Nicolás Rueda**. Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", dirigirse á la Agencia **Havas**. 8, Place de la Bourse, Paris; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo Gráfico". Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes Sres. Ortigosa y C.^a, únicas personas autorizadas.

Delegación de "Prensa Gráfica" en Portugal, **don Alejo Carrera**. Rua

Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones diríjanse á las delegaciones de "Prensa Gráfica" y "El Sol" en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Cabrera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canaletas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner**.

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara**.

En las **Vascongadas y Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano**.

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici**.



CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos, que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas a nuestros representantes debidamente autorizados.



Hasta mi suegra me quiere y me abraza con locura, porque sabe que la obsequio con el jabón PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. — 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

¿Quiere usted aprender idiomas?
Vaya a la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24
Nadie se los enseñará mejor

Misterios de la Policía y del Crimen

¡¡ PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN !!

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, a veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos a quien los pida.

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID



SERVICIOS EXCEPCIONALES

El OVERLAND 4 es no solamente un automóvil de buen aspecto, pero procura también servicios excepcionales a todos los que lo poseen.

Sus muelles de suspensión en tres puntos le aseguran el mayor confort, hasta sobre las peores carreteras.

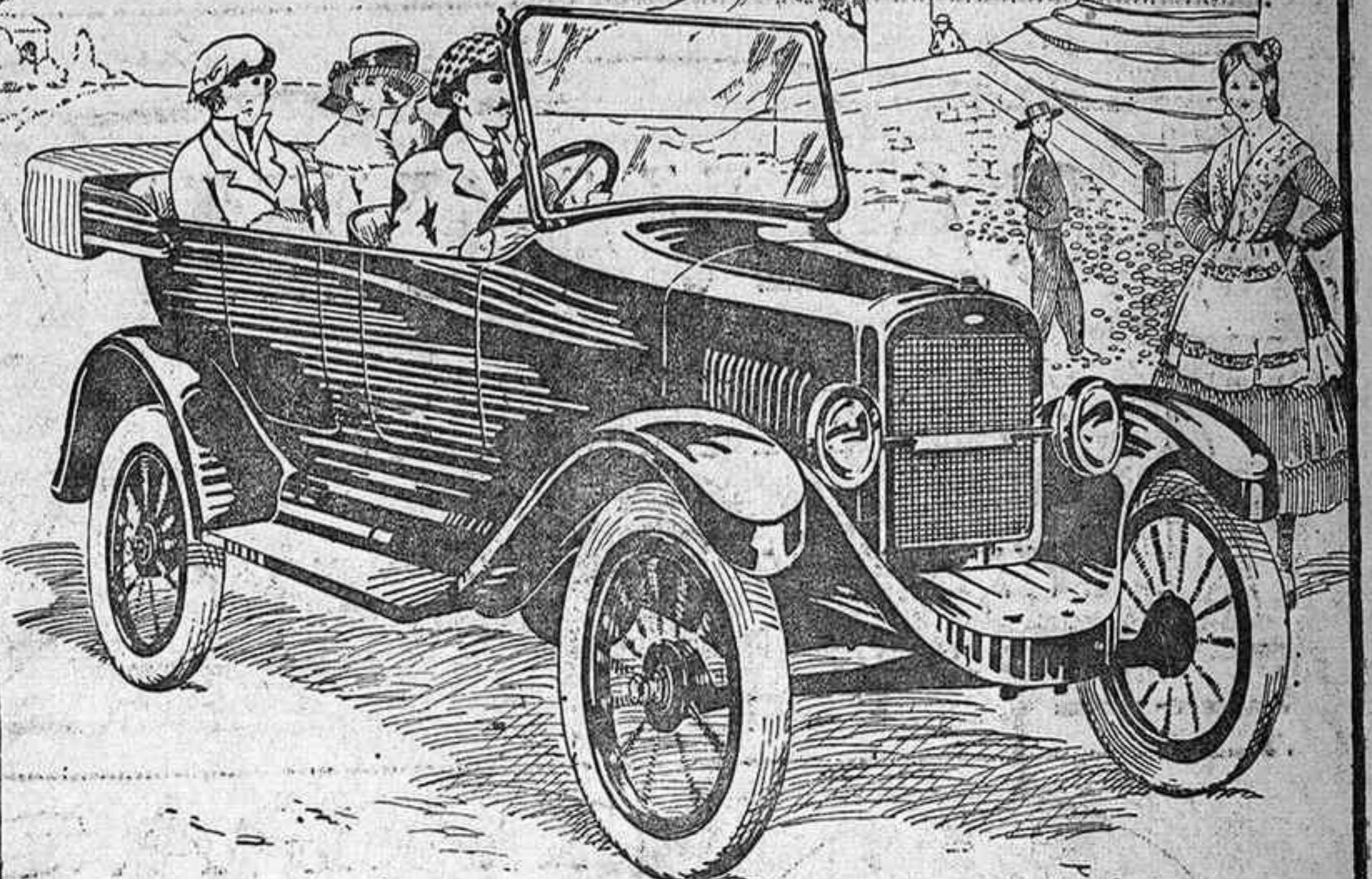
Disminuyen las sacudidas, y protegiendo el motor, aumentan su duración. Estos muelles reducen, además, los gastos de gasolina y neumáticos.

OVERLAND tiene agentes en todas las principales ciudades de España, donde se puede ver el modelo OVERLAND 4.

Para informes sobre este coche, ú obtener un catálogo ilustrado, dirigirse ó escribir a

SOCIEDAD COOPERATIVA AUTO INDUSTRIAL "EXCELSIOR" MADRID
Calle de Alvarez Baena

"THE JOHN N. WILLYS EXPORT CORPORATION"
159-161, Great Portland Street, London, England



ESPAÑA

FOTOGRAFÍA
BIEDMA
Alcalá, 23.—Teléfono 730
Casa de primer orden Hay ascensor

La Esfera

ILUSTRACION MUNDIAL

MADRID Y PROVINCIAS...	Un año	40 pesetas
» »	Seis meses	22 »
EXTRANJERO	Un año	60 »
» »	Seis meses	35 »
PORTUGAL	Un año	45 »
» »	Seis meses	25 »

Oficinas: Hermosilla, 57.—Teléfono S-9

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS